

ABUL-BAGI

Antonio BABUGLIA



BUENOS AIRES

Imp., lib. y enc. de E. DE MÁRSICO, Editor, Perú 539 n.

1888



I

—Buscando distracciones y descauso para mí cuerpo y para mí alma, ámbos cansados de los traqueteos y miserias del mundo — volví al pueblo de mí nacimiento en las vacaciones del año 18.....

Me sentí feliz al respirar el aire puro de mis paternos lares; volvió á renacer en mí alma la fé de mis primeros años al sentirme estrechado entre los brazos amantes de mí madre y al escuchar la voz de mis hermanos,—revelando en su semblante los mas pequeños la admiracion y la estrañeza que les causaba oirse llamar hermanos por mí, á quien no conocian casi, habiendo olvidado por completo mis facciones en el largo tiempo de mí ausencia.—Tenían razon, los pobrecitos: yo había salido de mí hogar niño aun, con el alma llena de esperanzas y el corazon rebo-

sante de placer: volvía despues de algunos años buscando retemplar en mí casa, al calor de los besos de mí madre, las fuerzas que el mundo iba debilitando en mí, con sus choques inesperados y bruscos. Ellos, cobijados hasta entonces bajo el ála maternal, eran niños todos y solo creían en su ignorancia infantil que sus hermanos, de donde quiera que viniesen, debian ser niños tambien. Y yo era hombre. Pero entre ellos, viviendo otra vez la vida de la dicha, volvíme niño para pasar los dias feliz. Y renovaba junto á ellos los dias de mí infancia, ausiando gustar del todo aquellas horas como que eran las últimas tal vez en que volvería á soñar como se sueña en la niñez.

Despues de varios días por completo dedicados á los séres de mí hogar, fuí una noche á los centros de reunion donde encontraría á muchos de mis antiguos compañeros de escuela. Saludé á varios, y en su compañía nos fuimos al teatro, sí así es permitido llamar fuera de mí pueblo á la vieja y arruinada casucha donde suelen ir á dar, como llevados por el viento, algunos cómicos que tanto entienden de dramas y comedias como de astronomía ó nuvismática.

Representábase aquella noche—mas bien dicho se había anunciado la representacion del drama lloron y gemebundo titulado «Flor de un día y Espínas de una Flor», con la añadidura de algunas romanzas berreados en los intermedios

y la indispensable *sinfónia por la orquesta*, que es en los teatros de Provincia lo que el plato de caldo en los fondines de los barrios apartados y miserables.

En mí pueblo la mayoría de los que van al teatro es gente de medio pelo, pobres trabajadores ó *bourgeois* que esperan esa ocasión para sacar del fondo de sus baules la levita con que se casaron en tiempos de los tres botones. El día que hay funcion es conocido en casa de estos buenos hombres, pues desde por la mañana se vé la levita tendida al sol, y el barbero de la esquina afilando su navaja para hacerle la barba al dueño. Si los visitais, es seguro que la conversación girará sobre la pieza á representarse por la noche, y oires decir casi siempre :

“Yo ví esta *funcion* hacen veinte años, cuando “todavía no habia aquí teatro; se representaba “en una pieza del fondin de D. Esteban, á la “cuadra de la plaza, donde está ahora la oficina “del teléfono. Aquellos tiempos!... qué cómicos, “amigo mio! Hubiera oido Vd. á aquel primer “actor, cuando decia:

” Si oyes contar de un náufrago la historia

” Ya que en la tierra hasta el amor se olvida.....”

Y despues de eso, queda el buen hombre satisfecho, pues os ha demostrado que tambien en su tiempo habia cómicos y que él también sabe el asunto del náufrago y la historia.

Aquella noche, cuando entramos nosotros,

una risa general llenaba el teatro y en la escena la *primera actriz* lloraba á lagrima viva. Lola se despedia de Diego, y entre una y otra lágrima despues que el apuntador lo habia gritado tres ó cuatro veces, y despues que el público se lo habia dicho otras tantas, ella exclamaba, sacándose una rosa del pecho :

" Guardarás esta rosa marchitada

" Para tí de mis *sienes* desprendida..."

Diego, por su parte, muy *tranquilo*, saludaba á Lola con su sombrero, hacia esfuerzos titánicos por tenerse en pié, y con voz gangosa y lengua trabada, á duras penas le respondió :

" Si, cómo no!...

" Viniendo de tus manos, mí adorada,

" Cada flor... cada flor vale una vida!

El público reía á sus anchas : el dráma habia degenerado en una petipieza de los más chistosas: era que Diego, previendo sin duda lo que el destino le deparaba para esa noche, habia tratado de hacerse insensible á sus dolores alcoholizándose á más y mejor. Y es claro: en el estado de embriaguez en que se hallaba, ni oía, ni veía, ni sabia nada de lo que pasaba allí.

Por su parte la concurrencia que llenaba el teatro parecía muy conforme con que se hiciera aquella carnicería espantosa del drama que anunciaban los carteles, y poco se preocupaba de la falta de respeto con que era tratada por aquellos cómicos más adoradores de Baco que

de las musas del teatro. Se reía, y en el siglo en que vivimos conseguir reirse es todo lo que se puede apetecer. ¡Tanto hacen llorar las desgracias de la humanidad!

Puesto que Diego no se movía, Lola vino á abrazarle,—el abrazo tierno de despedida;—pero Diego, en extremo conmovido, no pudo tenerse, y cuando Lola le echó los brazos al cuello, agregando su peso al peso abrumador de los dolores de su amante, éste cayó de espaldas en el escenario y Lola siguiólo en su caída.

—Bien, muy bien!! gritaban los del Paraiso: Bravo! Bravísimo! Bis, bis!!.....

El telon cayó y las risas siguieron. — Iban siendo cada vez más pronunciadas. A medida que las luces y la respiración y traspiración de la concurrencia iban calentando el aire de la Sala, parecia como sí un fluido eléctrico se apoderase de todos, y ya nadie cuidaba de formas ni de modales.

En los palcos, donde las niñas con toda decencia y con todo arte mostraban lo que en ninguna otra parte se hubieran permitido dejar ver,—solo iban quedando á la vista las respetables mamás dejando que sus inocentes hijitas pasaran el entreacto en el ante palco, bien se comprende que en la segura y respetable compañía de sus novios correspondientes, los que ni por pienso, es claro, se habrían permitido el más leve desliz, Sin embargo, al principiar el 2º acto, se hubiera podido notar que el semblante de las muchachas estaba más encendido,

que las flores de su seno estaban algo marchitas y como arrugadas, y que miraban á sus novios.....y se reían.

Deseando ver todo lo que fuera posible en aquella noche, pasé en compañía de otro amigo á los camarines de los y de las *artistas*. Atravesamos un corredor donde dejamos la mitad de las suelas de nuestros zapatos,—tal fué el número de tropezones que dimos. Respirando el aire oloroso, tibio y casi asfixiante de entre telones, llegamos á la presencia de D. Diego, el cual sorbía con no poco disgusto una taza de café: ni se dignó saludarnos siquiera. Poco habia que ver en el escenario, donde solo tres hombres hacian el cambio de decoraciones, es decir, ponian las puertas donde estaban ántes las ventanas, y asunto concluido.

Seguimos hasta el camarín de Lola: esta cambiaba su traje en aquel momento, y á pesar de encontrarse en paños menores, no fué este un inconveniente para que nos invitara á entrar, y entramos. Mi compañero que ya era conocido viejo, dióle á Lola un pellizco en el hombro desnudo, diciéndole con ironía:

— Bien, muy bien, Enriqueta; te has portado á las mil maravillas. Pero ten cuidado de no darle otro porrazo cuando vuelvas á encontrar á tu infortunado Diego.

— No, Cárlos. Espero que a la vuelta de su viaje se le habrá pasado la *mona*. ¿Aplaudirán este otro acto? Me estoy temiendo que el público acabe al fin por cansarse de tanta porquería...

— Sigan, sigan no más, duro y parejo, sin miedo ninguno. Por lo pronto, yo y este amigo que tengo el gusto de presentarte, iniciaremos los aplausos, para ti sobre todo.

— El Señor es pariente tuyo, Cárlos?

— No: es mí amigo: se llama Benjamin, ama mucho el teatro y mucho más á las artistas, sobre todo si son bellas y de talento como tú.

Yo hice mis cortesías. Seguimos conversando, Enriqueta me presentó á su hija Tula, muchacha muy bonita, de quince abriles recién cumplidos y que prometía ser por lo ménos tanto como lo que fuere su madre.

El director de escena, echando zapos y culebras, se acercó á anunciar que iba á seguir la representacion. Enriqueta volvió á ser Lola, mi compañero se me perdió de vista y quedé solo con Tula. Oíamos el ruido de la platea que venía á interrumpirnos en nuestro elocuente silencio, y llegaba hasta nosotros por momentos, alguna frase cortada de D. Diego, firme en la escena á pesar de todo y recojiendo el mejor florcu tal vez de su corona de artista.

Tula era una muchacha amable, estremadamente amable; yo era un poco imprudente; — estábamos solos y no teníamos perlas para ensartar en aquel momento. ¿Qué hacer? Ensartar cualquier otra cosa, que á falta de pan buenas son tortas, segun es sabido y dicho.

Cuando el telon volvió á caer, yo me despedía de Tula con un beso. Crucé entre bastidores, encontré á Cárlos que volvía y salimos juntos

á la calle. Con ánsia verdadera aspiramos el aire fresco y relativamente puro que allí corría; nos llegamos hasta el café próximo, bebimos y volvimos al teatro.

La representacion seguía lo mismo, pero el público ya se cansaba. Se reía méuos, pero se gozaba mas que al principio.

Recorriendo los palcos con mí antejo, me llamó mucho la atencion una pareja que aun no la había notado.

— Cárlos, quién és aquella rubia tan hermosa?

— La del palco N° 3? Es la esposa de ese jóven que tiene al lado. Hace apénas dos meses que han contraido matrimonio. No te estrañe, pues, verles tan alegres y risueños: estan en la luna de miel, y es casi seguro que para ellos no acabará nunca el idilio de sus amores.

— Se aman mucho, entonces?

— Con locura; se aman desde niños.

Ella tiene diez y nueve años; él no ha cumplido veintidos. Viven como dos ángeles. Te llevaré mañana á presentarte y verás que atmósfera de felicidad se respira en la casa donde viven.

— Cómo se llaman, ellos?

— El se llama Claudio Bossy, es de una rica y distinguida familia, empleado de gobierno. Ella se llama Wanda Bleschmidt, de padres alemanes, huérfana desde los diez años y criada en casa de unos tios de Claudio, don-

de sus padres sirvieron hasta el día de su muerte.

Una advertencia voy á hacerte desde ya : — muéstrate muy religioso en su casa pues de otro modo les disgustarias mucho.

— Iremos mañana ?

— Si, mañana despues del almuerzo.

Seguí contemplando á Wanda durante el resto de la representacion.

Cárlos empezaba á fastidiarse, hasta que al fin cayó el telon definitivamente, concluyó el mamarracho de la escena, el público silvó, gritó, aplaudió y abandonó el teatro.

Despues de un rato, salieron los artistas. Enriqueta iba del brazo con uno de ellos. Tula iba adelante. Los saludamos y nos fuimos.

Yo ansiaba que llegase el día para ver de cerca la hermosa rubia del palco N° 3.

II

A la una de la tarde del día siguiente llegamos con Cárlos á la casa de Claudio. Desde que pisé los umbrales de la puerta de calle sentí como si hubiera sido trasportado á alguna mansion de ángeles: — el aire estaba allí embalsamado con el perfume de las vistosas y delicadas flores del jardín; las avejillas de Wanda entonaban sus trinos alegres entre el follaje de las plantas como si cantaran un himno de felicidad á su tierna y solícita dueña; Claudio y Wanda se paseaban juntos y los dos salieron á recibirnos. Acababan de almorzar y hacían su paseo digestivo entre las flores.

Cuando ví de cerca á Wanda sentí como si alguien me hiriera en el pecho: tan fuerte fué la impresion que me causó la vista de tanta hermosura. Su frente redonda y tersa, blanca, iluminada, era como el espejo donde se reflejaba la inmensa bondad de su alma y la intensidad del amor de su corazón; en sus ojos azules claros, semejantes á esos bellos horizontes del cre-

púsculo matutino, se leía el poema de las venturas celestiales; — su boca pequeña y espresiva hacía pensar en las voluptuosidades y espasmos de sus besos; — bajo su bata de fina muselina se trasparentaban sus carnes de seda, y se creía ver allí juntitas, acurrucadas en sus amores, «las dos cabritas mestizas de gama, apacentadas entre los lirios», según los cantares del sábio rey.

Cubriale las paldas el abundoso rubio cabello semejando los dorados rayos de Febo besando amoroso su cuello ebúrneo; — y al mirarla con su expresión angélica, al pensar en la inmensa ventura de sus amores, el alma exclamaba en silencio, recordando el cantar bíblico: «Oh! si me besara de besos de su boca!»

Reunía á la belleza incomparable de su persona física, las dotes más envidiables de su ser moral. La intensa luz de su mirada hacía pensar en la intensidad de sus pasiones, y al verla dichosa con su amor satisfecho asaltaba á la mente el pensamiento de lo grande que sería su infortunio si no hubiera podido dar expansión á sus amores. Pero era inmensamente feliz: el mundo para ella se concretaba á su Claudio y á su hogar. ¡Alma venturosa si no hubiera llegado nunca hasta las puertas de su morada feliz el hálito envenenador del mundo!

Claudio le amaba entrañablemente: jóven, dichoso, sin más pasión hasta entónces que su Wanda, había vivido completamente entregado á las dulzuras del amor materno. Era hijo único

y el orgullo de su anciana madre, siendo el consuelo de su viudez. Jamás habíale dado el menor motivo de disgusto, y escuchando siempre sus consejos no concluyó su infancia sino para pasar á marido. No conocía del mundo sino la parte florida: jamás habia perdido sus noches en lo que las pierde la juventud en general, haciendo lo que en cierto modo, no llegando á los extremos, se justifica por la edad y su ardor propio. — Entre el culto de su madre y el culto de cuanto santo revista en el almanaque habia pasado sus dias:—se levantaba, iba á misa; — almorzaba, rezaba sus oraciones; — por la noche decía cuantos rosarios le pedia su buena madre en sufragio de las almas en pena y desgracia del buen Dios. Así tenía satisfecha á su *viejita*, y así creía él cumplir con sus deberes.

Ni habia soñado siquiera en lanzarse á satisfacer una sola vez los apetitos de su ser físico: su materia estaba, pues, así como su alma, vírgen de todo pecado. — ¡Alma venturosa también, sí hubiera podido sustraerse ó vencer las exigencias de la materia vil que la encerraba!

Éra imposible, sin embargo. Cuando el torrente halla obstáculos en su camino, se retuerce, forcejea, brama, rompe sus vallas y arrastra en su corriente furiosa cuanto se opone á su paso; así también cuando las pasiones se comprimen luchan como el torrente y muchas veces rompen tambien los diques que la voluntad les opone, dejando solo ruinas y tristezas tras su carrera...

Pero aún no había llegado el momento en que estallarían las de Claudio: vivía dichoso y sólo veía en el horizonte de su vida perspectivas de felicidad. — Cuando volvía de su oficina y encontraba siempre abiertos los brazos de su bella mujercita ¿qué motivos habría tenido para pensar siquiera por un instante en que la desgracia viniera á hacer de él y de su Wanda hermosa sus piezas escojidas? — No; él cumplía sus deberes para con Dios, la fé del católico le acompañaba y sus ojos veían escrita por doquiera una sola palabra: — felicidad!

Felicidad decían los besos de su esposa enamorada; felicidad prometían á su alma los representantes de Dios en recompensa á sus deberes cumplidos; felicidad pedía para él á todas horas su religiosa madre y felicidad hasta entonces había encontrado en su camino.

Acostumbrado á hallarla en todo, quién sabe si algún día no se trocaría aquella felicidad en desgracia. — ¿Quién puede jactarse de ser engañado, siendo que el mundo vive de mentiras? Y cómo, cómo era posible que él, criatura humana al fin, hombre como todos los hombres, es decir, pasto para el dolor, — pudiera evadir la ley general que hace de todos el pan de la desgracia? Hubiera acaso podido exclamar siempre; “soy feliz, no conozco el infortunio?”

Y Wanda, mujer, criatura bella cuya misión en la tierra es consolar al hombre sufriendo en sus desventuras, creería también en el mentido aspecto de dicha inacabable con que el mundo

se le presentaba? — Sí, lo creía. ¡Infeliz!... que la realidad siempre acude presurosa á destruir los engañosos sueños de la mente!...

Pero al penetrar en la casa de estas dos criaturas, era presiso soñar con ellos, y con ellos olvidarse del mundo y de sus miserias y crueldades.

Despues que Claudio hubo hecho mi presentación, Wanda, con su bondad exquisita, dejando de lado las etiquetas de estilo, nos invitó á pasar al comedor, donde preparaba el café. Pasamos allí y nos sentamos.

Hasta en los menores detalles de su vida se veía el amor inmenso que se tenian aquellos jóvenes esposos. El servicio de café tenía dos tazas, iguales á las demás, pero una con el nombre de Claudio, la otra con el de Wanda. En la primera tomaba su café la esposa, y en la segunda Wanda le servía á Claudio. Hasta el azúcar se lo servian uno á otro con reciprocidad amorosa que les dejaba satisfechos.

Solo una cosa se echaba de ménos para que su dicha fuera completa; pero el ambiente de todas las habitaciones parecian tener en suspenso la frase que ellos, en el silencio de la alcoba, acariciándose con ternura esclamarían siempre deleitándose al oirla. Sí: el aire de sus habitaciones habia recojido las dulces palabras que encerraban la promesa infinita de sus amores:—
«tendremos un hijo!»

Aun para aquellos que sólo ven en el matrimonio un medio de lucro, — y que son tantos

en los días que corremos; — aun para aquellos que, cansados ya de recorrer la caravana del mundo deleitándose en todos los placeres, dejándose arrastrar de intento por la borrasca de los vicios y de la infamia, en la que parecen perder hasta el último vestigio de amor y de sentimiento, — aun para esos es dicha inmensa oírse llamar *padres*, tener entre sus brazos el hijo que ha de prolongar su vida. ¡Cuánto más no lo sería para los inocentes esposos que conservaban sus almas vírgenes de toda pasión que no fuera el amor que los unía? ¡Cuán inmenso no sería el placer de Wanda cuando acariciara en su seno materno la rubia cabesita del pequeño Claudio, y para el esposo que mayor ventura podía depararle el cielo que contemplar inocente y tierno el fruto de las entrañas de su Wanda idolatrada?

El corazón de la muger, — esa arca dorada donde el cielo ha depositado el más grande amor de los amores, — es fuente perenne de inextinguible y puro sentimiento. En la infancia ama la muger á los autores de sus días, ama á Dios, ama todo lo que le rodea; — cuando llega á la edad de las dulces ilusiones, brota en su corazón un nuevo amor y hace la felicidad del esposo. Todavía guarda en su alma su pasión infinita, y siente la necesidad de amar más, de amar con más vehemencia, con más pureza, y ama los hijos aun ántes de tenerlos. ¡Infelices criaturas aquellas á quienes el cielo hace infecundos! Viven en continuo é incesante mar-

tirio, buscando siempre sⁱⁿ hallarlo donde verter el exceso de amor que desborda de su alma!

El corazon de Wanda empezaba, ya, á los pocos meses de ser casada á sentirse agitado por el puro é incomparable cari^{ño} materno. Por eso acariciaba con tanta ternura á sus avecillas; por eso cuidaba con tanto esmero las flores queridas de su jardin: eran la distracci^{ón} de sus pensamientos cuando no pensaba en Claudio, y la hacian gozar porque la hacian vislumbrar el futuro, iluminado con la sonrisa inocente de su hijo. Por eso la encontraba Claudio al volver de la oficina sentada bajo las enredaderas, con su paloma querida bien escondida en el caliente seno, dormitando acurrucada, y cuando Claudio iba á depositar sobre la frente de su bella mujercita el beso tierno de esposo, ella le decia sigilosa.

—Despacio, despacito Claudio: no inquietes á la paloma: déjala que duerma y se acostumbre á estar aquí para que le haga calor despues á nuestro bebé...

Ah! inocentes y sublimes goces de las almas virginales, que os p^{er}deis tan pronto en el camino de la vida barridos por el huracan de las pasiones!

¡Porqué la especie humana con una alma tan grande, es tan nécia y corrompida y ciega, que teniendo siempre la felicidad á su alcance, se afana, se enloquece, se agita siempre en busca de ella hasta perder la última esperanza?.....

.....

Claudio y Wanda parecían eran entonces los hijos predilectos de la dicha. La desgracia, no obstante, agitaba sus álas negras en torno á sus cabezas, y el buitre del dolor graznaba prometiéndose desganar con saña cruel sus tiernos y puros corazones.

Cuando recuerdo ahora el día aquel en que Cárlos me los presentó; cuando revolviendo la infinidad de recuerdos que llevo en el alma, bien escondidos para no perderles como hé perdido tantas halagaüenas esperanzas, me encuentro el de Wanda y Claudio, aun brota una lágrima de mis ojos y aun teino perder hasta la fé en un ser inmensamente bueno, padre de la creacion entera!...

Aquel día, despues de tomar el café, conversamos breve rato y nos retiramos acompañando á Claudio hasta la oficina.

La continuada y amistosa relacion que desde entonces mantuvimos con Claudio me hizo conocer las bellas prendas de carácter que le adornaban, sus no comunes dotes intelectuales, así como tambien su gran defecto que procedía de la educacion que recibiera: su excesivo fanatismo religioso.

El cariño maternal, siempre puro y desinteresado, había formado un ser que no era para el mundo, y que por tanto debía estar mal en él, como todo lo que se encuentra fuera de lugar. — Comprimiendo y obstaculizando siempre las tendencias propias del dualismo que forma el ser humano, había concluido por hacer del hijo

formado de espíritu y materia, un espíritu cultivado, satisfecho, contento; pero por efecto de eso mismo habia ido acumulando y conteniendo siempre las exigencias de un ser material, y era inevitable la explosion de aquella parte imposibilitada de expandirse y satisfacerse.

Cuando Claudio no conocía el umbral del mundo, se casó: — ¿que podría impedir que empezara á ser jóven cuando sólo debía ser esposo y padre? Cómo impedir que estuviera en el mundo si vivía, y como impedir que vi- viendo sufriera é hiciera sufrir?

Desearlo era pretender un imposible, tan imposible que pronto le veremos llevando sus infortunios y perdida felicidad.

Wanda..... Wanda era su esposa y la mujer va tras el marido, siempre por deber, casi siempre por amor.

III

Antes de que concluyeran las vacaciones de aquel año, me hicieron saber Claudio y su esposa que pensaban cambiar de residencia é irse á vivir á Buenos Aires.

— Claudio lo pasará siempre contento, decía Wanda; nos llevaremos á la *Viejita* con nosotros, de modo que nada dejaremos aquí que pueda preocuparnos.

— Y Vd. Wanda, lo pasará gustosa?

— Benjamin, sabe Vd. que mi felicidad vá con Claudio: donde él esté, estando yo á su lado seré feliz. Y aquí no dejamos nada que sea imprescindible tener á nuestro lado: quedan los restos de nuestros muertos, pero su memoria querida la llevamos en el alma.

— Cierto, Señora: el verdadero culto del sentimiento no tiene otro santuario que el corazón.

Por supuesto, Claudio irá ántes que Vd.

— Si, pienso ir para preparar alojamiento. Si Vd. no se vá muy pronto haremos el viaje en compañía...

— Y con Cárlos, que como Vds. saben, abre por allá su escritorio de comisiones y conetajes. Nos iremos todos juntos.

Así fué, en efecto. A los cinco días estábamos con Cárlos tratando de consolar á Wanda que se desesperaba porque su esposo iba á estar unos días lejos de ella. Cuando nos despedimos Wuanda entre un raudal de lágrimas, no hacía otra cosa que recomendarnos á Claudio. Ya íbamos léjos, y ella nos saludaba todavía con el pañuelo con que enjugaba su llanto. Nos embarcamos al fin, viendo á Claudio triste en extremo, optamos por el mejor medio y le aconsejamos que se acostara. Así lo hizo.

Solos con Cárlos, empezamos á recordar los sucesos de la noche anterior. Saqué yó de mi balija, envuelto con esmero y bien perfumado un pañuelo, regalo de despedida.

Cárlos, al ver la cifra marcada en uno de los ángulos conoció, la procedencia.

— Ya decía yo que algun recuerdo te daría Tula. ¿La viste anoche?

— Después que nos separamos enderecé á su casa.

— Y.....? Se despidieron *comme il faut*?

— No solo *comme il faut* sinó tambien como conviene. Enriqueta dormía, no sé sí sola ó acompañada: sabes que poco me ocupo de viejas. Tula estaba encantadora, seductora, arrobadora, en fin, irresistible. Vestía su baton blanco, ese que tiene puesto siempre que no trabaja. En la semi oscuridad de la alcoba, apenas iluminada con

una lámpara á media luz, su cuerpo me atraía con fuerza desconocida é incontrastable.

— Tula, Tula de mi alma... me voy mañana.

— Ay ¡Benjamin! Por supuesto, los piés abordo, las promesas al olvido... Ah! cuánto sufriré si me olvidas.

— Olvidarte? Y lo piensas, siquiera? No sabes que te llevo en el alma, Tula? No llores, pronto irán Vds. allí; en cuanto llegues mis brazos te esperan, siempre abiertos.

— No me engañas?... Toma, lleva este recuerdo mio... No te separes de él hasta que no vuelvas á juntarse conmigo.

Y me regaló este pañuelo. Sólo á fuerza de besos conseguí que no llorase.

— Lágrimas de cocodrilo... Amor de artista, tirabuzon de los pesos. Y te despediste enseñuida?

— Cómo?... Velorios! Dejé de llorar, empezó á besarme, me besaba mucho, muy bella y muy condescendiente, y además estábamos solos en la alcoba á media luz.....

.....

Salí media hora despues.

— De modo que por allí la veremos?

— No te dijo á ti que vendria?

— Sí, me lo dijo; pero dicen tantas cosas las mujeres como ella, *extremadamente condescendientes*, segun tu expresiva frase... Y que más te regaló?

— Sólo este pañuelo y un monton de juramentos.

— Y en último resultado, cuanto te cuesta la chicuela en el corto tiempo que hace la conoces ?

— Hombre, poca cosa: gasté con ella la lotería que me saqué en estos días: doscientos pesos para la hija, y como el doble para la madre.

— Y dices que te ama, eh? oh! amor sublime!

— Francamente, me sale un poco cara; pero hé pasado momentos muy felices. Es una bella criatura.

Pero se acabó.

— Y allí?

— Oh! allí la veré, sí; pero ya sabes, no soy afecto á la continuidad en nada: me gusta variar, sobre todo en el amor.

— Y pasando á otra cosa: — por supuesto que seremos los *cicerones* obligados de Claudio, allí por nuestros dominios bonaerenses. ¿Qué te parece? Irá el mocito donde le llevemos, ó nos saldrá con sus escrupulosidades religiosas?

— Con Claudio iremos donde él pueda y le agrade ir; no nos faltará tiempo á nosotros para divertirnos solos. No olvides nunca que Claudio es hombre de su hogar y que para nosotros sería muy triste que causáramos algún disgusto de familia.

Dejémosle vivir léjos del mundo, hombre! Feliz de él si consigue pasar sus días como hasta hoy' satisfecho, sin sentirse agitado por las pasiones y deseos que á nosotros nos hacen tan felices á veces y tan infortunados en otras.

— Oh! nosotros..... nosotros somos solos, no tenemos mayores obligaciones, y bien podemos sin propasarnos divertirnos á nuestro modo. En realidad, él debe quedarse en su casa, con su mujer, ó por lo menos nosotros no debemos sacárselo nunca de su lado.

— Oyes? Estan llamando á comer.

Vamos á buscar á Claudio.

Cuando nos sentábamos los tres á la mesa, se servía la sopa: Claudio estaba inapetente y poco conversador. No tenía costumbre de sentarse á la mesa sin tener á su lado á Wanda, y extrañaba su ausencia. Carlos, jóven y alegre, comía á dos carrillos; yo no como nunca tan á gusto como en viaje, y eso que mi gran placer es no dar descanso á mis mandíbulas. Me place sobre manera estar á la mesa, oír el ruido de las olas que es para mí más agradable y profundo que el de la mejor orquesta, y poder contemplar por los cristales el paisaje de la orilla, tan variado y tan bello sobre el magestuoso Uruguay. A más el ruido de las olas es el lenguaje con que la esperanza hablaba á mi alma en mis dias de infancia y al escucharlo ahora, sin entenderlo ya, gozo como si volviera á vivir en aquel entónces lleno de ilusiones y de perfumes, perdidas para siempre en el camino de la vida.... Miro los cielos de las islas, sobre cuyas copas lanza sus trinos el boyero de blanco pico; miro los espinillos sobre los cerros en cuyas ramas espinosas se balancea la calandria cantando sus amores; miro sobre la orilla los juncos y los camalotes, ondulando

con las olas, y todo aquello me transporta, todo me trae recuerdos de otro tiempo, tiempo pasado ya, pero tiempo que fué y del que aun queda algo, aunque más no sea que dulces reminiscencias. Fueron esas olas con su murmurio cadencioso, fueron esas calandrias y esos boyeros,—liras tiernas y dulces pátrios bosques,—fueron esos juncos de la orilla sobre los que se posa á veces espiando su presa el Mastin—pescador,—fueron ellos los que primero me vieron y me oyeron bogar cantando por sus dominios al sentir el corazón agitado por mi primer amor, por la pasión intensa que encendieron en mi alma las miradas de mi rubia encantadora, mágica sirena de esos rios, ondina seductora á cuyo blando arrullo aun se adormece el alma gozando los sueños de ventura. Fueron ellos: por eso al verlos ahora, el alma se encuentra dichosa y me siento feliz.

Cárlos y yo, almorzamos, pues muy bien; Claudio probó apenas dos ó tres platos. Hicimos despues un paseo por la toldilla y concluimos por matar el tiempo haciendo una partida de ajedrez. Sin incidentes de importancia llegamos á Buenos Aires.

Los changadores del muelle nos advirtieron desde que pisamos en él que era necesario abrir los ojos bien abiertos. Todos pretendían quitarnos el equipaje para ganarse la changa. Nos aturdían á gritos.

— Señor, aquí está su changador de siempre, tome mi placa.....

— Voy á servirlo, señor, decia otro; voy á servirlo?.....

— A mí, patron, á mí; yo le embarqué el equipaje la vez pasada... ¿cargo?...

A cualquiera se le ocurre que en un puesto donde afluyen tantos pasajeros como el de Buenos Aires, debería haber un servicio especial de la Prefectura que tuviera por fin exclusivo regularizar el desembarco y garantizar al pasajero contra los avances é insolencias de esa turba de facinerosos que visten caniseta azul; pero no es así. Un marinero descalzo, cuyo aspecto hace poco poquísimo honor á la repartición á que pertenece, está allí, con su machete al costado mirando impasible como los changadores y boteros despluman á la pobre víctima que cansada del viaje y sin ganas de gastar palabras con gente tan ruin, concluye por dejar que hagan lo que quieran con su equipaje y abonar lo que le pidan por su conducción.

La Prefectura se ocupa de otras cosas: no podrá decirse que el servicio marítimo, (pase el término), en las elecciones que se practican en Buenos Aires sea defectuoso como el que se hace en el muelle de pasajeros. En las primeras se verán; nó sólo á los oficiales y marineros sinó hasta el último de los peones que trabajan en la ribera ir á dar el bello espectáculo de ejercer sus derechos de ciudadanos haciendo solos casi elecciones canónicas, bastándoles cambiar de sombrero ó de chaqueta para

pasar de una á otra parroquia y la sola ayuda de las peonadas municipales para darnos diputados, senadores, presidentes y ministros. Si tambien se portan en esto, puede disculpárseles el completo abandono de sus deberes, que los buenos empleados de hoy no son los que sirven al público que les paga, sinó los que se prestan á todos los enjuagues y trapizondas electorales. Este es el gran eje alrededor del cual gira la política del día, hecho por una turba de advenedizos que sólo ven en el gobierno sueldos y pitanzas. Y es por esto tambien que, aquellos que aman la Pátria y quiesieran verla realmente grande, dignificada y próspera y orgullosa de ser libre, sólo tienen el derecho de protestar contra tanta degradación política y vivir con la esperanza de mejores días. Que nada, nada es eterno sinó la verdad: mucho menos que todo el tiempo de la corrupción y de las ambiciones ilegítimas.

Éstas fuéron mis primeras impresiones al pisar el suelo de la bella y luchadora Buenos Aires, ciudad á la que en pagos de sus grandes sacrificios por la nacionalidad argentina ni se le permite siquiera gobernarse á sí misma, sustituyéndose al voto de sus ciudadanos la voluntad del que manda, convertido de un dia para otro en fabricante de ediles y concejales tambien fabricados, y tan concejales y ediles, como la carabina de Ambrosio. Así van las cosas, en derechura al abismo. Lástima que no cáigan á él primero los causantes de tantos males.

Así que llegamos al hotel, dejé de pensar en lo que se llama política, y traté por el contrario de divertirme á mis anchas, como despedida de las vacaciones de aquel año. Estábamos á 24 de Febrero; el 1º de Marzo se abrían las clases; sólo me quedaban pues, sólo cuatro días para *farrear*, en la extensión limitada que damos á esta palabra los que no siempre y casi nunca tenemos el bolsillo repleto, ni mucho ménos.

Lo primero que hicimos en compañía de Carlos, despues de acompañar á Claudio durante todo el día, fué ir en busca de los compañeros de estudio para salir juntos.

Similia similibus, ó en buen romance, la cabra tira al monte. Nos dirigimos á la calle Bolívar donde había una especie de colonia de estudiantes todos muy estudiosos, muy alegres y muy pobres aunque esto último sea supérfluo decirlo, habiendo dicho que eran estudiantes.

Cuando llegamos, encontramos á uno de ellos prendido de la reja y con un largo tubo de goma en las manos. Era *farolero*, segun le llamábamos nosotros.

La pieza estaba á oscuras. *Farolero* estaba colocando recién su tubo al farol próximo, haciendo de este modo que el gas viniera á alimentar su mechero. Así fué: á los cinco minutos *Farolero* bajó, cerró con tdo cuidado los postigos y exclamó con gravedad: *Fiat Lux!*, y la luz fué hecha.

— Hola Benjamin, qué tal? Cando has llegado?

— Hoy hé llegado, recien esta mañana, y mi primera visita es para Vds. Y los demás compañeros?

— Estan cada cual en su obligación, así como yo recien pongo término á la mia. Has llegado en buen tiempo. Y este joven acompañante?

— Es mi buen amigo; tengo el gusto de presentártelo: Cárlos P.....mi compañero Angel R.....

— Viene Vd. á estudiar tambien?

— No, vengo á trabajar en mi oficio: soy corredor, comisionista.

— Hombre, desde hoy tiene Vd. que hacer, si quiere. Consiya Vd., para los que vivimos aquí un crédito en cualquier banco y por cualquier cantidad, y le damos á Vd, lamitad de lo que obtenga. ¡Es negocio?

— Brillante, pero....

— Pero qué? No somos acaso personas conocidas? Y para qué son los Bancos? No son para dar dinero al que lo necesita? pues créame sin que se lo jure, que nosotros tenemos bastante necesidad de él.

— Y dónde están los demás?

— Ya te lo hé dicho, Benjamin, estan cumpliendo sus obligaciones. Diego y José han ido á buscar cigarros fiados; Pancho y Luis no pueden volver á casa si no traen yerba, uzúcar, café y galletitas; el Rengo está encargado de sacar, aunque sea de los adoquines de la calle, dos pesos para que despues del mate pueda haber un pequeño *beberaje*.... ¿entiendes?

— Entiendo, sí; pero tú no tienes comisión ninguna?

— Yo la tengo, y de todas las noches.

Aquí no se gasta un centavo en luz; yo soy, yo, quien proporciona la luz sin que cueste nada. Y gas, purito gas que alumbraba como el sol, gratis.

— Así te lo dá la Empresa?

— La Empresa..... para qué tanto trabajo? No ves? Hé hecho este agujero en la pared, por él paso este tubo que saqué del Gabinete de la Facultad; el farol tiene otro agujero que lo tapo al sacar el tubo todas las mañanas, y por este medio tenemos gas de balde. Son cinco morrudos pesos que nos ahorramos cada mes. La perra dueña de casa nos dijo al venir nosotros:—Caballeritos; se paga adelantado el primer mes: con gas 45 pesos, sin gas 40 pesos.

— Señora, dijimos todos, sin gas, sin gas; compraremos velas, Kerosene, cualquier cosa; saque Vd. los picos cuando le plazca.

Y es por esto que yo no hé salido en comisión. Doy la luz: lo demás lo hacen ellos. Hombre! aquí está el Rengo; trae algo debajo del brazo; éste como siempre, ha triunfado de la crisis.

— Apreciable Benjamin, como vá?

— Qué tal, Andrés, cómo lo pasa?

— Expléndidamente, super-expléndidamente. Mira, Angel, que acópio hé hecho en el almacén de la esquina, y mira, mira que morrudo nacional me ha sobrado.....

— Hombre! hombre! ¿Te ha sobrado plata?

— Sobrado, sí, sobrado. Salí de aquí cavilando y cavilando de qué modo me las compondría para dar con los 2 nacionales necesarios. Dí sin pensar, en la estación del Ferro-Carril en momentos que llegaba el tren; veo bajar un alemán grandote y colorado, tan colorado como nuestro espiritual ministro de los Tartagales, aunque mucho más grande de cuerpo y probablemente de alma también. Se baja del tren, y se para, saca de su bolsillo una guía de Kidd; se cala sus correspondientes anteojos y busca y busca hasta que detuvo su vista en una página: alzó entónces los ojos y con el primero que se encontró fué conmigo. Me puso la guía casi en las narices y con el dedo me señaló: yo leí «Calle de Cochabamba 314 $\frac{1}{2}$.» Sospechando que me preguntaba si conocía la casa, le dije: —Sí, ya lo creo, sí señor; véngase Vd, conmigo, yo le llevaré. Nos metimos en un carruaje y ordené al cochero de esta manera:

— Cochabamba 314 $\frac{1}{2}$el Señor de anteojos paga.

Un cuarto de hora de carruaje, nos bajamos en la casa, el alemán paga y me alarga un papel...Hice de tripas corazón, y con dos nacionales me presenté en el almacén.

— Una botella de cognac, del más rico.

— Vale dos pesos.

— Aguarde Vd. que no sea del más rico entonces, pero que sea más barato.

— Quiere Vd. de á un peso?

— Veamos, traiga una botella.

Miéntras el gringo iba en busca de ella me-time en los bolsillos inconmensurables de este sobretodo esta botella de anicete. Volvió el gringo, se cobró un peso, me dió el cognac, y aquí me tienen Vd.

— Ah! Rengo: despues de muerto te hemos de levantar una estatua, pero una estatua renga.

— Francamente, si me van á hacer algo como *eso* que le han hecho al buen patriota portueño, que lo han dejado sin violin y en una postura de músico sin instrumento, haciendo sostenidos en el aire...

— No, hombre; tu estatua será renga, pero no será ridícula como la estatua de Alsina.

— Y José no ha llegado aun?

— No han de tardar mucho.

— Los ví por la calle: iba él por un lado y Diego por otro. Les recomedé que se juntaran, que juntos harían más que acompañados; pero me dijo que nó, que andaban invitando no sé para qué, siguieron muy apurados.

— Invitando? Mejor, cuantos más vengan esta noche, más alegres estaremos.

— Pero Angel, me parece que ya podríamos empezar el mate. ¿Que hora es?

— Las nueve y media: ellos salieron ántes de las siete, no pueden tardar mucho. Pero de cualquier modo, el agua está caliente: principemos el cimarron hasta que venga el azúcar para tomar el dulce.

Cuando Cárlos concluía el primer mate entraron Pancho y Luis cada uno con un bulto

debajo del brazo; no se habían sentado aun cuando aparecieron Diego y José con caras de muy satisfechos.

— Ya estamos todos, al fin, dijo Angel. Antes de nada presento á Vd. al jóven Cárlos P... que ha venido con Bejamin. El Señor es corredor, comisionista, en una palabra, maneja pesos.

— Bien venido sea, dijeron todos.

— Veamos ahora, caballeros, qué resultados han alcanzado Vd. Vamos á ver tú, Pancho..

— Luis es el miembro informante.

— Perfectamente, que hable.

— Sr. Don Angel: — Debo principiar pidiendo disculpas al Sr. Presidente sino hemos llenado nuestra comisión con la celeridad necesaria en estos casos y tal vez sin el éxito que debiera esperarse. Pero cábeme el placer de ser creído si digo que tanto yo como mi colega D. Pancho hemos hecho lo humanamente posible.

Sr. Presidente: en toda la ciudad no hay un bolichero que nos fie: verdad amarga, pero al fin verdad. Para llenar nuestro cometido hemos ido á parar á las 3 Bolas, dejamos un alfiler de corbata en cambio de 4 pesos, hemos gastado uno y aquí estan los otros tres.

— Aprobado, aprobado sin discusión.

— Permítame, un momento caballeros, dijo Angel: yo apruebo en todo el proceder de la Comisión de azúcar, yerba y galletitas. Mas todavía, la felicito. Su sinceridad y el empeño de llenar su cometido la hacen acreedora á nues-

tro agradecimiento. Hay un peso en caja: juntándolo á los tres que ha traído la Comisión puede ir cualquiera de nosotros á rescatar el alfiler de las 3 Bolas.

— Bien, muy bien.

— Un peso en caja, dijo Pancho?—De donde sale ese hongo?

— El Rengo te lo explicará despues.

— Vamos á ver, tiene la palabra el miembro informante de la Comision de cigarros. Vd. habla, Sr. D. José.

— Sr. Presidente: Salimos de aquí á las siete p. m. con las manos en los bolsillos, con el encargo de traer cigarros, con la mejor buena voluntad, y sin nada más. ¿Pensarás acaso, Sr. Presidente, que nos dirijimos á alguna cigarrería? Ni soñado, siquiera. Nos fuimos á escuchar el debate de la Cámara, hoy que se trataba de un negocio de tanta importancia como la venta de la salud del pueblo. Si señor, allí fuimos en busca de cigarros.—Tenía la palabra el miembro informante, el cual con razones que no son razones y con argumentos que no resisten el menor soplo, y sobre todo con pronunciar la frase decisiva que *El Ejecutivo desea que esto se haga así*, convenció á la mayoría de que el proyecto Canevático debia ser aprobado, y lo fué. La barra silvó, fué desalojada, y nosotros dimos en la calle, pensando siempre en los cigarros. Volvimos á entrar: pidió la palabra un miembro de la oposicion, y en brillante y sólido discurso hizo ver:

claro cuanta vergüenza encerraba la aprobación del proyecto referido. El orador convenció á todos, ménos á los señores de la mayoría, que allí estaban prontos á moverse al menor signo del ministro *escéptico*, presente durante toda la sesion.

Antes que esta terminara concebí la idea de reunirnos algunos estudiantes y acompañar en triunfo hasta su casa al orador opositor. Salimos con mi colega don Pancho á invitar á los que no estaban allí presentes. Nos reunimos más de cien. Cuando la sesion terminó acompañamos hasta su casa al representante leal del pueblo, entre vivas y aplausos. Entramos. Eran las nueve. Hubo discursos, protestas enérgicas, y empezaron á destaparse botellas y á abrirse cajones de habanos. Conseguimos acapararnos estos dos cajones de Upman que aquí veis, y nos vinimos dando un último viva al representante leal del pueblo y cigarrero de la colonia.

— Hago moción para que se dé un voto de agradecimiento á la Comisión de cigarros y para que unamos nuestra protesta á la protesta del diputado opositor al proyecto que ha sancionado la mayoría regimentada de la Cámara.

— Aprobado, por unanimidad. Muy bien.

Y durante el tiempo que duró la sesión aquella noche, la conversación giró sobre la política, mientras se tomaba mate, se bebia buen coñac y se fumaban ricos habanos.

Seguramente que cualquiera de los hombres que se llaman *del siglo*, para quienes todo es cuestion de *barriga*, nos hubiera creído á los allí reunidos pobres *ánimas inocentes*, que no sabíamos lo que es el mundo ní la política. Puede ser; pero aquella noche gozabamos nosotros al protestar contra los avances de los que mandan y nos hallabamos muy satisfechos de podernos contar libres de las abyecciones, claudicaciones y bajezas que criticábamos. O ser ó no ser, decíamos; ó ser ciudadanos con derechos y libertades, ó ser instrumento servil de cualquier advenedizo que no posee otro mérito que tener la sarten por el mango, si mérito es este.

La reunión no podía terminar así no más, sin otro *acontecimiento* como llamabamos nosotros á los momentos agradables que sabíamos pasar á veces. Así fué que, como si de antemano nos hubieramos convenido para ello, cuando fueron próximamente las once, todos nos invitamos á un tiempo.

— Para dónde? Vamos á ver, hagamos itinerario primero.

— Caballeros, dijo el Rengo, aquí todos andamos medio escasos; por tanto es preciso apelar al crédito. Yo estoy dispuesto á usar del mio hasta el momento crítico. Vamos á casa de Madama Rosa. Les conviene?

— Si tu garantes del éxito, vamos.

— Lo garauto: tengo *banca* en la casa, y además el comisario de la sección es un buen

muchachó. No recuerdan Vd. que bien se portó Pedrito aquella noche?

Y salimos en corporación.

— Via Corrientes derecho, al llegar á Talcahuano párese la comitiva.

Así mandó el Rengo y emprendimos el camino. Llegamos á punto que, en cumplimiento de las ordenanzas, iba á cerrarse la puerta de calle. Cruzaba la madama tras la verja de fierro, y el Rengo la chistó.

— Oh! éres tu, Renguito... Seguramente no vienes solo...?

— No, Madama; pero ya sabe Vd., que conmigo viene pura gente buena, como yo.

— Sin *franela*?

— *Franela*, madama? Abra Vd. verá qué *firmas* venimos, forrados de pesos que dá gusto.

Pasamos todos adelante. El Rengo se apartó con la Madama y volvió despues donde estábamos nosotros esperando.

— En salon aparte, muchachos. La cosa vá á ser de lo mejor. Cerveza, champagne, de lo que gusten. Ahora viene todo y *ellas* tambien. ¿No les dije que tengo *banca*?

Pasamos á un Salon, que llamaban reservado, no se porqué. Dos mesas grandes con piedra de mármol, muchos espejos, muchos sillones y dos cuadros del natural y al natural. Miétras la Madama daba ordenes á sus *petites* para que se vinieran á nosotros, el Rengo llamó á Angel y á Pancho para decirles:—Miren, muchachos, cuando la cosa vaya tomando cariz, es decir,

cuando estemos todos más ó ménos satisfechos y se acerque el momento de pagar, empiecen Vd. dos á tomarse en palabras, amenácese fuerte, muy fuerte como si fueran á matarse á cuchilladas. ¡Entienden? Yo haré lo demás.

Empezaron á venir las muchachas: entró primero Arabella, bella húngara de abultadas formas y de refinada coquetería á su modo. Miró á todos con aire alegre y sentándose en las faldas de Cárlos de dijo lo de siempre:

— Como te vá vos?...oh! qué lindos tienes *pigotes*...

Siguióla Olga, espléndida napolitana de perfil delicado y agradables maneras. Entró con su risa de siempre, como si se alegrara de ver tanta juventud dispuesta, y saludó á todos:

— Oh! muchachos, que lindo esto! ¡Cómo están Vd?...

— Bien, Olga, muy bien.

Pancho le alargó una copa de cerveza y le ciñó la cintura.

— Dáme un beso, Olga.

— Un beso no más quieres, *mijito*? Toma, toma dos y tres.

Y se lo besó de lo lindo.

Dando más vueltas que un trompo cascarilla se apareció Blondinette, francesita nada bella, pero con todo el atractivo y el chic de las francesas.

— Qué grrran cosa, qué chic, ça! Vient tu, Pepito...Este solo quiero yo...es mimarrido...quieres que te abrace pepit ?

— Como gustes, chica, le respondió Pepe, dejándose envolver entre sus brazos.

Entró despues Fatinitza, turca en todo, dura en la boca más que un pampa crudo, pero de bellas prominencias carnales. Diego le puso los puntos y se entendieron.

Fanny, una inglesa rubia como inglesa, de ojos azules y bastante bonita, había entrado silenciosa con un gran jazmin en las manos y afectando siempre el aire de modestia y timidez que la caracterizaba. Luis se le acercó.

— Oh! *my dear Fanny!* Siempre bella y siempre triste...

— Porqué tanto has faltado...?

— Aquí me tienes ahora, ansioso de tus besos. Y pegó sus lábios á los lábios de la inglesa.

— Ah! ah! esclamamos todos cuando entró Norma. Paróse en medio del salon, como para que todos vieran cuan bella era, dejando ver el nacimiento de sus piernas elegantes y torneadas. En efecto, la espléndida montenegrina causaba admiración al mirarla: alta, bien formada, ni flaca ni gorda, graciosa y esplendente, era Vénus sumida en el fango de los vicios. El Rengo la miró riendo; ella se le acercó:

— Oh! tú, amigo, cuánto tiempo no vienes... cómo estás?

El Rengo la estrecho con tal violencia que parecia querer incrustársela en el cuerpo. Era su *capricho*

— Qué le damos á Benjamin, que está vacante?

— Lo que venga, yo hago de tripas corazon en caso de estos...

Y entró Nineta, napolitana bella, con todo el ardor de su raza en el fuego de sus miradas. Era una Graciella corrompida... pero era Graciella.

— Acepto, acepto. Ven á mis brazos, Nineta.

— Estamos, dijo Angel.

Las copas se llenaron, bebimos largo rato, conversamos, gritamos, hicimos lo que se hace en casos tales. Ya habíamos llegado al punto en que se dice lo que no se sabe y se hace lo que se ocurre. Angel y Pancho habian hecho lo mismo que los demás, pero bebieron poco y estaban serenos. El Rengo era capaz de beberse el mar si fuera vino y quedar tan fresco como si nada.

La que se había escedido hasta más no poder era Blondinette. Le daba por cancanear de lo mejor, y cuando iba á ponerse en *postura* caía en las faldas del que tenía más próximo. Estaba lamentable. En una de las revueltas, Pancho se la echó encima á Angel; éste se encrespó y con ademan resuelto dijo á Pancho:

— A ver su tipo más moderación ó le rompo tres costillas.

— Buena traza! Enójese, zonzo, y verá sí le hago comer las alfombras.

— A mí? Salga al pátio, cara de pavo, compadron, y veremos cual es mènos...

La Madama que rondaba el salon se presentó á poner órden. Angel le echó en toda la cara la copa de champagne que ya nadie quería tomar, diciéndole:

— Sálgase de aquí, vieja cochina.

Andrés, afectando mucho disgusto salió en busca de Pedrito, el Comisario. Volvieron á los cinco minutos.

— Marchen todos presos, dijo desde la puerta.

— No marchamos ni á palos. Que nos saquen si pueden.

— Renguito, decia la madama, hágalos llevar Vd. que conoce al Comisario, hágalo llevar, despues nos arreglaremos; pero que los lleven, sinó es multa segura.

— Ah! Madama, Vd. vé, estan ébrios.... yo no tengo la culpa. . .

El Comisario arreó con todos. A la vuelta de la primera esquina Pedrito, escelente muchacho nos dijo:—Compañeros, se han portado. A estas canallas hay que tratarlas así; pueden irse tranquilos á sus respectivas casas y avisen no mas cuando armen otra.

Despues cada mochuelo se fué á su olivo.

Andrés, para quedar bien en la casa, fué al otro día con cien pesos, pagó, y al rato se presentó el Comisario Pedrito á multar en cien pesos á la Madama. Esta pagó los cien pesos volvieron á manos del Rengo, el que los devolvió á quien se los había prestado. El Comisario, indudablemente, procedía un poco mal; sin embargo, no tan mal como otros funcionarios, y sobre todo que á nadie perjudicaba.

Cuando llegamos al hotel, Claudio dormía. Eran las tres de la mañana. Nos acostamos.

IV

A las nueve nos levantábamos. Claudio volvía de oír misa en la Catedral, próxima al hotel. Su fé ciega en la religion en que sus padres le habian criado le hacía feliz, y él mismo manifestaba que, aún cuando el mundo se desplomara, él, al levantarse, lo primero que hacía era ponerse en gracia de Dios. Ya volvía, pues, satisfecho.

— Dormilones, todavía en cama?

— Nos estamos levantando; al fin, no es tan tarde. ¿Madrugó Vd. Claudio?

— No tanto; me alcé de la cama á las seis; pero he hecho mucho, ya oí misa...

— Y se arregló todo ya?

— Vino el mueblero: solo espera la casa para amueblarla. ¿Vendrá el agente?

— Pierda Vd. cuidado, él vendrá y ya le habrá conseguido casa en las condiciones que Vd. desea. ¿Cuándo piensa partir?

— Si hoy viene el Agente y el mueblero se compromete á ponerme la casa, me voy mañana.

Hoy recibí telégrama de Wanda: me apura porque vaya á traerla.

— Por la casa puede Vd. irse tranquilo; el mueblero que le hemos recomendado no necesita instrucciones. Por lo demás, nosotros daremos un vistazo por allí. Tenga Vd. seguro que al volver encontrará su casa á su paladar. Hoy podemos pasear, si lo desea.

— Pasearemos; deseo ir conociendo esta gran ciudad, poco á poco.

— Bueno; hoy iremos á Palermo; casualmente es dia de cita de la gran sociedad. Ya verá Vd. qué lujos y qué trenes se gastan aquí los magnates y los que no son magnates.

— Y por la noche?

— Donde Vd. guste, Claudio. Si le place iremos conociendo los teatros, aunque no funcionan por ahora sinó Variedades, Pasatiempo, y el Jardín Florida.

— Dónde les parece mejor á Vd?

— Creo que en el Jardín pasaremos un buen rato: es lo mejor ahora.

— Bueno, iremos allí.

Fuimos en efecto, á Palermo, por la tarde. La inmensidad de carruajes que iban y venian admiró á Claudio, como admira todo lo que se vé por primera vez cuando ello no es vulgar principalmente. El no estaba acostumbrado á nada de eso; habia pasado sus dias entregado á su *Viejita*, á Dios y á Wanda, y nada mas. Aquello le parecía cuento ó sueño. Ver tanta riqueza, tanto esplendor, tanta belleza y tanta vanidad

reunidas, era algo en que él no había pensado. Pero empezaba á picarle la curiosidad, y ya iba sintiendo, aunquelentamente, deseos de gozar él tambien como todos los demás. Tal vez en su interior se diría: tengo fortuna, puedo pasar mi vida feliz haciendo mas feliz á mi Wanda. Y nos preguntaba á cada instante:

— Quién es aquel, aquel que lleva tan lujoso tiro? Y ella es su esposa?

Pasaron casi á nuestro lado, con el orgullo insolente de quien se proporciona el mezquino placer de enlodar á los demás, dos *horizontales* en espléndido carruaje descubierto. Claudio no pudo reprimirse:

— Oh! qué bellas mugeres, esas! Quiénes son, Cárlos?

— Esas dos que van solas? Hombre! que no las saca Vd. por la figura? Son dos mugeres de mala vida, que vienen á llamar. Este es su *reclame*.

— Pero son bellas, eh?

— Como muchas: bellas y corrompidas como bellas.

— Ah! con razon se pierde tanta juventud! Feliz de mí, que siempre he vivido alejado de ese demonio de la carne.

— Sí, feliz; y como Vd. habrá pocos felices, Claudio.

— Oh! ved que arrogante tiro de rusos; á quién pertenecen.

— Es el carruaje de S. E. ¡Bellos caballos, es verdad?

— Oh! parece que aquí todo es espléndido! Qué carruajes, qué tiros, qué mugeres!... Allá van otra vez ellas, vea, Cárlos, qué elegantes y provocativas.

— Póngase en salvo, Claudio. Exorcíjelas.

— Oh! no me tientan, no. Se lo aseguro.

— Verá Vd. luego en el Jardin algunas que acostumbran mezclarse...

— Si? Me gustaría conocerlas, de vista no mas. No creía que hubiese cosas tan buenas, que se vendieran así, al primero que aparece.

— Ya verá, Claudio; ya verá á medida que conozca todo esto cuántas sorpresas le reserva el mundo á Vd.

Nos bajamos del carruaje: vimos el lago, las fieras y el bosque. Todo le agradaba á Claudio sobremanera. Cada cosa que veía le arrancaba una exclamacion.

Despues, por la noche, cuando vió el Jardin, relativamente inmenso comparado con aquel teatro donde había asistido toda su vida, donde había visto en compañía de Wanda aquella representacion de «Flor de un día» por cómicos *alegres*, su sorpresa fué mayor todavia. Y el cuerpo de baile, que era selecto, le entusiasmó en alto grado. Cuando las bailarinas, con sus piernas desnudas, hacían alguna cabriola de esas incitantes, de esas provocativas, él les clavaba los dos vidrios de su antejo, y sólo se volvía á nosotros para decirnos:

— Casi desnudas, eh? Todo lo enseñan, todo.

Y volvía á mirar como si no quisiera perder

ni el menor movimiento de aquellos cuerpos tan compuestos, ni la menor de aquellas sonrisas tan estudiadas y tan lascivas que viven perennes en los labios de las bailarinas. Y quiso la casualidad que frente mismo á nuestras localidades vinieran á sentarse las dos paseantes de Palermo que tanto le habian llamado la atencion por la tarde. Tambien las miraba con ojos de Fauno lascivo. Su materia iba desatándose, poco á poco.

Cuando nos retiramos, en el trayecto hasta el hotel no nos hablaba ya de religión, como otras veces, sinó del mundo, de lo expuesto que está uno á caer en los abismos del vicio, habiendo tantas provocaciones en todas partes. Pero cuando nos acostamos rezó todavía sus oraciones, y al día siguiente, antes de embarcarse, fué á misa.

Despues, habiendo venido el agente encargado de buscarle casa y convenido con el mueblero para que se la arreglara, se embarcó.

Su despedida fué ésta:

— Sin falta, por el próximo vapor, estoy por acá de nuevo. Adios...

— Adios, Claudio; hasta pronto.

En el trayecto del hotel hasta el muelle de pasajeros dos ó tres veces manifestó deseos de postergar el viaje.

— Me agradaría mucho, decía, poder pasar otra noche viendo lo que aún no he visto; tengo vivo deseo de conocer todo esto.

— A la vuelta, á la vuelta Claudio, nos divertiremos mejor y la llevaremos á Wanda.

Tres ó cuatro días ántes no hubiera dado lugar él á que nosotros le dijéramos primero que nos divertiríamos en compañía de Wanda. El lo hubiera dicho ántes. Pero, como todas las cosas, el amor también cambia. De los excesos que hacen olvidar por completo al mundo entero para encontrarlo todo en la mujer predilecta del corazón, hasta se llega á olvidarla por cualquier otra cosa que alague y agrade á uno de nuestros sentidos, que satisfaga á una de nuestras pasiones ó de nuestros apetitos. Es una triste condición humana, así como es triste también que junto á un alma tan grande como la nuestra tengamos este cuerpo tan pequeño en sus exigencias imperiosas. Somos hombres, pero somos también animales. Olvidamos, cambiamos; variamos, muchos veces dejando lo bueno por lo malo.

Sobre todo, cuando el corazón sin pasar por su primavera, sin expandirse en la estación florida de los veinte años, pasa á su otoño ó se acerca á su invierno, es como esos árboles que trasplantados en la época de fructificar recién florecen, y dan sus frutos fuera de estación, frutos que se pierden ó que son malos, puesto que han aparecido cuando los tiempos no les eran propicios.

Tal era Cluadio: árbol trasplantado, que no encontraría ya sus estaciones aunque se esforzara. Pero los gérmenes iban en él, vivos, palpitantes, y en la primera oportunidad ellos tenían que reventar. Aún no había visto nada; las cortinas

del mundo no se habían descrito aún ante sus ojos. Estaba en las piezas interiores, en segundo término, que es donde viven ahora la virtud, la pureza y la inocencia. Pero todo él pugnaba por seguir adelante, por ir más allá..... Si antes hubiera visto lo que ansiaba ver ahora, tranquilo en su hogar gozaría el amor puro de su Wanda. Pero, apurado por ser feliz se olvidó él y se olvidaron los que le guiaron que la felicidad, si se alcanza, es después del sufrimiento, como recompensa. El no había sufrido antes; tenía que sufrir después. Era hombre.

V

Aquella noche, solos en el hotel con Cárlos, conversamos largamente de nuestro comun amigo.

— Cierto, decía Cárlos; Claudio es un hombre feliz, completamente feliz; pero francamente no le envidio su felicidad.

— Ni yo tampoco : — cuando sienta la necesidad de una mujer que me ayude á trascurrir los días de mi vida, ojalá que el cielo me envíe una como Wanda, ojalá! Pero ántes quiero conocer lo que vale una mujer así, y porqué el hombre la necesita. No puede uno, en estos casos, aprovecharse de ajenas experiencias; es preciso experimentar en cabeza propia. ¿No es verdad?

— Indudablemente. Yo comprendo desde ya que Claudio no ha vivido sus veintidos años, no. Recien vá á entrar al mundo. Si le vá bien, que Dios le ayude; pero si le vá mal porqué tendrá que sufrir con él ese ángel que Dios le ha puesto al lado? E'l todo lo fía en Dios:

cuando ha hecho sus oraciones, cuando ha cumplido todas esas fruslerías en que su buena madre le ha mantenido hasta hoy, ya cree que lo ha hecho todo. Pienso que se equivoca: mas vale una leccion aprendida en la escuela del mundo, con maestro que sepa hacernos sacar de ella el provecho necesario, que todos esos misticismos y zonceras que á nada conducen y de que sólo se aprovechan los que viven del error y de la mentira, cubriéndolo todo, sus mezquindades y sus farsas, con el nombre de Dios.

— Si, malo, muy malo es querer labrar la felicidad de los hijos preparándoles para que vivan en el mundo, tomando como base de esa preparacion, como punto de partida, hacerlos vivir en completo desconocimiento de los obstáculos con que han de tropezar en su camino. En vez de levantar los ojos al cielo, es preciso enseñar á que se mire el mundo de frente, con todas sus llagas y todos sus dolores para que viéndolos y conociéndolos el hombre los evite en su camino ó se prepare desde temprano á vencerlos luchando. Es la gran cuestion del día: hay una escuela literaria que quiere hacer esto, que quiere mostrar las cosas tales como son, y se levantan contra ella todas las resistencias de ciertos pudores de convencion, de ciertas vergüenzas fingidas, que indudablemente nada pueden contra ella, — porque no se lucha con la verdad, — pero que hacen más difícil su deseable y seguro tiempo.

El día en que por su educacion y preparacion prévia pueda el jóven de quince años leer sin rubor delante de sus padres los libros de Zola, ese día se habran curado muchas de las llagas que nos atormentan.

— Sin embargo, convengamos en que es preciso y bueno alimentar creencias y tener fé en algo superior á nosotros.

— Oh! negarlo sería negar la evidencia.

Hombre sin religion es hombre sin vida. Pero de ser religioso á hacer la vida de Claudio hasta hoy, existe gran distancia. Yo creo que adorar á Dios es cumplir en el mundo con su deber, es amar á nuestros semejantes, es sacrificarnos en aras de la Pátria, es instruirnos, es enseñar y aprender, en una palabra. Pero tomar al hombre en su infancia, alejarle del teatro donde debe actuar para llenarle la cabeza de imposturas y farsas y lanzarlo despues al combate, es mandar á la lucha un cadáver ó poco ménos. — Los enemigos siempre son los mismos: las pasiones no se desarman porque la lucha sea desigual, al contrario, si es débil la víctima la despedazarán sin piedad.

— Pero piensas que Claudio se halle en esas condiciones?

— Francamente, lo pienso ahora, y lo siento, á pesar que aun puede ser feliz. Pero para mí, sin querer echarlas de hombre sesudo, Claudio sufrirá mucho y Wanda sufrirá mas que él. Ya verás, con el tiempo.

— Observa que Claudio tiene una esposa que le idolatra; observa que tiene madre, y tener madre es tener á Dios al lado.

— Pero tambien observa esto: — Claudio es hombre y como tal debe desempeñar su papel en la escena del mundo. Tiene ya edad y sin embargo no se haya preparado. Cuando pise la escena, el desencanto que sufrirá será la causa de que pierda completamente sus esperanzas.

— Pero bien puede ser que se detenga á tiempo.....

— Ojalá Dios lo quiera !

Variamos de tema y empezamos á recordar las peripecias de la noche pasada en compañía de Angel, el Rengo y demas miembros de la Comandita estudiantil. Discutiendo sobre quién lo había pasado mejor, Cárlos estaba firmemente convencido de que yo había sido el favorecido aquella noche.

— Y Norma, te parece poco bocado Norma?

— Oh! será todo lo que tu quieras; pero Nineta con aquellas ojos que parecen lanzar destellos de amor en sus miradas..... Ah! es muy bella. Sobre todo, te has de haber fijado en esto: habla poco, porque conoce que no sabe hablar; sus besos, sus apretones y sobre todo sus miradas suplen con exceso sus palabras y hacen entender al alma el lenguaje del amor. Yo te aseguro que de aquella noche solo me queda el recuerdo de la bella napolitana.

Y olvidas á tu Arabella?... Oh! si lo llega á saber, ella que es tan celosa y tan preñada de sí misma, te come á tí y se la come á su rival, no lo dudas.

— Lo que yo pienso es esto: Sí á Claudio le entusiasmaron tanto las bailarinas del Jardín y las paseantes de Palermo, qué no le hubiera sucedido si nos acompaña aquella noche?

— Se marea estoy seguro. Entre aquella atmósfera viciosa, entre aquellas mujeres lascivas, él, no acostumbrado, se hubiera quedado rezando oraciones y haciendo cruces al demonio de la carne..... pero al fin la carne, que no entiende de cruces ni oraciones, le hubiera vencido.

— Oh! si hubiera alcanzado á poner sus lábios en la nívea garganta de Nineta! Estoy seguro que puesto en el caso, echa á la espalda todos sus escrúpulos de católico ultra.

— Sin embargo, acaso Wanda.—y ella me perdona si la nombro entre tanta inmundicia,—acaso Wanda no es una mujer bella en todo sentido?

— Sin duda alguna; pero Wanda es de Claudio, Claudio la posée siempre, goza su amor á la hora que se le antoje, y esto es precisamente lo que el hombre no sabe apreciar. Por otro amor, aunque pasajero, pero que le haga pasar un momento feliz, Claudio se olvidaría momentáneamente de su mujer. Es la historia de siempre: se tiene la felicidad en casa, pero no basta, cuando se tiene, y se vá en busca de ella para perderla.

— No llegaría yo á ese extremo.

— Yo pienso que tampoco ; pero por Nineta, te lo aseguro, robaría algun momento á los placeres de mí hogar.

— Pero sólo un momento.

— No obstante, reconozcamos esto : las mujeres son unos abismos, lo atraen á uno, uno vá por curiosidad primero, por placer despues, y llega al borde, y mira al fondo. A muchos el abisino los atrae, á otros los deja libres. Y mira, Nineta es un grande abismo. Yo por eso, cuando vaya á verla iré prevenido : apénas sienta su influjo, me retiro.

— Con un poco de cuidado no hay abismo que no se pueda salvar.

— Hum! Vemos tantos cuadros todos los días...

— Y tú, tú que ya has pasado tantas borrascas en estos mares, aun los temes?

— Sí los temo? Mira voy á serte franco, desde aquella noche pienso en Nineta; por ella hé olvidado todo y hasta he tenido momentos en que casi hé cometido la barbaridad mas grande. Pero reconozco mí error y ahora no me pescaría. Mira, para que te hagas idea de lo entusiasmado que estaba, voy a leerte unos versos que á ella dedicaba. Escucha:

Permite, Nina querida,
que gozando tu hermosura,
creyéndote casta y pura
ame por tu amor la vida.
Bésame, bésame fuerte,
bien fuerte, Nina querida!

Mi alma de dicha anhelante
á tus piés pongo rendido :
sé que tu amor es mentido,
¡el mundo todo es farsante!
y á otras farsas te prefiere
mí alma de dicha anhelante.

Ni á mí me importan ni á vos
de otros lábios los indicios :
venga el turbion de los vicios
y arrástreos á los dos !
Que otros te gozen mañana
ní á mí me importa ní a vos.

Inútil fuera mí afan
per gozar en la virtud :
del mundo en el ataud
todos los sueños se van !
Bucar la dicha en la tierra
es quimera, vano afan !

Cansado ya de sufrir,
vencido por el dolor,
quiero creer cierto tu amor
y en esa ilusion vivir.
¡Cómo gozo á tu contacto
Cansado ya de sufrir !

Un beso, un beso lascivo,
oprímeme entre tus brazos !
El corazon á pedazos
me arrancó el dolor ; — cautivo
de tu amor farsáico, quiero
gozar tu beso lascivo !

Aun la senda de tu vida
miras sembrada de flores,
aun vives entre fulgores
de un sol que al placer convida.
Ah ! cuando el dolor te azote
en la senda de tu vida !

Goza ! Mañana en abrojos
las flores se trocaran
y sólo sombras veran
por doquier tus lindos ojos.
Goza, Nina, que mañana
las flores seran abrojos...

Mañana !... nécio pensar !
Vivamos para el presente,
fingeme un amor ardiente,
hazme creer tu farsa real,
gocemos hoy, que mañana.....
mañana..... nécio pensar !

— Triste idea de tí me hubiera hecho formar esos versos si no te conociera.

— Pero fué sólo inspiracion del momento, como dicen los vates. Hoy no le diría eso á Nineta, te lo aseguro. Pero no obstante, reconozco que su belleza es peligrosa, peligrósísima.

— Una belleza enlodada, que sólo se alcanza sumiéndose como ella, en el fango.

— Todo lo que quieras; pero díle esas cosas á la carne cuando se enardece y verás si no es sermon perdido, á la fija.

— Cierito, no hay discusion sobre eso.

Seguimos conversando largo rato, despues salimos á pasear y aunque tarde volvimos al Jardin. En los entreactos se repartieron carteles anunciando grandes novedades próximamente.

Estas novedades las traen la compañía en que figuraba Tula.

Tambien en los teatros de Buenos Aires,— hablo de los de menor cuantía,— se suelen ver actores que mejor estarian en cualquier otra parte que en la escena. Con esta circunstancia especial: en Buenos Aires ganan dinero, si alcanzan la complasencia de algunos diarios, sobretodo si *las artistas* son buenas mozas y fáciles,— y en las provincias se mueren de hambre.

Estuvimos un rato en el Jardin, y despues nos fuimos al hotel y nos acostamos.

VI

Era una noche de día domingo; ya se habían abierto las clases, pero como estábamos á principios del año escolar, aún nos permitíamos el lujo de ir al teatro los dias de fiesta.

Estábamos aquella noche en el jardin. Durante el primer entreacto Cárlos me dejó solo con Claudio. Habíamos ido los tres: Wanda quedó en su casa con la *Viejita*. Desde que se habían trasladado á Buenos Aires, Wanda sólo había salido algunas tardes, de paseo; al teatro fué sólo dos ó tres veces: más le agradaba quedarse en su casa.

— Dónde vá Cárlos?

— Ahora verá vd. Claudio, donde le encontraremos. De paso conocerá vd. lo que queda entre telones de todo lo que nosotros vemos. Venga.

Y fuimos adentro. Cárlos estaba en el camarín de Tula. Presenté á Claudio, un tanto ruborizado al ver la desnudez de Tula y sudan-

do, pero á mares, al mirar las hermosuras de aquella jóven artista vistiéndose en su camarín.

Conversamos largo rato, y despues dejamos á Tula con Cárlos. Pasamos á otra parte: siete bailarinas se daban los últimos toques para salir á la escena. Al llegar á ellas Claudio se sacó el sombrero como si se sofocara.

— Ola, Carolina, me parece que esta noche tienes las pantorrillas mas gruesas...

— Acérquese Vd. y toque, si duda. No necesito rellenos, no.

Me acerqué y efectivamente quedé convencido de que la rubia bailarina no necesitaba armazones: era carne todo.

— Vea, Claudio, qué hermosura! No tema que *estas niñas* lo tomen á mal; aproxímese.

Claudio se acercó tambien, tímido, tembloroso, nervioso. Las bailarinas conocieron que era *novicio*, y tres ó cuatro juntas se le fueron encima.

— Convénzanse Vd. los que creen que todo es fingido. Vea, toque, toque Vd., esto es real, todo carne...

Claudio reía y sudaba. Al fin, como si hubiera sido por un movimiento involuntario, como por un ataque de nérvios, Claudio agarró entre sus manos el brazo redondo de una de ellas.

— Cierto, no hay trapos aquí, dijo, y en seguida, algo turbado, se le ocurrió una galantería, lo peor que podía ocurrírsele entre aquella gente, y exclamó.

— Oh! qué hermosura la suya, bella bailarina!

Ellas se rieron. La campana sonó llamándolas á la escena. Dora, la bailarina á quien Claudio galanteaba, se le acercó al oído. Yo que estaba atento, escuché:

— El tercer camarín es el mío; vuelvo.

Dora, avezada á las conquistas de entre telones, husmeó la pieza. Conoció el efecto que había hecho en el ánimo de Claudio y echó sus cálculos. Sin duda se prometía grandes ventajas aquella noche.

Llamé á Claudio aparte cuando ellas bailaban, y le dije:

— Compañero, no se fíe: esta gente es de las peores. Un momento no más, y no les afloje nada, de lo contrario se reirán de vd.

Y quedamos entre telones durante aquel acto.

Allí, de cerca, se veía todo aquello palpitante, vivo, caliente. Claudio no hablaba, sus ojos estaban abiertos, bien abiertos y fijos en la escena. Las bailarinas hacían sus requiebros, y cuando alguna llegaba en frente de Claudio, sonriente, mostrando su seno palpitante, Claudio lanzaba un suspiro, como si se ahogara.

— Al palco, compañero, al palco, le dije cuando el acto iba á terminar.

— Espere, hombre, espere. Deseo conversar un momento con Dora.

— Ay! amigo, no se entusiasme. Mire que esto es engañoso todo y mentido.

— No tema, ya vuelvo.

Y se metió en el camarín n° 3 donde había entrado Dora.

Las otras bailarinas le vieron y se quedaron con caras poco alegres: se les iba la piosa prometida. Una de ellas enderezó á mí:

— Querida, no tengo ni un céntimo, le dije, y fué lo suficiente para que todas me dejaran solo. Pasé donde estaban Cárlos y Tula. Los sorprendí en los espasmos de un beso.

— Oh! parecen vds. dos palomas.

— Esta Tula me enloquece...

— Y este Cárlos me entusiasma...

— Y Claudio debe estar mas que entusiasmado.

— Dónde?

— Con Dora; se lo pescó al primer tiron.

— Vámonos, entonces; no conviene que se entusiasme mucho. Adios, Tulita.

— Adios, Carlitos; ven mañana, eh?

— Sin falta, á la siesta si me esperas.

— Con mil amores.

— Hasta mañana, pues.

— Hasta mañana.

Golpeamos en el camarín de Dora.

— Eh! gordota, dale un beso y que se venga, que nos vamos.

— Allá voy, esperénme.

— Pronto, que es tarde.

Oímos el beso y vino Claudio.

— Amigo, qué pronto ha hecho vd. relacion.
¿Qué tal?

— Oh! espléndido, espléndido, un buen momento.

— Bueno, vámonos es hora de retirarse sobre todo los hombres casados como Ud.

— Vámonos, sí, He echado una cana al aire, como dicen; no echaré otra.

— Porqué?

— Esto está mal, muy mal hecho, siento hasta vergüenza de ir ahora á mi casa.

— Oh! con no pasar los límites...

— No, seguramente. Seré como siempre hombre de mi casa. Esto no es para mí; no debo buscarlo más.

Oírle hacer aquellas promesas de su cuenta, sin que nadie le hubiera dado motivo siquiera para ello, bastaba á hacer suponer que se sentía débil para resistir las tentaciones nuevas que se le presentaran. Acababa de salir del camarín de una artista; aún respiraba la atmósfera sensual del gabinete de Dora, donde pasaba todo aquel que quería, y ya empezaba á prometerse y á hacernos creer á nosotros que no volvería á entrar en él. Estaba en el momento psicológico de las fluctuaciones y como todos quería engañarse á sí mismo, al sentirse sin fuerzas. ¿Quién es aquel que despues de trascurrido el momento de vértigo no comprende el mal que se hace y no se promete la enmienda? Y quién es aquel que alcanza adormecer por completo sus pasiones y deseos? Para encontrarlo no bastaría seguramente la linterna del filósofo.

Mucho ménos que nadie lo era Claudio. Para él, además del placer de los sentidos, aquello tenía todo el atractivo de la novedad.

Era una nueva vida la que empezaba á hacer. Ya no le bastarian las dulces horas pasadas en compañía de su Wanda amante; ya no le bastaría, como en otros tiempos, la felicidad sin par que su esposa le brindaba. En vano, como hasta entonces trataría de vivir léjos del mundo entregado á las dulzuras de su tranquilo hogar. Ya había dado un paso en la senda peligrosa y debía seguir...

Cuando al otro día Cárlos acudió á la cita de Tula, se sorprendió al saber que Dora tenía en su cuarto desde temprano al compañero de la noche anterior.

— El que vino con nosotros y estuvo con ella un momento?

— El mismo, Cárlos, el mismo.

— Y qué tiene esa bailarina gorda que tanto le atrae? Es bella, acaso?

— No me lo parece; pero tiene una condicion que la hace deseable á vds. los hombres; es mujer muy fácil y ella misma está prendada de sus gorduras. Eso es todo.

— Péro mi compañero la goza él solo?

— Solo? No hay uno de los que saben venir por acá que no haya hecho de ella lo que ha querido. Y siempre encuentra algun tonto que le hace caso.

— Francamente, aunque aquí entre telones nada es estraño, me sorprende esta noticia. Claudio aquí, á estas horas...

Y era de sorprenderse en verdad.

Cuando al día siguiente encontramos á Clau-

dio en su casa, indirectamente, mientras Wanda nos dejaba solos, tratamos de saber donde había pasado la tarde anterior, y él, creído de que todo lo ignorábamos, nos decía que había estado escribiendo y que despues había hecho un paseo por el puerto...

Ocultaba sus debilidades: no se correjiría fácilmente.

VII

En el tiempo transcurrido desde que Cárlos se había venido á establecer á Buenos Aires, la fortuna le había sonreído continuamente prodigiándole sus favores. En la Bolsa se había levantado una regular fortuna; era ya hombre de dinero.

A él sus ocupaciones y sus amores,—pues tenía novia,—y á mí los estudios nos habían obligado á escasear nuestras visitas á Claudio y su esposa. Despues de un mes, fuimos un día, y encontramos triste aquella casa: la madre de Claudio, anciana y enferma, se encontraba grave. La enfermedad fué en aumento y en pocos dias más murió la buena anciana. Wanda solamente, derramando el bálsamo de su amor, podía aliviar en aquel dolor á Claudio. Fué aquel un golpe rudo que recibió nuestro amigo, el primer golpe que le asestaba la desgracia. Durante largo tiempo estuvo inconsolable: su dolor no le daba tregua. Y Wanda, triste y enlutada, agregaba al pesar de la pérdida su-

frida, el que le causaba ver á su esposo tan abatido y tan triste. Pero era mujer. y las mujeres parecen tener un alma que se agranda á medida que sufre; en medio de sus pesares aún se esforzaba por consolar á su Claudio.

Nada es eterno sobre la tierra; el dolor pasó se cambia como el placer. Claudio fué volviendo poco á poco á su vida ordinaria. Hasta parecía que tenía despues más libertad de obrar no viendo en su presencia aquella santa mujer que le hiciera siempre pensar en Dios. Iba á misa, pero ya no se notaba en él aquella devoción de ántes; lo hacía más bien por costumbre que por devoción. Wanda pasaba sus días entregada á sus quehaceres; había tomado una sirvienta para compañía. La ví una tarde en su casa, sola. Claudio había salido.

De luto, con aquellos rubios cabellos besándole las sienes amorosos, con aquel semblante angélico y simpático, extasiada sin duda en la contemplación mental del porvenir venturoso que le ofrecía su maternidad ya próxima, era Wanda más que una mujer una visión poética de la mente. Tal me pareció aquella tarde, al mirarla en su costurero afanada cortando gorritos que segun ella quería tener listos para cuando viniera al mundo el pequeño infante.

Por la noche, aburrída de dar vueltas por las calles, fuí á pasar á la casa de Mme. Rosa. Me conoció ésta y empezó á hablarme de aquella noche de feliz memoria que le había costado

buenos pesos. Hacía largo tiempo que no me veía; pero me conoció al entrar.

—No hablemos más de aquello, Madama; ya se pasó, y el pasado es nada. ¿Donde está Nineta?

—Oh! Nineta es mujer honrada, ahora; tiene marido.

— Desde cuándo, Madama?

—Hace más de dos meses, ya. Salió de aquí con un joven que solía venir siempre solo y muy ocultamente.

—Y donde vive, Vd. sabe, Madama?

Me dió las señas, y al otro día, curioso por saber, fuíme á visitar Nineta. La encontré sola, me reconoció ella tambien, y entramos en franca conversación.

Ella estaba como siempre, bellissima; y ahora que parecía llevar otra vida que ántes, su hermosura rayaba en la ideal. Pero pronto me convencí de que era la mujer de siempre, viciosa y perdida.

—Haces vida retirada ahora?

—No del todo, me contestó en su lenguaje un tanto incomprensible y en realidad poco agradable, no obstante su voz angélica;—Tengo uno que paga, y muchos que quiero; mis viejos conocidos tienen siempre entrada en mi casa.

—Oh! éres infiel, entonces?

—Infiel? Y á quien debo fidelidad yo, que en nadie la hé encontrado? Acaso vosotros los hombres sois fieles? Pues déjadnos á nosotros tambien hacer de las nuestras. Yo le hé dicho,

sí, al mío:—hijito, tengo mis gustos y mis caprichos y quiero que me los respetes, entiendes?
—Y bien que marcha derecho y en silencio.

—Pero entonces, es un pobre hombre el tal..... permite que otros te gocen?

—El solo lo permite á medias, me hace vigilar con otro, que viene tambien y es de la casa á condición de pasarle á él todos los cuentos y chismes que crea convenientes.

—Un guardian de tu *honor* ?

—Sí, un guardian; pero un guardian mas falso que yo, todavía. Hombre que se presta á tan feo papel no es hombre, verdad ?

—Indudablemente, es un ser despreciable. Pero el que te sacó de allá, el que te ha puesto casa, quién es ?

—Quién es?—Un hombre, como tú.

—Pero se llama como yo ?

—No, seguramente. Ni él ni el que me vigila ó aparenta vigilarme y le cuenta todo, ninguno de los dos tiene tu nombre. Este último, este cochino que hasta yo lo despreciopor ruin, se llama Leonardo.

—Y el otro, el verdadero dueño de tus encantos ?

—Ese se llama Claudio.

—Claudio?..... y el apellido ?

—Ahí tienes su tarjeta.

Yo lei asombrado *Claudio Bossy*, y ví pasar ántes mis ojos á Wanda, llorosa, triste y enlutada. Oh! sí aquella esposa fiel y enamorada se hubiera visto robar por una ramera impúdica

el solo tesoro de su vida, el cariño de su esposo, cuán inmenso no hubiera sido su dolor! ..

Dudaba yo todavía de que hubiera leído bien aquel nombre, y volví á fijar los ojos: *Claudio Bossy*.

—Pero dime, Nineta, este Claudio se llama así ó es un nombre supuesto?

—No lo sé, ni me importa saberlo. ¿Qué tengo yo que hacer con el nombre? O piensas, acaso, que aun conservo algo de mi alma para poder gozar nombrando á un ser que amo? Y aunque así fuera, acaso yo amo á Claudio? Yo no amo á nadie; necesito hombres, si, y este es de los que más me convienen.

—Bien, Nineta; tu sabes mis aficiones literarias y el deseo que siempre me atormenta de estudiar los dramas sociales. Ya varias veces te he preguntado muchas cosas. Ahora siento más curiosidad que nunca. ¿Quieres contarme cómo pasas tu vida, qué haces con este hombre, con este Claudio que es mí amigo? Te escucho.

—Oh! nuestra vida es siempre la misma, y bien la conoceis vosotros, si. No ocultamos nada, todo lo veis vosotros, todo ménos algunas lágrimas que á veces, raras veces, derramamos á escondidas..... ¿Qué hago con este hombre, con tu amigo Claudio? Trato de hacer de modo que se mantenga como ahora, dócil á mis caprichos; le finjo un amor que yo no puedo sentir porque bien sabes tu que nosotros hemos perdido el corazón ó por lo ménos tratamos de perderlo. El viene aquí, y cuando él viene los

otros se van. Este Leonardo, este cochino, lo domino con un grito, con una amenaza sola. Cuando se me antoja que venga otro cualquiera, lo tomo de un brazo, y le digo:—Mira, sin vergüenza, debes irte y volver de aquí á dos horas, ¿entiendes? Y ten mucho cuidado en no abrir los labios para decirle nada á Claudio porque es el momento en que te pongo de patitas en la calle. ¿Entiendes? Y así lo hace. Oh! vosotros los hombres, que habláis tanto de dignidad y de altura moral y de virtudes! Oh! sois unos imbéciles. Nosotras, las perdidas, las que nada somos, hacemos de vosotros, de cualquiera de vosotros, lo que nos plazca, con solo una promesa; os conozco demasiado, yo. Despues escribís vuestros libros, vuestra novelas, y nos haceis á nosotras las culpables y vosotros víctimas, y cuando no queremos ser vuestros verdugos vosotros no nos dejáis, nos cansáis, nos perseguís, hasta conseguirnos.....

—Basta, Nineta; mi deseo es saber tu vida, tus ocupaciones. Díme, cuando Claudio viene, este portavoz, este corchete de Leonardo, qué hace?

—Se manda mudar, prontito.

—Y á que viene entonces?

—Sabes? Viene á comer las migajas, las sobras de todos, y á aparentar que él es quien me mantiene. Es la pantalla de Claudio. Por eso le hace venir para que las gentes crean que es él quien vive conmigo. Los dos creen satisfacerse mutuamente y los dos se

engañan, uno al otro. Yo, de los dos me río.

—Y tu conoces bien á Claudio?

—Vuelvo á repetirte que no me interesa conocerlo. Es un hombre que me llena mis deseos, y para mí basta.

—Pero sabes tu que es casado?

—Casado? Lo ignoraba; pero mira, esta es una razon para que no me venga el menor remordimiento por lo que hago. Es casado y se anda con nosotras? Llevará en la falta su castigo. Y su mujer, tu la conoces? Es jóven, muy jóven,..... y.... es honrada, eh?

—Oh! Nineta, no profanes á una santa.

—Perdona; pero como él busca otra, no veo inconveniente en que ella busque á otro. Reciprocidad, mada más.

—Bueno, no me hables de ella, no.

—Tienes razon;—me callo. En nuestros lábios un juramento es una infamia y todo se corrompe y mancha con nuestro contacto; cierto, muy cierto, hasta el aliento que exhalamos es venenoso. Cuando por acaso elevamos al cielo una oración, hasta esa oración es un sarcasmo. Bueno, bueno, sólo servimos para el vicio; ¿porqué nos buskais entonces, vosotros, los hombres de honor, de religion, de nombre?

—Nineta, no discutamos nada; yo no te pido sinó que no hables de la mujer de Claudio, nada más. Dime, ahora, Claudio viene siempre?

—El día que falta es por casualidad; aunque sea un momento, él viene. Tú eres su amigo, no? Tu temes acaso que yo sea quien la atrae y

le envilece. Pues ven, si quieres, mañana por ejemplo, y verás tu si te engaño. Claudio es mi siervo, porque él lo quiere. Leonardo, ni para eso lo quiero, es muy ruin, merece sólo mi desprecio.

—Nineta, si yo te pidiera un servicio, accederías ?

—Quiéres pedirme lo de siempre? Ya sabes, nosotras no negamos, no podemos negar nada.....

—No sigas, no sigas; quiero pedirte algo que nunca te he pedido, que tal vez no debiera pedirte. No es lo que tu supones. Si me ofreces complacerme te diré lo que es, á su tiempo.

—No me pidas nada, á mí; díme qué es lo que quieres y si está en mí lo haré ó no lo haré. Pero no me lo pidas por favor, ni por cariño, ni por nada ni nadie, entiendes ?

—Bien ; pero accederás, eh ?

—Tal vez, puede ser.

—Mañana vendré, pues ; deseo encontrarme aquí con Claudio.

—Ven cuando quieras.

—Hasta mañana, entonces.

—A dios, Benjamin.

En medio del cieno, en que vivía, Nineta era una de esas desgraciadas á quienes sólo les queda la franqueza de mostrarse tales como son ó como tienen que ser, sin ocultar para nada la podredumbre en que viven. Pero era una mujer terrible; parecía tener reconcentrado en el alma, ella sola, un ódio igual al que la sociedad en general siente por las mujeres de su clase, y aunque sin

premeditarlo, sin quererlo tal vez, accediendo simplemente, ella se vengaba, hacía sus víctimas.

Una vez la pregunté como siempre, episodios de su vida, y á medida que me complacía iba siendo yo más exigente, hasta que llegué á preguntarle cómo había hecho el primer paso en la senda del vicio donde la encontraba ahora. Se limitó á contestarme;—Creí posible que alguna vez se dijera la verdad en el mundo, y me engañé; nadie tiene, pues, derecho á quejarse si yo también le engaño; se me ha hecho ver claro, muy claro desde temprano que la vida es una mentira continuada y más ó menos agradable, según el grado de credulidad de cada uno.

Era una mujer caprichosa: de un momento para otro se le ocurrían extravagancias que las más de las veces dejaban limpio de polvo, de paja y de moneda al bolsillo de sus amantes. Claudio pasaría por ellas, de seguro.

Y no era sólo temible por su alma, prostituida ya como su cuerpo, sino que lo era aun más por su hermosura irresistible. La mirada candente de sus ojos renegridos incendiaba el alma; su voz era dulce, dulcísima; el aire provocativo de toda su persona no dejaba reflexionar si era la flor que esconde bajo sus pétalos el áspid venenoso. Era verla, mirarla con sus trenzas renegridas, con sus ojos siempre refulgentes, llenos de pasión en sus miradas, llenos de deseos; con sus contornos majestuosos de odalisca favorita, y el ánsia de poseerla nacía instantáneamente, y

los sentidos exigían imperiosamente la satisfacción de esa ánsia suprema.

Claudio había sufrido su influencia, y era ya su víctima. Al manifestar á Nineta mi deseo de encontrarme en su casa con mi amigo, una intención sana me llevaba: era verlo á Claudio allí, para que no pudiera negármelo, y tratar de desviarlo de esa senda maldita en que solemos caer tan frecuentemente.

Pensando en esto, al salir de casa de Nineta me dirigí en busca de Cárlos y juntos fuimos á una reunión política que aquella noche se celebraba. Por el camino hice saber á Cárlos lo que ocurría á nuestro amigo, y él lo sintió como yo.

Olvidamos momentáneamente á Claudio para entregarnos durante algunas horas á contemplar la reunión política y á pensar en los resultados de ella. No se hablaba allí de principios, de Pátria ni de cosas parecidas, aunque el Club reunido era *de oposición*. El que dirigía la reunión, como todos los de su clase, era hombre que tenía fama de ser sumamente *práctico*, segun se acostumbra llamar ahora á los que no se paran en medios con tal de llegar al fin. No trataba de reunir partidarios de corazon ni hombres convencidos; simplemente hacía esfuerzos sobrehumanos para convertir al ciudadano en mercenario, ofreciendo tanto por voto. Y era cosa de verse con cuánta desvergüenza, con cuanto cinismo aquellos hombres allí reunidos vendían sus derechos y su dignidad. Yo ví allí

hombres de todas clases: ricos, pobres, instruidos, ignorantes, abogados, militares, comerciantes, de todo,—y al verlos pensé que si los gobiernos son malos es muchas veces porque los pueblos son peores.

—El que se comprometa á darnos su voto tendrá un cheque por tal valor:—era la proclama que se dirigía á aquellos patriotas, y todos aceptaban entusiasmados y vivaban al candidato.....! Así ejercitaban ellos sus derechos y así trataban de consolidar y hacer grande la pátria que con tantos sacrificios nos legaron nuestros antepasados.

Aquella era la *oposición*;—en cuánto al partido situacionista ni necesidad tenía siquiera de comprar votos; las urnas eran suyas, y, segun se véia él no era *manco* para hacer surjir de ellas mayorías inmensas en favor del heredero del gobierno.

Y esta era la democracia de nuestra Constitución, la República libre, el sufragio popular!..... Por un lado imposición brutal y descarada; por otro lado oposición cínica ó degradante; y el verdadero ciudadano, el que creía vivir en una República, ser dueño de sus libertades, sólo tenía un derecho, el último que vá quedando;—el derecho de pataleo, ó sea, ladrar á la luna.

Y que no haya un medio ni un brazo suficientemente fuerte, ni se halle en esta tierra bendita donde el patriotismo era como el sol, que á todos bañaba, que no se halle en esta tierra

un corazon bien puesto capaz de impulsar á ese brazo y de cortar de un golpe ese nudo gordiano que nos tiene atados á tanta inmundicia!.....

Surje, Alejandro !

VIII

Levantarse ántes que el sol, aunque debiera ser lo más comun, es sin embargo lo más raro entre los estudiantes;—por regla general nadie se levanta ántes de las nueve, salvo el caso en que tenga necesidad de asistir á clase más temprano, lo que tambien es raro, pues los horarios se confeccionan teniendo principalmente en cuenta la comodidad y la satisfacción de los señores profesores.—Por eso me causó estrañeza encontrarme de pié, en la calle y despierto, ántes que apuntase el Caballero Fhebo. Había madrugado mucho, segun mi parecer, y me arrepentía;—soy de los que no usan etiquetas con el señor de los rayos luminosos, y siempre le dejo entrar en mi habitación por los cristales de la ventana, y lo recibo conservando mi posición paralela al nivel de los mares, que es de las posiciones que mas agradan. Pero tuve compensación suficiente á la *grasse matinée* que perdía porque ví cómo despierta Buenos Aires, ó más bien dicho, cómo pone término á su corto des-

canzo esta sorprendida *Linda de Chamounix*, como la llamó el vate. Porque Buenos Aires, ya no duerme: la fiebre de los negocios, la fiebre de la política y el apuro de vivir no le dejan conciliar el sueño.

Desde horas antes había oído ya el toque de los *trainways* que sólo se interrumpe desde las doce de la noche á las cuatro de la mañana más ó menos. Despues empiezan á oírse todos esos tonos estraños y en cierto modo originales que para el que observa sirven de característica á cada mayoral.

Todo lo vamos perdiendo ó trasformando: ya no tenemos gauchos, ni payadas; en vez del rancho de junco y barro donde el paisano le cantaba décimas tiernas á la *china* que había robado en el pago cercano, ahora vemos por los campos mansiones lujosas donde se cura el caballo, no dándole vuelta la pisada ó haciéndole cruces en el lomo como antes, sinó aplicando las reglas y preceptos de la Veterinaria; y en vez de las décimas dulces y conmovedoras y de la guitarra gemebunda, el ombú mueve sus hojas como disgustado al escuchar el piano de la estancia que ruje y cruje tocando á Wagner.

Algo nos queda con carácter propio todavía: los *compadritos* de barrio y los mayoresales de *tramways*, que gozan de ciertos privilegios, entre otros, el de ser dueños y señores de cuanto corazon late en pecho de mucama, que no es poca fortuna, siendo así que hoy cada mucama... que canta el credo, de linda.—Nos

equivocamos, no son los mayores^m y los compraditos solos; entran tambien, y por muy buena parte, los vigilantes. Entre estos tres gremios se reparten ese buen bocado de morochas, rubias, morenas y pardas que por las mañanas llenan los mercados y vacían el bolsillo de sus patrones. La explicacion de esta fortuna de los susodichos compadritos, mayores y vigilantes, es un poco dificil, pero creemos encontrarla en esto. El compadrito encuentra preferencia sobre cualquier *cajetilla* ó *manate*, porque con su andar quebrachon, su melena, su golilla rosada y sus zapatitos de taco alto y recorte de género azul ó colorado, encanta á esas pobres muchachas cuando echándose á la nuca su sombrero *cantor* le lanza uno de esos piropos que no tienen nada de afectados y mucho de tocantes. Aquella mañana hemos oído algunos. Pasaba una chinita *de mi flor*, gordita y linda, con su canasto al brazo lleno de choclos, y un compadrito de la esquina que ya hacía varios dias la esperaba en el mismo sitio, así que la tuvo cerca, quebrándose todo, la dijo:

— Adios, negrita;—choclo me volvería si me comieses.—y la siguió acompañando.

Otro que esperaba á una rubia lindísima, la recibió con esto:

Yo no entiendo de almanaques,
ni sé cómo anda el reló;
pero al mirarte, mi rubia,
creo que ha salido el Sol.

Y á mas de esto, cuando tienen la fortuna de hacerse oír en la guitarra, cantando décimas y canciones, entonces sí que la victoria es de ellos. Sus canciones son todas casi iguales: diálogos entre ellos mismos, figurando á veces la *mina*, que es como suelen llamar á la muchacha.

Estos compadritos no son malos: pero buscándolos los encuentran, como dicen ellos. Muchos no saben leer ni escribir ni se ocupan de aprenderlo; pero son una especie de rápsodas que tienen en la cabeza un sin fin de canciones, décimas y payadas que, en realidad todo lo que tienen de mal hechas tienen de perjudiciales. Pero como en todo, en esto hay tambien su negocio, y no faltan editores que cada dia lanzan á la circulacion un nuevo ejemplar de estas «payadas de Pancho el Bravo» que se agotan pronto, vendiéndose la edicion por los Corrales, Paseo de Julio y algun otro barrio apartado, donde abundan los conventillos. Creemos que muchos de los crímenes, suicidios y peleas de estas casas no habrían tenido lugar si no hubiera llegado á ellas alguna de esas hojas impresas que pregonan los pilluelos por las calles, gritando con tonada aparente: « A dos centavos, « amores de una modista con un lechero!! dos « centavos! Cinco centavos las décimas de Pan- « cho el tuerto, que degolló á tres gringos y « mató á su mujer!! cinco centavos! A dos cen- « tavos los amores del Presidente Santos con « una bailarina!! A dos centavos! etc. »

En cuanto á los vigilantes, éstos tienen doble

ventaja: se paran en una esquina durante ocho horas. Si es de día se conforman con mirar á la sirvientita mas linda, y cuando es de noche, siempre que el servicio se lo permita, se arriman al zaguan, la *conversan* y entonces ya es seguro que la consiguen: llegar á conversar es el quid del asunto. Parece increíble:—hemos visto muchas veces, no una sola, que un vigilante con cara de pampa se tenía á las sirvientas de su parada, *del freno*, como dicen ellos, no permitiéndole siquiera conversar con otro que no fuera él. Y debe tenerse en cuenta que este cariño de las sirvientas es tal vez el más desinteresado: no piden nada y lo dan todo.

Los mayores son los menos favorecidos por las circunstancias, pues solo les es dado pasar por la casa de su *mina* y verla. Pero también tienen sus ventajas; podría decirse que las conquististas no las hacen ellos sino sus cornetas. Cuando vienen cerca, empiezan á tocar su milonga ó bien hacen con la corneta prodigios musicales para hacerse entender, y se entienden;—hay cornetas que á veces parece que hablan.

A más, de cuando en cuando tienen la suerte de ir sin pasajeros durante algunas cuadras, llevando solo á su *mina* con el canasto de las provisiones, y entonces la aprovechan y la *conversan*: una vez *conversada*, todo está hecho. Estos tres gremios tienen un don especial para esta clase de conquistas; pretender desbancarlos es pretender un imposible; vale mas aliárseles.

Aquella mañana me contentaba de no dormir con ver salir de los mercados todas aquellas lindas muchachas, frescas y alegres, con los placeres de la noche revelándose en sus miradas.

Otra cosa tambien me llamó la atencion: á cada vuelta de esquina, á cada zaguan donde había un cajon con basuras, veía un tipo especial, mas bien dicho, hasta acercarme solo veía un monton de trapos rotos, súcios y descoloridos que parecían llenar el cajon; despues, á medida que me aproximaba iba distinguiendo un monton de pelo enredado, algo que parecía un cuerpo humano agachado; en las espaldas varios sacos, nno encima de otro, todos hechos pedazos, las mangas hasta el codo solamente; despues unos pantalones sin forma, sin color, sin piernas casi, cubriendo los muslos, las rodillas, pero dejando ver lo demás; mas próximo aún ví que aquello se movía, que parecía sumido en el cajon de basuras, que levantaba una mano, la metía entre aquella espesa y súcia cabellera y se rascaba furiosamente; de más cerca percibía el ruido como de dientes que trituran huesos, como el ruido que hacen los perros triturando una canilla; despues nn olor hediondo, insoportable... Me acerqué más, miré aquello por el otro frente y ví un pecho súcio y descarnado, uua barba poblada, enredada y súcia, una nariz súcia y machucada, unas mejillas arrugadas y surcadas por lagrimones de mugre que se perdían en la barba, una boca sumida y embadurnada á los lados de

porquería, algo como dos ojos, sumidos, cerrados casi del todo, que se abrieron de repente y me lanzaron una mirada idiota, estúpida, una mirada que saliendo de aquel monton de suciedad, me pareció una mirada súcia, una fosforescencia de color de porquería saliendo de entre un monton de podredumbre. Aquello era un atorrante que se desayunaba.

De todos los aspectos que la indigencia y la miseria presentan en Buenos Aires este es acaso el mas repugnante y asqueroso. El bajo de la Recoleta donde se depositan los materiales de las aguas corrientes es la guarida de la mayoría de estos inmundos infelices: pululan tambien por el Paseo de Julio y andan por todas partes. De mañana recorren sus calles escarbando los cajones de basura para comerse cuanto despojo encuentran de las cocinas y de otras partes; despues, se retiran á sus sitios, se meten en los caños ó se echan bajo los bancos de los paseos ó en los huecos de las paredes, donde quiera. No hablan, no se quejan, no piden; parecen conformes con vivir de aquella manera, alimentando en su cuerpo toda clase de insectos asquerosos y respirando el aire de los sitios más fétidos. Entre ellos mismos jamás hay compañeros ni amigos; pueden encontrarse, estar juntos; ni siquiera se miran á la cara. Estos Diógenes del siglo XIX ni siquiera piden Sol. Cuando los frios son muy fuertes, se leé siempre en los diarios: «Esta mañana el Comisario de la seccion hizo conducir al depósito fúnebre

el cadáver de un atorrante, muerto de frío,” y nada mas. No se sabe el nombre, ni la familia, ni de donde viene, nada. Aparecen un día entre la inmundicia y mueren en una noche entre el estiércol.

Los Asilos no les recojen, como á tantos mendigos; pero los paseos públicos suelen presentar al lado de una de estas miserias un bonito juego de aguas ó un caprichoso bloque representando alguna estravagancia edilicia... Contrastes de la civilización, que suelen tambien llamarse vergüenzas públicas.

¿Porqué no se recojen los mendigos, enfermos y atorrantes que andan por las calles vagando? Porque los Asilos no son suficientes ni adecuados. ¿Y porqué se gastan cien mil pesos al año en subvencionar á empresas teatrales? Porque así les place y conviene á muchos.

Reflexiones como estas me hacía yo mientras seguía mi paseo. Aunque fuera muy temprano, pues todos dormían aún, no obstante había mucho que ver, ya lo he dicho. Despues de los mercados, las sirvientas y los atorrantes, aún quedaban, por ver los muchachos vendedores de diarios que empezaban á salir de las imprentas con su rollo debajo del brazo. Allí habían pasado la noche; y nó decimos que allí habían dormido porque estos cachafaces no duermen; cuando mucho se echan un par de horas debajo de la escalera, dos ó tres encimados, hasta que la máquina cesa de imprimir. Ellos lo oyen, están alerta. Salir el primero de la imprenta,

meterse en el primer zaguan á doblar los diarios y correr despues á encontrar los pasajeros que van al tren ó que vienen de abordo, despachar los primeros ejemplares, hacer el negocio, esta es su preocupacion día y noche. Despues de pasada la hora de venta, compran ó roban un pan á cualquier tortero de la Plaza Victoria, se lo comen en dos tirones, y empiezan de nuevo á hacer producir su pequeño capital. Compran y piden las combinaciones del tranway y las revenden, apartan el dinero para el diario de la tarde, corren, se pelean y son siempre amigos, pasan un rato apedreándole los perros á Grajera ó tirándole á Francklin Bom de la levita, y despues, cuando ya son cerca de las diez se retiran. ¿A donde? A algun sitio apartado, quién sabe donde, y allí, entre otras cosas que hacen, juegan al naipe.

Estos tampoco tienen casa, ni madre, ni hermanos, ni hogar. Viven en la calle y en las imprentas, comen donde quiera ó no comen, se visten con cualquier trapo viejo,—á veces andan perdidos entre unos pantalones ó se eclipsan entre un saco. Botines, no conocen. El sombrero que usan no tiene nombre: es sombrero, galera, gorra, boyna, bonete, todo junto. Pero todos ellos tienen *su bolsa*. Tampoco saben leer ni conocen la escuela; pero al tomar el diario ya saben ellos perfectamente las noticias que trae ó puede traer. Por eso salen gritando á voz en cuello: «Horrible catástrofe en Nueva York!! Reparicion de la Comuna! Mensaje

de Carnot! Ultimas noticias de Africa!! etc. Quien conozca al *gamin* parisiense conoce al pilluelo de Buenos Aires.

De estos no salen los atorrantes, pero frecuentemente se vuelven pillos y ladrones. Desde que principian su oficio ya se acostumbran á burlar á la autoridad. No la temen. Parece inconcebible, pero nosotros hemos visto en las comisarías pilluelos de estos que apenas contarían seis ó siete años discutiendo con el Comisario y cumpliendo su condena de varios dias sin el menor susto.

Algunos salen hombres de bien y de trabajo: son las escepciones, pero podrían ser la regla, si en vez de permitirles vagar de un lado á otro despues de su trabajo, adquiriendo malos hábitos, se les abriera la puerta de una escuela y se les obligara á entrar.

Por lo ménos, metiéndoles en una escuela ó en un taller, se sacarían de la ociosidad en que viven todos esas pandillas de pilluelos, ese conjunto de niños viejos y buenos cachafaces que, debido al abandono en que viven y á la miseria que pasan, lo mismo sirven para el bien que para el mal. Es cuestion de oportunidades; si se les enseñara el camino del trabajo y del estudio lo tomarían gustosos; pero como mas fácil es para ellos encontrar el camino del robo y del pillaje, andan más por este último.

Hasta el lenguaje que muchas veces usan es como ese mismo argot ó caló de que nos habla el gran escritor del siglo al estudiar las lla-

gas sociales de París, diciéndonos que es la lengua de los miserables, de los tenebrosos, que continuamente cambia y se disfraza obedeciendo al instinto de los mismos que la hablan, siempre perseguidos y tratando de no hacerse conocer. El pilluelo vendedor de diarios tiene sus palabras especiales para entenderse en sus negocios con sus colegas. Cuando estan reunidos cotizando los diarios, en esa especie de Bolsa de la Prensa que hace subir ó bajar el valor de cada hoja impresa segun la hora que sea, difícil es para un extraño comprender sus términos. I cuando pueden ser sorprendidos, cuando se encuentran en esos rincones ocultos donde juegan á los naipes y á los «hombres y mujeres», como dicen ellos, haciendo de mujeres los más chicos y de hombres los más grandes,— entonces usan los mismos términos de esa jeringonza chavacana y repugnante de los ladrones. Oír decir «el chafo» basta para que se dispersen; es el vigilante. Cuando alguno de ellos desaparece por varios días no lo estrañan: «lo han portado en cana porque le dió *la macita* á uno y le rompió la *chocolata* á Tartabús,» es decir, está en la comisaría porque se peleó con uno y le rompió la cabeza á otro. — Y así en lo demás; tienen su lengua. Así como se ha dicho que, á semejanza de la selva que tiene un pájaro,—el gorrion, París tiene un hijo, el *gamin*,—así tambien podría decirse: entre nosotros el vicio y la miseria tienen un hijo,—el atorrante,—y el abandono y la ignorancia tienen otro hijo,—el pilluelo.

Talleres, asilos y escuelas son los remedios á esos males; pero mientras nos preocupemos sólo de eso que nosotros llamamos *política*, haciendo abstraccion de lo demás, estas llagas iran creciendo, creciendo hasta que al fin el cuerpo social se sentirá molestado por ellos. Ahora principian recién, no se sienten casi; pero progresan, avanzan, y es preciso detenerlas.

Al verles aquella mañana vendiendo sus diarios, corriendo apresurados á encontrar los transeuntes, gritando, cualquiera los hubiera creido los hijos del trabajo. A medida que el tiempo pasaba, más gritaban ellos.

Serian próximamente las ocho cuando me encontré de nuevo en la Catedral. Allí estaban reunidos los pilluelos, ya habian recorrido sus sitios de venta, sus marchantes de domicilio, y venian allí, á liquidar.

Me detuve un momento á verles, y ví pararse en la puerta del templo un carruaje y descender una pareja; eran Wanda y Claudio, que venian á oír misa. No me vieron y entraron; yo entré tambien.

Oculto detrás de un pilar observé aquellos esposos: Wanda, bellísima en su espléndida sencillez, realzada su hermosura por su actitud verdaderamente religiosa, era un ángel de Dios. Claudio me pareció un devoto que fluctuaba, un pecador avergonzado y no un pecador arrepentido, un católico como la mayoría, de forma pero no de fondo. Su aire no era el aire de contriccion con que ántes iba á la presencia de lo que

él creía Dios; parecía meditar algo del mundo, no con el pensamiento en el cielo sinó en la tierra. Wanda, fijando en el altar sus poéticos ojos celestiales, moviendo sus labios para pronunciar su oracion fervorosa, hacía adivinar de léjos que rogaba á Dios con el alma por la ventura de su esposo y por la felicidad eterna del hijo que sentia vivir en sus entrañas.

Los miré largo rato; despues salí.— Por la tarde se me ocurrió volver á casa de Niúeta y llegué á las cinco.

IX

A mas de los esplendores carnales de aquella mujer,—su pieza,—la pieza en que ella brindaba placer á los que llegaban,—tenía todo el sensualismo provocativo de su persona misma. Era algo como los templos de nuestros dias, donde el alma no encuentra nada y los sentidos se ven embargados por pinturas, adornos y perfumes que los extasian. Eran empapelados de color rosa pálido, semejante al vago rosado de las mejillas de Nineta; eran muebles tapizados del mismo color, muebles riquísimos, blandos, suaves; sillones cómodos que parecían lechos de lascivia; sofás que se hundían y se levantaban con movimientos lentos, ondulantes, como si fueran olas del mar meciendo amorosas un cuerpo de sirena, sólo que allí, respirando aquel ambiente, la ilusion no llevaba hasta hacer creer que eran olas marinas, pero se creía, sí, ver la voluptuosidad en forma de ondas, hamacando suavemente aquel bello cuerpo de la caprichosa napolitana. El lecho, el lecho bajo, cómodo,

ancho y lustroso, negro como los ojos de su dueña, parecía un nido donde ella desplegabá todas sus gracias y al mismo tiempo un abismo donde se escondían todos los males. Y era, en efecto, las dos cosas á la vez, nido y abismo. Era un nido de voluptuosidad, un rincón adorable donde el éxtasis del alma, se unía al éxtasis del cuerpo porque en realidad Nineta podía tocar las dos partes, materia y espíritu; y era un abismo sin fondo engañoso, cubierto con las hermosuras de Nineta, donde al mismo tiempo que ella juntaba sus lábios para besar á uno de los suyos, haciendo brotar con sus besos húmedos todas las flores del placer, se hundía para siempre tal vez el bienestar, el honor y la paz de un hombre ó de una familia, trocándose aquellas flores en espinas. ¡Cuántos llevaría tragados ya aquel abismo á cuyos bordes se encontraba Claudio!

Nineta parecía haber traído consigo conservándole vivo, fresco y palpitante el recuerdo de su pátria, y sobre todo de ese cielo azul sereno, plácido y halagador, en cuyos bellos horizontes se extasiaba Graciella errabunda á orillas del lago, mientras pensaba en su amante ya perdido. Y había sido el primero de sus caprichos figurarse esos horizontes en el cortinado de su lecho, combinando artísticamente los colores de la seda que lo formaban. Eva, dichosa y satisfecha, sólo apartaría los ojos de Adán para fijarlos en el inmenso cielo que servía de cortinado al lecho de flores del Paraíso; Nineta había reducido aquel esplendor de la naturaleza en su

pequeña alcoba de dormir: solo había este cambio: Eva amaba, era la criatura del amor, de la pasión, de lo sublime; Nineta no amaba á nadie, ella misma lo decía. Por eso en el cielo de su lecho no se veía el sol, el sol de la felicidad. No era Eva enamorada sintiendo latir con fuerza su corazón ante la figura de Adán embelezado: era la serpiente fascinadora, con formas de mujer, que entre sus esplendores escondía la manzana del mal.

En aquella pieza me recibió: estaba ella, como siempre, peligrosa.

— Pronto has vuelto, Benjamín; ¿vienes acaso á decirme lo qué me ibas á pedir ayer?

— No; vengo para ver si me encuentro aquí con Claudio. ¿Vendrá hoy?

— Ha estado aquí desde las doce; salió no hace una hora, y estoy segura que no tardará en volver.

En efecto, al poco rato, Claudio entró, como en su casa, al cuarto donde yo estaba. En aquel momento me hallaba recostado en un sofá, Nineta estaba á mi lado.

Al verme, Claudio se quedó mirándome, sin decir nada. Después, lleno de turbación, me saludó y me alargó la mano.

— Estraña coincidencia, le dije, la de encontrarnos aquí. Ando en su busca desde esta mañana, para hablarle de un asunto privado..... Nineta, podrias dejarnos un momento solos?

— Inmediatamente, dijo Nineta, y se alejó.

Solo con Claudio, ántes que yo hablara, él me dijo:

—Bien, amigo, ya comprendo; es Vd. de los que creen que la amistad autoriza y obliga á todo; tambien yo quisiera aceptarlo, quisiera creerlo, pero no puedo. Viene Vd. á hablarme de mí, no es verdad? Viene Vd. á decirme que me enlodo, que me pierdo y me arruino..... no me diga nada. Todo me lo he dicho yo mismo, todo me lo hé hechado á la cara, pero no puedo, no puedo salir de aquí. Cuando me propongo hacerlo, cuando me paso tres ó cuatro días sin venir, me siento como en el vacío, ando inquieto, mal humorado, impertinente. Comprendo que esto es vergonzoso; pero esto no hace más que aumentar mis penas. Créame, yo sufro inmensamente, pero no soy dueño de mí, me siento arrebatado, impelido, arrastrado hacia acá. La vergüenza de esto quisiera encerrarla en mi mismo, yo solo quisiera saberla, pero parece que no lo conseguiré. Ah! sólo una cosa voy á pedir, en nombre de nuestra amistad; dejadme, dejadme solo, yo lucharé tal vez..... pero no volvais aquí y que ella no lo sepa nunca.... oh! mi sufrir sería espantoso sí Wanda supiera mi vergüenza!.....

—Claudio, medita sólo un momento. Una casualidad ha hecho que os encontrara aquí; permitidme que os lo diga, yo os quiero sacar de este sitio. Mirad bien la mujer que aquí tenéis, y aun profanando lo más santo que para vos tiene el mundo, comparadla con Wanda, con vuestra esposa.

¿Qué encontráis aquí? Un corazon muerto,

una alma que no os ama ni os amará nunca, una mujer infame que os recibirá mientras podais satisfacer sus exigencias; una mujer que, aún llenando sus deseos, no os recibirá mañana, ¿porqué? Porqué no se le antojará, simplemente, ó porqué tendreis que dejar vuestro lugar para que otro lo ocupe en seguida. Y allí, en vuestro hogar, en aquel hogar que vá perdiendo sus dichas y alegrías porque vos faltais, hallareis una mujer sublime, no una mujer, un ángel, porque ángel es la mujer que ama como os ama Wanda; un ángel que todo lo hace por vos, que vive sólo para vos y que halla su dicha en la vuestra únicamente. Oh! Claudio, volved allá. Pensad que pronto un nuevo astro de ventura vá á lanzar sus esplendores de luz en aquel cielo; pensad que pronto sereis padre, que vuestro hijo os llamará siempre á su lado, y que estas horas aquí perdidas os las reclama vuestra esposa para su dicha y la vuestra. Volved, Claudio; estos eclipses de la razon, pasan: mañana comprendereis vos mismo cuánto mal os hacíais.

—Oh! Benjamin, no prosigais, por Dios. No me hableis así de mí casa y de mí Wanda. Me haceis sufrir demasiado, renovais el espantoso padecimiento que yo mismo me hé causado haciéndome iguales razonamientos. ¿Sabeis cuántas veces hé intentado no volver? Sabeis todo lo horrible que es verse uno mismo vencido por sus debilidades? Dejad, dejad más bien que esto me canse, que llegue á fastidiarme..... Oh! si tal sucediera!

—Claudio, miradlo bien, faltais á vuestros deberes de hombre de familia, y faltais á Dios, á ese Dios en quien teneis tanta fé. Reflexionad Claudio.

—Dios..... hé agotado mí fervor religioso llamándole en mí auxilio, le hé suplicado que me tendiera su mano.....

Ah! Benjamin, hasta esa fé de otros tiempos que me hacía tan dichoso, hasta esa fé voy perdiendo. Entro al mundo, y el mundo me exige que deje todo.....

—No, Claudio, no es así. ¿Quereis venir un momento conmigo? Hablaremos en otro lugar.

Claudio se puso el sombrero, lo que me indicó que aceptaba, y salimos.

—Nineta, volvemos pronto, espéranos.

En la primer plaza que encontramos, subimos un carruaje.

— A Palermo.

Hase entrando el sol. Tauto le hablé á Claudio de su hogar, de su mujer y aún de su difunta madre, que conmovido y llorando, me prometió, al fin, no volver á casa de Nineta.

Miéntas le hablaba en aquel carruaje, qué sentimiento de tristeza se apoderó de mí. Aquel hombre tan feliz, que vivía aspirando sólo aires de amor y efluvios de santidad y de ventura,— hasta la fé en Dios iba perdiendo. El choque inesperado, súbito y fatal del mundo que él desconocía, le había desequilibrado por completo. Ya lo hemos dicho: con oraciones no se combaten las fuerzas del infortunio ni de la desgracia;

sólo pueden servir de consuelo. Para no ser vencido por el mundo,—que es malo,—es preciso conocerlo desde temprano y aprender á combatirlo. Repetimos: en vez de fijar siempre las miradas en el cielo, debe uno acostumbrarse á mirar al mundo, de frente.

Dejé á Claudio despues de una hora de paseo, habiendo conseguido la promesa de que se volvería á su casa, y yo tomé el camino de la mia. Era de noche.

X

— Hay situaciones de la vida en que la criatura humana, azotada y vencida, pierde la facultad que le ennoblece, queda sin voluntad de obrar por decisión propia obedeciendo á los dictados de la razon. Y si esa razon es clara, si el alma permanece intacta en medio de todas las catástrofes, entonces es fácil inclinarse á creer que, en realidad, el mundo es una cárcel y los hombres unos condenados que espíau sus culpas viviéndo. Conocer el mal, querer evitarlo y sin embargo ir hácia él con apresuramiento, ansiando llegar pronto, ese era el tormento terrible de Claudio.

De todos aquellos desgraciados á quienes el vicio, en sus diferentes formas, tiene dominados, la gran mayoría pertenece á estos que sufren. El ébrio consuetudinario que ántes de beber el primer rayo de Sol ha bebido el aguardiente que le aturde y le embrutece, cuando está un instante libre del influjo y el dominio de su vicio asqueroso, razona, medita, llora, quiere

volver atrás, y llorando, meditando y razonando vuelve maquinalmente á embriagarse. Hé aquí un desgraciado, un enfermo, un condenado.

El criminal que libre de su primera culpa se promete hacer vida ejemplar, no esplicándose él mismo como ha podido la primera vez cometer una falta, y sin pensarlo, y sin quererlo, sin necesitarlo, reincide una, dos y tres veces, hé aquí otro desgraciado, otro enfermo, otro condenado.

En el incesante y eterno camino de la humanidad, — no sabemos si para atrás ó para adelante, — háse llegado al fin á comprender que el vicio, el crimen, las malas pasiones desarrolladas, son otras tantas dolencias que azotan á la humanidad y cuyo correctivo es el trabajo, el bien presentado bajo todas sus formas. Esto nos parece, sí, un paso hácia adelante. El que roba, el que mata, el que calumnia, el que delinque, en una palabra, no es un criminal, es un enfermo y como á tal debe tratársele. Este es un progreso.

Pero, desgraciadamente, parece que el número de enfermos crece, y sobre todo que no es un hombre, no es una familia quien padece el mal: es una nación, dos naciones, talvez el mundo que se llama civilizado. Robar á un hombre su dinero es prepararse una celda en la enfermería penitenciaria; robar á un pueblo sus libertades, quitar á una nación sus derechos de tal, en una palabra, ser Rusia desgarrando á Polonia, Alemania oprimiendo á la Alsacia-Lorena, Inglaterra avergonzando á España entre las

rocas de Gibraltar, Italia cubriendo con sangre de mártires su baldon de Massoua, Chile desangrando á sus hermanos impotentes; — ser el gobierno usurpando los derechos populares, es acaso ménos mal que robar á un hombre su dinero?

La humanidad progresa, es el dicho. La guerra y la conquista y la usurpación, negaciones de todo progreso, subsisten. Este es el hecho. A más, en el siglo en que vivimos, se duda viendo los acontecimientos, quién tiene más poder, si una idea ó un cañon.

Francamente, no somos escépticos en ningun sentido, ni mucho ménos pesimistas; tenemos creencias y nos alienta la fé. Pero, en verdad, nos sentimos presa de horrible duda, cuando miramos el mundo sin pasión, con el solo objeto de ver dónde vá, qué fines busca. Es entónces cuando nos vemos obligados á decir, — á fuer de sinceros, — que no sabemos si en realidad vamos hácia atrás ó hácia adelante, ó si damos vuelta á un círculo en que de tiempo en tiempo volvemos á donde ántes hemos estado.

Buscamos lecciones de los que creemos á la vanguardia: ¿qué nos dicen? Se abre un parlamento, estan allí reunidos los talentos reconocidos del mundo, los sábios, los estadistas, los políticos. Los que vamos á aprender esperamos que se abran aquellos lábios, para oír proclamar el triunfo de la libertad, la consagración de un nuevo derecho, un paso más dado en el camino

sin fin de la humana perfectibilidad. Y cuando aquellas cabezas colosales de inteligencia y de saber nos dan lo que esperamos, entónces la ilusión se desvanece, las creencias tienden á desaparecer, la fé vacila. Aquella reunión de hombres dirigentes está allí para oír decir que un príncipe cualquiera turba el reposo del mundo, que el pueblo debe rogar á Dios por la salud del hombre que recibió del cielo la investidura de amo, que es necesario matar un millon de hombres para que otro hombre ascienda un escalon en el camino de sus ambiciones, que es necesario borrar del mapa tres ó cuatro naciones para que una nación sea grande y un hombre solo sea su dueño. Tres ó cuatro grandes usurpadores temen á un Czar, y un Czar pretende ser único usurpador, y la Europa, la vieja Europa civilizada tiembla, porque un monton de testas coronadas se disputan sus despojos. El gran siglo XIX termina, y la barbarie amenaza conquistar de nuevo á la humanidad. Vá á finalizar esta éra de luz, de telégrafos, de ferrocarriles, de colegios y de instituciones, muchas de estas escritas solo casi para ser escarnecidas,— y el horizonte se muestra cargado de nubes sanguíneas, y en vez de paz, que es condición de progreso, se ven á todos vientos perspectivas amenazadoras de guerra y esterminio. El siglo futuro, si ha de continuar por el camino que el actual le prepara, tiene forzosamente que ver desaparecer como condición de su progreso, ó á la Italia, esa nación amasada con glorias y herois-

mos, ó á la Francia, esa lumbrera colosal que tantas tinieblas ha disipado. A no ser así, hay que cambiar de rumbos y buscar de nuevo el camino del progreso.

Espíritus miopes, se dirá tal vez; ojos débiles cuya mirada no alcanza á penetrar ni á ver el porvenir dichoso que la humanidad se vá conquistando... Oh! porvenir tardío! Tantos siglos de camino, de luchas, de esfuerzos sobrehumanos, y aun no se te alcanza! Es que estás muy léjos ó es que te buscamos por caminos estraviados?

.....

*
* *

Continuemos nuestra interrumpida narración. Como Cárlos era mi compañero en todo, le comuniqué así que le ví la entrevista tenida con Claudio, y alegre por el éxito alcanzado me invitó para ir á visitarle. Acepté gustoso.

Llegamos cuando eran próximamente las nueve: Wanda estaba en la sala leyendo.

Así que entramos, al recibirnos ella sola, me causó estrañeza. Despues de los saludos, preguntamos por Claudio.

— Ah! estoy inquieta, nos contestó. Tiempo hace que lo noto á Claudio cambiado enteramente; creo que me oculta algo, algun pesar, algun contratiempo, en fin...

Y no pudo seguir: el llanto se lo impidió. Lloraba como si viera claramente que su esposo

sufria y ella no sabia nada. Es que su corazon aquel corazon amante que era todo de su esposo le advertia su infelicidad.

— Wanda, vd. se entrístece sin causa; qué tiene Claudio, dónde está?

— Sospecho que talvez los negocios son la causa de sus tristezas y abatimientos. Y es tan bueno, tiene para mi un cariño tan grande, que hasta se aleja de mi para que no participe yo de sus dolores. Hoy fuimos á misa juntos; despues de almorzar se fué á Flores donde tiene que arreglar ciertos negocios; volverá talvez mañana, si se desocupa. Me parece que le veo llegar, triste, contraido, como esforzándose por disimularme su mala fortuna en algun asunto...

Wanda, no se preocupe Vd: algun disgusto pasagero le tendrá así: los que andamos en negocios tenemos tambien nuestras horas malas.

— Pero Cárlos, vd. comprenderá esto: con lo que tenemos podemos vivir tranquilos, como hasta hoy. ¿Qué necesidad tiene Claudio de pasar malos ratos á fin de acrecentar su fortuna? Mas bien quisiera yo verlo aquí, feliz, y contento!

— Claudio pensará ya por su hijc; hé ahí sus desvelos.

Inútilmente trataba yo de consolar á Wanda y de disimular mi sentimiento: yo sabía donde estaba Claudio.

Yo sabía que mientras su jóven esposa se entristecía pensando en sus reveses, él estaría sumido en el fango del vicio en brazos de Nineta,

Así que aquella visita fué lo más breve posible.

— Vds. que son sus amigos, nos dijo Wanda al retirarnos, traten de hacerle apartar de los negocios, que viva tranquilo.

Se lo prometimos al salir. Por la calle íbamos tratando con Cárlos de llenar los deseos de Wanda, pero sin esperanzas de éxito. Yo había agotado en aquella tarde mis razonamientos, había logrado al fin convencer á Claudio, arrancarle la promesa de que volvería á su casa al separarnos y él me lo había prometido con el deseo de cumplir. Indudablemente, al verse solo en el carruaje despues que le dejé, se sintió de nuevo atraído por aquel negro abismo donde dejaría hasta el último giron de su felicidad, volvió á erguirse en él el demonio de la carne, terrible, incontrastable, y en lugar de dirigirse à su hogar se dirigió de nuevo á casa de Nineta. ¡Triste situacion del hombre, cuando se reconoce impotente para dominar sus apetitos y sus pasiones!

Le vimos despues; en vano tratamos de apartarlo del lado de aquella mujer; fué imposible.

Yo volví un día á casa de Nineta.

— Hoy vengo á pedirte el servicio que me tienes prometido, Niua; lo cumplirás?

— Haré lo que quieras; pero ya lo sabes, no es un servicio.

— Bien, sea lo que quieras. Tu sufres, es verdad? Tu tambien, en medio de esta vida que parece llena de placeres tienes tus dolores escondidos; alguna vez me has dicho que lloras. Si

causaras tu el sufrimiento de algun otro sér, de algun sér inocente que ni te conociera acaso, tratarías de evitarlo?

— Tal vez.

— Pues bien, mira: Claudio tiene una esposa que le idolatra; ella no sabe que Claudio vive contigo, pero nota que su amor le vá faltando, conoce que su esposo no es el esposo de ántes, le encuentra abatido, extraño, pensativo, y no sabe la causa. La causa eres tú; por tí aquella mujer sufre como nadie, por tí laventura de su vida se ha trocado en desgracia... Compadécete, Nineta.

— Compadécete!... Ah! yo tambien imploré compasion un día y nadie la tuvo para mí; yo tambien ví en un momento deshojarse la flor de mi felicidad, tambien lloré, rogué, supliqué, pero todos fueron sordos á mis súplicas. La inmensidad de mi dolor me lanzó á esta vida, donde mis penas han crecido... Pero no quiero hacer lo mismo; pídemme, qué quieres?

— Haz bien por el mal, Nineta; alguien te lo recompensará. Tu vivirás de cualquier modo y encontrarás tal vez, alguna satisfaccion al volver la dicha á una esposa que por tí la pierde. Quiero pedirte esto solo: despide á Claudio.

— Lo haré; pero tenlo presente, no por compasion de nadie; poco me importan los sufrimientos del mundo entero desde que al mundo nada le importan los míos. Yo despediré á Claudio, y si vuelve como estoy segura que volverá, no le despediré mas, si no se me antoja.

¿Entiendes? Y no vuelvas á pedirme mas cosas como esta; pídemme amor, besos, lo que quieras; te lo daré de paso, pero nada mas.

Al dia siguiente Nineta cumplió su promesa y despidió á Claudio, diciéndole que se fuera á casa de su esposa.

— Véte, no vuelvas, yo no quiero marido de otra ni me gusta oír llantos de nadie; véte y no vuelvas mas.

Claudio, en la sima de la abyeccion se arrastró á los piés de aquella ramera rogándole que no le echara; lloró como un niño implorando compasion de aquella mujer perdida. No consiguió nada; Nineta cumplió su palabra y le arrojó fuera. El no salía de su puesto llamándola, rogándola. Al fin Nineta se fastidió, púsose un chal sobre los hombros y salió á la calle.

— Mira, le dijo, no quieres irte? Pues bien, quédate, yo me iré.

Y se fué. Claudio la siguió, hasta que la vió entrarse en una casa. Permaneció largo rato mirando aquella puerta, al fin la vió salir del brazo de otro, se quedó siempre mirando, les vió subir á un carruaje y desaparecer. No se daba cuenta de lo que le pasaba; estuvo un largo cuarto de hora mirando en la dirección en que el carruaje se habia perdido, de repente pareció volver en sí y exclamó con rabia:

— Imbécil! y me la he dejado arrebatár...

Y se puso á correr en su busca; pero se detuvo al fin. Volvió á llorar, en plena calle,

y tomó el camino de su casa. Iba repitiendo:
*«No quiero marido de otra, no me gusta oír llantos
de nadie...Ah! Wanda!»*

Legó á su casa y entró: Wanda pensaba
en él, creyéndole en Flores, como otras
veces.

XI

Wanda se quedó inmóvil, abriendo sus ojos azules para verlo bien cuando Claudio entró; tal vez dudaba de que fuera su esposo. Tenía este las ropas desordenadas, el sombrero arrugado de retorcerlo maquinalmente entre sus manos, y el semblante lastimoso. Sus ojos estaban hinchados, colorados, centelleantes.

— Claudio, qué te pasa, dímelo — exclamó al fin Wanda.

Claudio se sentó, pareció no haber oído á su esposa; reposó su cabeza en su mano derecha, el codo sobre la rodilla y mirando al suelo estaba como absorto.

— Díme, esposo, díme qué tienes, volvió á decirle Wanda sin poder ya contener sus lágrimas.

Claudio miró á su esposa; pero sus miradas no tenían nada de aquellas miradas de amor en la que antes le enviaba el alma; sus ojos chispeaban ahora, su mirada era como un rayo de ira, de rabia de desesperacion.

— Qué tengo, — exclamó al fin, — qué tengo ?

Que no me gusta ver á mi mujer mezclada en asuntos en que no le corresponde entrar; nada más.

— Perdóname, Claudio; yo solo he querido desviarte de los negocios para verte tranquilo... no me he mezclado en nada... sólo á tus amigos...

— No se trata de negocios, ni de amigos ni de zonceras; no quiero fingimientos.

Wanda estaba aturdida, sin comprender nada de aquello. Temblaba, miraba á su esposo, enjugaba sus lágrimas y no sabía ya ni que decir. Al verla, parecía acaso que ella era la causante, que en efecto ella habíase acercado á Nineta, que había llorado delante de ella pidiéndole á su Claudio, y que por esto Nineta al despedirle le había dicho *no quiero marido de otro... no me gusta oír llantos de nadie*. Esto creía Claudio, y mientras volvía á su casa, repitiendo las últimas palabras de Nineta, el dolor que sentía se iba cambiando en ira contra su esposa, contra su esposa inocente que sufría por él. Y al sentirse interrogar por Wanda de aquella manera ingénita y sencilla, como ignorante de todo, creyó que su esposa añadía la ficción, el engaño á sus penas, y más se encolerizó. Estaba ciego, idiota, estúpido: sólo así se comprende que pudiera dar cabida en su alma á aquellos sentimientos innobles y en su mente á aquellas ideas tan erróneas. Dudar de la sinceridad de

Wanda era algo que Claudio no podía hacer sinó encontrándose como en aquel momento completamente fuera de sí.

Wanda había permanecido callada despues de las últimas palabras de Claudio. Lloraba, lloraba como una arrepentida; de pié delante de Claudio, mirándole con aquellos ojos de dolor inmenso, tímida, asombrada, temblorosa, parecía la tierna flor de los valles sacudida por los vientos inclementes. Al fin habló, arrodillándose delante de su esposo.

— Ah! Claudio perdóname, perdóname, pero yo no se en que te hice mal!... Perdóname, Claudio, yo me corregiré, yo no te causaré más pesares, pero dime, dime en qué te he ofendido? Te veo triste mucho tiempo hace, te veo pensativo, apesadumbrado, y crees que yo no sufro tambien?

Piensas acaso que porque nada te hé preguntado, que porque nada te he dicho, piensas que no he tratado de averiguar que tenías? oh! sí, Claudio, y esta es mí falta acaso, pero perdónamela... lo he preguntado sólo á tus amigos, y aunque ellos no me lo dijeron, lo sé todo, sí, lo sé todo.

— Y qué os importan á vos mis cosas privadas? dijo Claudio creyendo cada vez más que sus sospechas se confirmaban.

— Privadas, Claudio? No, mira, no te enojes; he hecho mal, pero escúchame. Tu te ocupas mucho de negocios, de asuntos, de cambios, etc.; todo esto te pone mal, te hace pasar malos

ratos, no es verdad? Oh! yo lo sé, si; *los hombres de negocios tienen tambien sus horas malas*. Pues bien, acuérdate de otros tiempos, acuérdate de cuando vivíamos tranquilos sin el menor contra-tiempo, solos en nuestro hogar. Deja esas cosas, Claudio, déjalas; tenemos cómo vivir; cuando no tengamos trabajaremos en algo; pero deja los negocios, no vuelvas á Flores, deja esos asuntos que te hacen infeliz y que me roban tu amor de esta manera.....

Había tal sinceridad en las palabras de Wanda, tal perfume de verdad y de inocencia parecían desparramar en derredor suyo, que Claudio no pudo ménos que sentirse influenciado por aquellas súplicas. A la manera que el rayo de sol penetrando en nuestra habitacion nos hace salir de las crueles pesadillas de la noche,—así las palabras de Wanda penetrando en el corazon de Claudio iban reconquistándole otra vez. Pero esto mismo desesperaba á Claudio; iba volviendo en sí y pensaba en la crueldad cometida con su esposa inocente.

— Couque entónces,—la dijo,—tú...

Y no quiso decirle más. La miró: Wanda esperaba arrodillada, con sus ojos clavados en el semblante de Claudio, que este oyera su ruego. Claudio la miró, y al verla así con aquel aire angélico, celestial, en un momento vió su inocencia, vió su dolor, y llorando él tambien la estrecho en sus brazos. Los dos lloraron.

Wanda se sentía, al fin, mas dichosa; Claudio

tomó entre sus manos la de su esposa, diciéndola:

—Perdóname tu, Wanda: en un mal momento te inculpé cosas que jamás pensaste. Enjuga tus lágrimas, esposa querida, y ven á mis brazos: ya todo pasó, para no volver...

Wanda sonrió, como si la dicha hubiera sido la causa de sus lágrimas; su bello semblante adquirió otra vez la espresion de dulzura de siempre. Se sentó en las faldas de Claudio.

— Oh ! esposo mío, cuánto he sufrido por tí. Mira, tiempo hace que tu padeces, tienes algun pesar oculto, ¿ porqué no me lo comunicas ? Yo quisiera participar tambien de tus reveses, ya que me haces tan dichosa con tu amor.

— Oh ! Wanda querida, ya no volverán más las horas tristes, todo pasó. Tú lo acabas de decir, los negocios, el trato con gente que me engañaba, me tenían mal ; pero ya no volveré á ellos y viviré como ántes, á la sombra de tu amor.

— Sí, no vuelvas; yo te haré feliz. Mira, Dios nos dará pronto una nueva ventura. Entre mis caricias y las de nuestro hijo pasarás los días contento, no es cierto ? Y si acaso tuvieras algun pesar comunícamelo, Claudio, yo quiero sufrir contigo, eh ?

Wanda, inocente y pura, no podía siquiera dar cabida en su alma á ideas de mal, de perfidia, de engaño. Ni sospechaba siquiera que alguien le robara el amor de su esposo y que otra mujer fuera la causa de su sufrir. Así

que ni siquiera pensó en las preguntas de Claudio, ni volvió nunca á hablarle de este asunto, embelesada como estaba viendo á Claudio á su lado, dichoso y arrepentido.

Claudio parecia rejuvenecido: delante de Wanda se veía iluminado por la luz de su amor, y comprendía todo el mal que se había hecho.

Volvió desde aquel día á brillar el sol de la felicidad en aquel hogar que empezaban á oscurecer las nubes de la desgracia. Claudio fué otra vez hombre de su casa. Sólo pensaba en Nineta, á veces, para execrarla; pero reconociendo despues que él solo había sido el culpable, acababa por decirse:

— Pobre, ella no hacía mas que acceder á mis pedidos; Dios la ayude, desgraciada!.....

Y no volvió á buscarla. Nineta por su parte, así que hubo despedido á Claudio, ya la hemos visto ir en busca de un conocido suyo y perderse con él en un carruaje mientras Claudio quedaba mirándolos. Despues se llevó aquel hombre á su casa, con la idea de ponérselo á Claudio por delante, si volvía; pero este no volvió, Nineta conservó á su lado á su nuevo amante. Era este uno de esos que dejan correr las cosas como vengan, no sabiendo lo que es pundonor, dignidad ni vergüenza. Vivía de Nineta: esta hacía su oficio y él recojía el producido. En cuanto á ella, le conservaba con cierto gusto. Era un buen mozo, de esos que agradan á estas pobres mujeres perdidas. Tenia traza de artista de teatro, bigotes negros, retor-

cidos, llenos siempre de brillantina; nariz afilada, carrillos blancos, redondos y afeitados siempre; dientes con emplomadura dorada adelante, un lunar con pelos un poco debajo del pómulo izquierdo, melena rizada, y usaba cosméticos y perfumes. Ella hacía de él lo que quería, y él aceptaba de ella todo. El único que no tuvo ya entrada en aquella casa fué aquel Leonardo de quien Nineta no podía acordarse sin hacer un gesto de repugnancia, exclamando:

— Oh ! aquel cochino, aquel portavoz sin vergüenza !.....

Yo volví à verla y le agradecí lo que habia hecho.

— No me agradezcas nada, me dijo: ¿Crées acaso que lo he hecho por ella ó por él? En realidad, Nineta era mujer que aparentaba preocuparse poco del bien ó del mal de los otros. Por lo demas, ella misma lo decía.

Sin embargo, ¿quién sabe si muchas veces no sentia su alma henchida de gozo cuando realizaba una buena acción? Ella odiaba á la sociedad, es cierto, porque la sociedad la despreciaba. Cuando se ódia se quisiera ocultar hasta el menor sentimiento bueno. Se hace un bien, pero se trata de hacer creer que lo que se quiere hacer es un mal. Tal vez Nineta fuera así.

Leonardo, aquel Leonardo que traicionaba á Claudio y traicionaba á Nineta, solía venir á veces á rondar aquella pieza donde ya no podía entrar. Nineta le veía á veces, pero apartaba la

vista: aquel ser le repugnaba. Había hecho de él lo que se le había autojado, le había hecho perder hasta el último átomo de dignidad rebajándole á desempeñar las funciones mas degradantes, á satisfacer sus gustos mas asquerosos, y ahora, cuando le veía, le daban náuseas.

Un dia pregunté á Nineta qué haría si volviera Claudio á visitarla.

— Mira, tengo mi hombre acá, tengo á mi Alfredo. Si Claudio volviera le diría buena-mente:—Hijito, tu lugar está ocupado, espera. —Ya lo sabes, Benjamin, para mí es indiferente uno ú otro: quiero hombres, nada más.

Pobres mugeres! En medio de la repugnancia que causan, de los males que originan, de las desdichas que ocasionan, tambien son infelices. Son mugeres, mugeres que quiere decir criaturas para amar, y ellas no pueden tener amor, no tienen corazon. Compadezcámoslas tambien, pobres descarriadas.....

XII

Hay en los refranes y dichos que el pueblo recoje y conserva, y que no se sabe de donde salen, sinó que son propiedad de todas las multitudes que en sus afanes y luchas los van elaborando, digámoslo así, pacientemente, hasta que alguien los lanza sin pretender por ello haberlos formado,—hay decimos, tanto de verdad en unos como de falsedad en otros. Quien dice un refran crée decir una verdad siempre, sucediendo á menudo que lo que se dice nada tiene de cierto. Es que á veces todos se engañan, como se engaña uno solo, no obstante ser muy razonable aquello de que *cuando todo el mundo se equivoca todo el mundo tiene razon.*

Los proverbios escritos con lágrimas, las máximas que brotan del fondo de los corazones desgarrados, esas son verdaderas: el dolor no miente nunca; el placer, sí, es á veces engañador.

«Una desgracia nunca anda sola,» este es un dicho, cierto: parece como que los males estu-

vieran encadenados y que tras uno deba forzosamente venir otro, á menos de cortar de un golpe el eslabon que los une. Y es tan difícil tronchar á veces la férrea cadena del sufrir!

Como los males, á veces la Providencia encadena tambien la felicidades. Pero para mal de los mortales es esta cadena frágil, tan frágil que á veces se rompe sola. Es mas bien un tejido sencillo y sutil, hecho para aprisionar ángeles y no hombres; por eso creemos todos que la felicidad dura solo en el cielo; aquí, en la tierra, ese tejido se rompe. Es que son tan raros los ángeles aquí, en este globo vagabundo y giratorio!

La Providencia suele no obstante, arrojar hasta nosotros un pedazo de paraíso y albergar en él á las almas meritorias. Tal parecía haber hecho con Claudio y Wanda. La mansion de estos esposos se había trasformado en un pedazo de cielo; al pisar el dintel de la puerta de calle el aire parecía impregnado de felicidad; en todos los aposentos se respiraba ese hálito de ventura que rodea á los dichosos, parecía sentirse algo como un aliento de ángeles que viniera á rozar la frente de sus moradores.

Es que, en verdad, aquello no era del mundo, era un rincon del Paraíso. Wanda era feliz, Claudio era dichoso. Entre los dos rebozantes de gozo, extasiados uno en el amor del otro, todavía se disputaban una suprema dicha, —que nunca el alma se siente satisfecha.

Dios, queriendo que aquello fuera en todo

como su cielo, nada había omitido. Entre aquellas flores que Wanda cuidaba, bajo la sombra de aquellas enredaderas rojas abrazadas también en su ventura, donde entonaban sus gorgoros alegres las avejillas de Wanda, allí se sentaban al caer la tarde á disputarse una nueva felicidad: tener entre sus brazos el fruto primero de sus amores.

Wanda le tenía en las faldas, temerosa, cuidando de no oprimir sus delicados miembros; Claudio, sonriendo primero, decía despacio:

—Dámelo, quiero tenerlo yo también. ¿Acaso es solo hijo tuyo? Míralo bien, como abre sus ojitos para decirme: «papá, quiero ir con vd.» No lo entiendes, tú? El es hombre, debe estar con los hombres.

—No, decía Wanda; déjalo aquí, aquí está bien, pobrecito. Vosotros los hombres, no debéis tocar á los nenes; vuestras manos los lastimarían. ¿Verdad, bebé? Míralo de allí, no más. Si me prometes hacerlo con cuidado, te permito darle un beso. Toma...

Y acercaba á los labios de Claudio la mejilla sonrosada y suave de su pequeño hijo;—el padre aprovechaba este momento, ponía sus manos sobre las manos de Wanda, por temor de hacer llorar al hijo, besaba á este con esa efusión exclusiva de los besos paternos, y después decía poniéndose serio:

—Ahora, ó me lo dejas en mis faldas un momento ó no suelto tus manos y le tendremos

así, incómodo. Dejámelo. Wanda, un momento no más.

Y Wanda, temerosa de que el niño sufriera así suspendido entre los padres, concluía por dejárselo á Claudio. Este le tomaba con tanto cuidado como si temiera que aquel pequeño bultito fuera el mas frágil de los cristales. Con toda suavidad, reprimiendo hasta el aliento, le bajaba á sus faldas; allí le acostaba, boca para arriba, y el niño miraba al cielo mientras Wanda se inclinaba sobre el hombro de su esposo y los dos contemplaban aquella criaturita. Apenas Wanda entregaba á Claudio su tesoro, venía á posarse sobre sus hombros, murmurando como una queja, la paloma que antes fuera la feliz moradora de su seno. Wanda la acariciaba, y aquella avecita parecía feliz entonces. Despues Wanda volvía á tomar el niño, y la paloma volaba á posarse otra vez sobre las enredaderas donde esperaba que volviese su momento de dicha.

Oh! aquel niño era el eslabon que cerraba la cadena de felicidad de Claudio y Wanda. Despues de haber devuelto aquellas dos almas una á la otra; despues de haber disipado las nubes que empezaban á oscurecer el cielo claro de su felicidad, Dios les mandó aquel hijo, aquella carita redonda, aquellas manitos gordas y rosadas, aquellos ojitos azules que se fijaban á veces en sus rostros. Era el colmo de la ventura. Tambien las dichas suelen venir juntas, como los males.

Dormía el niño, y entonces aquella casa era la mansion del silencio. Claudio se ponía á leer en su escritorio que estaba al lado de la pieza donde su hijo dormía, y Wanda se colocaba en la puerta de comunicacion, con su cesta de costuras, desde donde miraba la cuna celeste y blanca;—y cuando Claudio daba vuelta la hoja de su libro, haciendo el imperceptible ruido del papel que se dobla con cuidado, Wanda, como enojada, se volvía á él diciéndole:

— Parece que á todo trance no quieres que repose, el pobrecito. ¿No puedes estar en silencio? Véte, entonces, al rincon del otro patio.

Y Claudio se levantaba entonces, y los dos se aproximaban sigilosos, caminando con la punta de los piés, á la cuna del hijo para ver si se había despertado y quedaban los dos como estáticos contemplando al bebé dormido. Este sonreía á veces, mientras le miraban los padres, —y entonces ellos sonreían tambien y despues bajaban las cortinas de la cuna, Claudio tomaba entre sus manos la cabeza poética de Wanda y la besaba en la frente.

— Bésame, sí, decíale Wanda; pero ten presente que si le despiertas no me besarás ni á mí ni á él en todo un día.

Cuando Claudio se veía precisado á salir por cualquier causa, lo que sucedía pocas veces, horas antes de hacerlo empezaban los dos á decirse:

— Mira, Wanda, ten cuidado del nene, no lo dejes solo un momento, yo vuelvo en el acto.

— Si, vuelve pronto, prontito; si se despierta y llora y no estás tú aquí, qué haré yo sola?

— Paséalo por el jardin; pero no se lo dejes á la mucama.

Y cuando él salía y el pequeño Claudito se hallaba despierto, ella le llevaba hasta la puerta de calle, allí le besaba Claudio varias veces y Wanda se quedaba mostrándoselo hasta que él daba vuelta la esquina.

Despues de dormir el bebé jugaba; entonces era aquella la mansion de las risas y la alegría. Le llevaban entre las flores, hacían mover en su tallo alguna azucena blanca como el alma de aquel niño, este estiraba su bracito para tocarla, reía, lanzaba un pequeño grito y los padres reían tambien y gritaban como él.

Despues le ponian delante de la jaula de los canarios, estos bajaban y el niño se quedaba mirándolos, como á las flores. Parecía cierto que los niños, las aves y las flores son hermanos. En suma en aquella casa habitaba la felicidad.

Se trató de bautizar al hijo, y entonces Wanda ya no pidió, exigió.

— Quiero, dijo á Claudio, quiero que se llame como tú. Es mi hijo, mío, y tengo el derecho, yo que soy su madre, de darle un nombre que me guste.

— Bien, dijo Claudio; pero con una promesa

de tu parte: la mugercita se llamará Wanda, como tú.

Y Wanda sonrió, entre ruborizada y gozosa, y contestó á Claudio mirandole con ojos de amor intensísimo y de placer inmenso:

— Concedido, se llamará Wanda.

Cuando uno es feliz no piensa sino en acrecentar su felicidad: Claudio y Wanda solo pensaban ya en tener una mugercita.

Fuimos un día con Cárlos de visita y les encontramos á ambos desconsolados; no habían dormido en toda la noche, ¿porqué? El niño había llorado mucho, un largo rato, y ellos creyeron que estaba enfermo: llamaron el médico y este manifestó que el niño no tenía absolutamente nada.

El excesivo amor de aquellos padres, como el de todos los padres, les hacía ver fantasmas. Siempre estaban inquietos, temerosos de que alguna enfermedad viniera á turbar la dicha que gozaban; pero el pequeño Claudio había llegado ya á sus cuatro meses y medio, y no se había sentido mal todavía: era un cuerpito sano y robusto, y al mirarle ni se pensaba siquiera en que su enfermedad pudiera empañar el brillo esplendente de la aurora feliz que iluminaba aquella casa. Por el contrario, él agregaba su luz rosada á aquella aurora.

— Cárlos, dijo Wanda un día, séame vd. franco: discutimos con Claudio sobre el destino mejor para nuestro hijo; él quiere hacerlo mé-

dico, yo quisiera hacerlo cura, qué le parece mejor á Vd.?

— Señora, cualquiera de los dos caminos le llevaría á ser un verdadero hombre de bien cumpliendo fielmente su mision: médico, sería el encargado de curar las llagas de la carne consolando al espíritu; cura, sería el encargado de las almas. Pero, señora, permítame una observacion: buen médico puede serlo, aunque es difícil; pero buen cura no solo es difícil, sino que lo creo imposible.

— Oh! Cárlos, cómo se equivoca vd.! Piensa que mi hijo no reúne los talentos necesarios para ser un buen ministro de Dios?

— Ojalá, señora, que su hijo sea la mas brillante de las inteligencias; pero esto no basta. Ser inteligente es apenas una ventaja; pero la inteligencia necesita tambien su medio ambiente, como todas las cosas para desarrollarse. Por eso es que le manifiesto á vd. francamente mi parecer, con la franqueza que usamos nosotros, los hombres de negocio, siempre que no se trate del tanto por ciento. Créame vd. el que tuviera las mas espléndidas dotes de orador, el Demóstenes que no tuviera lengua en vano se esforzaría en ser Demóstenes;—el águila de las cumbres encerrada en una pequeña jaula lucharía en vano por alzar su vuelo gigantesco. Pues bien, el cura se halla en estas condiciones, el mundo ya no quiere curas y comprende que sus males se los puede curar él mismo, si quiere.

— Ah! Cárlos, me parece que es vd. de esos hombres que no tienen fé en la religion ni menos en sus ministros; lo verá vd: Claudito será un digno sacerdote.

— Mejor será esperar á que él pueda decidirse y entonces dejarle escojer su carrera. ¿No le parece á vd., Claudio?

— Sí, eso es lo mejor, él elegirá.

Aún no sabía caminar aquel niño, y ya los padres estaban afanosos por elegirle una carrera. Aúu no sabía ni hablar, ni balbucear una palabra, y ya el amor materno le hallaba lleno de talentos y de virtudes. Es una de las felicidades de los padres creer siempre que sus hijos reúnen las perfecciones en todo. En vano la naturaleza se habrá mostrado ingrata con alguno de esos pedazos de su sér, negándoles hasta un átomo de belleza y dejando sus facultades intelectuales al bajo nivel de las muchedumbres: para los padres siempre es el hijo una cabeza privilegiada y un talento superior. El inmenso amor que tienen á sus hijos les oculta sus defectos haciendo resaltar sus cualidades. ¡Sublime error que les hace tan dichosos!

XIII

Buenos Aires estaba agitado. Todavía conserva ese pueblo de gloriosas tradiciones un poco de ardor cívico y tiene sus horas de expansión patriótica. Parece como si de cuando en cuando las sombras de Moreno y Rivadavia cruzarán sus calles despertando á su pueblo é incitándole á ser lo que ellos se prometieron, el esclavo de la ley y el dueño de sus derechos.

En vano se le aturde gritándole de todos lados «¡ Buenos Aires, tú éres la ciudad del porvenir, vive dichosa, tú, la favorita del Progreso! » No se conforma del todo: comprende bien que engordar no es progresar, y que más vale tener libertad para elegir sus autoridades que verse cruzada en todos sentidos por esas líneas férreas que derraman sobre ella raudales de oro.

Estaba agitado; era un día solemne, el día de elecciones. Inútilmente los esfuerzos habian llegado al colmo tratando de poner las cosas en su lugar. El faude malogró todos los es-

fuerzos y las aspiraciones populares fueron burladas.

— No importa, decíamos unos cuantos reunidos, — no importa: este sistema se pudre y él caerá. Es necesario, sin embargo, estar prontos á darle un pequeño empuje en el momento oportuno.

— Preciso es con todo festejar este día, dijo Andrés. Pero ha de ser como él se lo merece; sobre todo, festejemos el triunfo de los contrarios.

— Difícil me parece realizar hoy una fiesta: estamos más bien para velorios.

— Oh! pues no faltaria más sinó que nos pusieramos á llorar. No es con llantos que se lucha. Esto por ahora ya está consumado, aceptémosle, pero preparémonos á la reivindicación. Por ahora no cabe otra cosa que hacer una fiestita: vámonos al Belvedere.

— Nosotros solos?

— Yo traeré compañía; pero compañía digna de la fiesta que celebraremos, y más que todo del hecho que la motiva. Vayan Vd. allí, yo iré más tarde.

Nos pusimos en camino Cárlos, Angel, Pepe, Diego, Luis, Pancho y yo. Eramos los mismos que nos habíamos reunido en la Calle Bolívar á nuestra llegada á Buenos Aires. Andrés, el Rengo, era él que habia ido á buscar compañía.

Llegamos al Belvedere y esperamos al Rengo: este volvió pronto.

— Cómo, vienes solo?

— No tardaran en llegar. Entre tanto, haga-

mos disponer el departamento del fondo. Es preciso que estos últimos pesos que nos deja la *política* los aprovechemos bien,

Empezaba á oscurecer; de repente se detuvieron dos carruages frente á la puerta.

— Bajen no más, dijo el Rengo.

Se abrieron las portezuelas y bajaron en tropel. ¿Quiénes eran? Ya las conocemos nosotros: Olga, Norma, Blondinette, Fatinitza, Fanny, Arabella y dos nuevas: Albertinita y Josefa.

Cada uno de nosotros tomó una compañera y nos encaminamos al salon del fondo.

— Muchachas, dijo el Rengo, sabed que esta fiesta es de carácter político, altamente político. Es necesario, pues, que una de vds pronuncie un discursito del caso... Vamos á ver tu, Fatinitza.....

Nos reimos de la designación hecha; aquella turca de boca grande no sabia decir en castellano más que esta frase, «*quieres pagar un cerveza?*» y sinó se le pagaba la cerveza hacia grandes esfuerzos y decia, en castellano tambien, castellano poco entendible: «*vamos in cuarto?*» Fuera de esto, no sabia decir más nada en español, y el Rengo la designó para que hablara... Pancho que la tenia en las faldas, habló por ella, diciendo:

— Señores, disculpen á la *oradora*, pero vds. saben que es más dura en la boca que un pingo redomon; designen otra.

— Que sea Blondinette, pues.

— Blondinette, gritamos todos,

Y la descarada francesita no se hizo repetir dos veces, subióse á una silla, se recojió el vestido á media pierna, tomó una actitud cancanera y con acento parisienseamente gutural, habló así:

Señorres: La Revolución es una *grran* cosa: ¿n'est-ce-pas?

— Bien, bien, Blondinete; bravo!...

— Si, *señorres*: yo no *quierro* vivir así, me gustan las *trrompadas* y el bochinche; esta es mi política; arriba el fandango! Vive le cancan *corrido*!

Y sin más trámite saltó al suelo y empezó á hacer piruetas y á dar brincos. La seguimos todos y aquello fué un desenfrenado baile que duró algunos minutos. Despues se hizo el orden y nos sentamos.

Comimos como se come en esos casos, entre gritos, amenazas y barullos. Blondinette como siempre, empinó el codo más de lo necesario; Olga se reía con su risa agradable; Fanny se recostaba en el hombre de Pancho afectando su aire de candor; Fatinitza, Josefa y Arabella mostraban sus carnes; Norma lucia sus brillantes y Abertinita se reía de cualquier cosa y la hacia rabiar á Fatinitza repitiéndole el dicho de Pancho:

— Oh! Fatinitza, éres un pingo, un pingo redomon!...

A media comida el mozo presento una tarjeta á Andrés, tarjeta que el Rengo esperaba por momentos.

— Que es preguntamos?

— Otro convidado, caballeros, Mucho silencio y mucho respeto.

Salió Andrés y volvió acompañado.

—Ola! esclamamos cuando volvió;—es lo que faltaba!

— Silencio, señores: tenemos el honor de ser acompañados por el eminente Secretario General del Hospicio de las Mercedes, Señor... y Andrés sacó la tarjeta, leyendo en alta voz *«Señor D. Pedro Celestino Echegaray de la Nata y las Ovejas, segun reza su targeta.*

— Bien venido sea el ilustre loco.

—Caballeros y Señoritas: Yo soy misántropo filantrópico y matemático hecatombial; no me gusta estar entre locos porque no soy loco. Esto es antidiluviano, antipiramidalmente rústico, una hecatombe tremenda. Sépanse vds que soy Secretario General de mi gefe, y que hoy hé cumplido un alto deber.

— Atención señores y respeten al orador. Siga Vd Señor D. Celestino de la Nata y de las Ovejas.

— Sí, hoy hé realizado una operación quirúrgico—político—hidropática: hé llevado á votar doscientos locos, y hemos triunfado. ¡Qué hecatombe Señores!

— Bravo, bravo, ilustre Secretario.

Y era cierto lo que decia aquel loco cuerdo; á tanto ha llegado el cinismo en política que en las elecciones, á falta de otros elementos se han hecho votar los alienados. Este es un hecho

constatado, que basta y sobra para dar idea de como anda el pandero.

Pedro Celestino siguió hablando, y habló hasta por los codos. Era este un loco especial que mas bien parecia un buen vividor que un loco. En el Hospicio se le tenia de mandadero, pero para sastifacer su manía se le titulaba Secretario, y el mismo Director le habia hecho imprimir sus tarjetas que él repartia á los cuatro vientos cuando iba á la ciudad montado en su malacara rabon, y en las que se leia: *«Pedro Celestino Etchegaray de la Nata y las Ovejas, Secretario General del Director del Hospicio y etc.»*

Tenia este loco una mania singular por los discursos y los esdrújulos: su término favorito, que lo empleaba siempre, era *hecatombe hecatombial* y demás derivados que él formaba á su modo. En el hospicio era el que mantenía siempre alegre á practicantes y á empleados. Se le había hecho construir en el comedor una especie de púlpito desde donde él peroraba mientras los demás comían. No tenía un pelo de zonzo y creemos que tampoco de loco.

Ha desaparecido del Hospicio de la noche á la mañana y como un buen cuerdo trabaja en otro pueblo.

Aquella noche Celestino echó el resto, y reveló con pelos y señales el hecho de la votación de los locos. Haciéndose despues más loco que al principio, empezó á enamorarla á la

gorda Josefa. Diego que la tenia al lado le decia Atiéndelo, pues de otro modo te embiste; mira que es loco. — Y Josefa que era más bruta que gorda, de miedo se dejaba hacer por el loco; este aprovechaba.

A las doce el Rengo hizo retirar á las mujeres, que se fueron á seguir su oficio. Celestino quedó con nosotros.

Al salir del Belvedere vimos bajo los árboles sentada alrededor de una mesa, una de esas tantas parejas que al salir del Pasatiempo se van allí, á beber. Quisimos saber quienes eran y enviamos al loco á preguntar. Este se fué derecho,

— Buenas noches, cenáculos, quiénes sois?

— Qué le importa, dijo el hombre.

— En nombre de la autoridad explique su metáfora ó le administro una hecatombe de trompadas.

El hombre se paró y enarboló su baston; el loco tomó un botella.

Intervinimos nosotros y pusimos paz haciendo ver á aquel hombre que tenia por delante un loco; pero quedó satisfecha nuestra curiosidad. Aquella pareja la conociamos: eran Nineta y su Alfredo que bebian cerveza *au clair de la lune*.

— Nineta, cómo estás?

— Bien, y tu, Benjamin?

— Divertido; — ese es tu Alfredo?

— Este, sí; y Claudio?

— En su casa, con su mujer. — Adios,
Nineta.

— Adios.

Y nos retiramos.

XIV

Después de cenar bien, de beber mejor y de divertirse en grande durante varias horas, no está uno muy dispuesto á conjeturas ni á reflexiones tristes. Parece que todo está absorbido por esta doble digestión: la digestión de los alimentos y la digestión de los placeres. Por eso aquella noche no paré siquiera la atención al encontrarme con Nineta en aquel sitio, donde hasta entonces creo que no había ido la hermosa napolitana.

Pero después que se desvanecieron los últimos humos de aquella fiesta, después que de nuevo volvió la calma, entonces en medio de todo se me presentaba siempre Nineta. ¿Porqué? No iban tantas como ella á aquel sitio? No van á todas partes? Porqué Nineta no podía también encontrarse allí como las demás? Qué había de extraño, de temible en esto para pensar tanto? Estas preguntas eran sin respuesta. A veces se encuentra uno en medio de las claridades y teme las tinieblas, en la cima del placer y piensa de repente en la desgracia y el dolor;

de súbito, sin causa y sin razón; pero se siente mortificado por esa especie de individuo interno que parece tener la vista tan profunda y penetrante que avanza sobre el presente y hace ver algo del porvenir.

Nineta allí, en el Belvedere, sobre el paseo de la Recoleta, próxima á ese cementerio, me parecia como una aparición siniestra, como el génio del mal buscando víctimas. Y recordaba yo que Nineta me habia parecido más espléndida que nunca. Allá, bajo los árboles del Belvedere, vestida de negro, con sus ojos centelleantes con el fulgor vívido de las estrellas, con su renegrida cabellera caprichosamente suelta, y su semblante magistralmente hermoso,—me parecia al recordarla que era la noche descendida en aquel sitio para envolverlo todo en sus tinieblas. Me habia preguntado por Claudio con frialdad, sin emoción, como si quisiera significarme que poco ó nada se preocupaba de mi amigo, y yo queria ver despues en aquella despreocupación algo como la seguridad de su omnipotencia, como si aquella muger quisiera decirme: «él volverá á mí, le tengo seguro y espero confiada.» Pero despues pensaba en Claudio, le veía tranquilo en su hogar, feliz entregado á las caricias de su muger y de su hijo y acababa por decirme yo mismo que aquello era simplemente estúpido....

XV

La Bolsa de Buenos Aires se nos figura una de esas balanzas de pulpero poco escrupuloso, manejada con el pié por debajo del mostrador á fin de hacer caer el platillo cuando mas convenga. En cada platillo vemos colocados de un lado los alcistas, del otro los bajistas;—y caen y se levantan alternativamente. Lo que no se vé es el pié oculto del pulpero que hace caer el platillo á voluntad.

Muchas veces, cuando el tiron es muy fuerte, suele caerse alguno del platillo en que se encuentra, y entonces ya no sube, es un corredor quebrado. Otras, por el contrario, el platillo se vá á las nubes y á las nubes se vá tambien el que está dentro, es decir, en una oscilacion de la balanza se labra una fortuna. Es una manera de jugar como cualquier otra: un monton de oro puesto sobre un naípe ó lanzado al azar de las oscilaciones de la Bolsa, es en cualquiera de los dos casos un monton de oro que se juega. La Bolsa nos parece el gran garito de Buenos Aires.

No es este solo el modo cómo el juego se disfraza: quien recorra en los días festivos las canchas de pelota verá también exponer sumas enormes á la mejor ó peor fortuna de un pelotaris;—después ha venido el pallone.

Son estos dos últimos juegos ejercicios verdaderamente propios y dignos de ser cultivados; pero hay para nosotros gran diferencia entre el hecho de tomarlos como diversion y como ejercicio, y el hecho de hacer de cada cancha otro garito. Entre la Bolsa, las canchas de pelota, las carreras y un tapete verde, no alcanzamos á hacer distincion, en cuanto al juego.

Alucinado con las propuestas de un corredor Claudio espuso su capital á los azares del cambio, y perdió. Se conformó, y aunque haciéndose violencia, solicitó un empleo y lo obtuvo. Hay situaciones en que la necesidad obliga á sacrificar algo de amor propio para satisfacerla.

El buen carácter de Claudio le captó pronto las simpatías de todos sus compañeros de tarea. Al volver un día á su casa, presuroso como siempre por ver á los suyos, se encontró con una nota que le habían traído: era una sorpresa de su jefe de oficina. Este había comprendido que Claudio no estaba bien en el puesto secundario que ocupaba y había solicitado un ascenso sin comunicarle nada. En la nota que Wanda le entregó, demostrando por su aspecto la curiosidad mezclada de cierto temor por saber lo que ella contenía,—el jefe le comunicaba que había

solicitado aquel ascenso y que esperaba lo aceptase si lo conseguía.

— Es buena noticia? preguntó Wanda.

— No puede ser mejor, querida; me ascenderán en mi oficina, estaré mejor y trataré de recuperar con el trabajo lo que he perdido en esa maldita Bolsa.

— Oh! cuanto me alegro; pero no pienses mas en la Bolsa. ¿Qué importa lo perdido? Ya ves tú, Dios nos ayuda. Bueno, ya estás enterado; corre ahora á besar á tu hijo que te espera.

El pequeño Claudio ya caminaba: así que vió á su padre corrió hácia él con los brazos abiertos. Ya sabía él que tenía su cartucho de bombones en los bolsillos de su padre y se había acostumbrado à buscarlo. El padre se ponía en cuclillas, besaba al hijo, y este metía sus manitas en los bolsillos hasta que encontraba el cartucho. Entonces reía gozoso y empezaba á repartir los bombones entre él y sus padres;—estos gozaban cada vez mas de aquella inmensa felicidad.

Claudio fué ascendido á jefe de seccion. El día que se lo comunicaron volvió á su casa antes de cerrarse la oficina. Wanda adivinó al verlo la grata nueva, y para festejarla salieron en carruaje llevando á Claudito. Fueron á Palermo, á la Recoleta, pasearon por todas partes, y no hablaron de otra cosa sinó de su hijo.

— Estemos tranquilos, decía Claudio,—ya nuestro hijo no se verá pobre. Con este empleo y la ayuda que se me promete yo he de rehacer mi fortuna.

Y aquel día volvieron á su casa mas cõntentos que nunca. La felicidad que disfrutaban querían tambien comunicarla á los demás: Wanda tenía sns pobres, que venian todas las semanas á buscar su donativo;—aquella semana Wanda se lo hizo extraordinario, y por manos de Claudito les hizo repartir ropas y dinero. Gozaba mucho oyendo las bendiciones que aquellos infelices pobres depositaban sobre la frente pura de su hijo caritativo.

Cuando Claudio volvió á su oficina y se hizo cargo de su nuevo empleo, así que terminó el trabajo dos de los empleados se acercaron á él.

—Sr. Bossy, dijo uno de ellos,—en representacion de los empleados de esta seccion venimos á daros la enhorabuena por vuestro merecido ascenso, á felicitaros nosotros mismos por tener tan digno gefe, y á rogaros que acepteis la demostracion que queremos haceros de la alegría que tenemos por ser dependientes vuestros. Deseamos que no rehuséis un banquete que haremos disponer para nosotros solos, dándole así el carácter íntimo que queremos tenga la fiesta.

— Oh! señores, dijo Claudio, os agradezco, os doy las gracias; creed que seré siempre el mismo compañero de trabajo. En cuanto al banquete, francamente, yo no quisiera...

— No hay disculpa, señor; acéptelo como una deferencia para con sus empleados.

— Gracias, acepto, pero permitidme poner una condicion: que sea una fiesta íntima, mo-

desta, sin ostentacion ninguna; nada de Rotisserie, ni Café de Paris, ni Colon. ¿Quereis que yo elija el sitio?

— Ybamos á pedirnos que lo hicierais.

— Pues bien, hagamos una fiesta al aire libre, con expansion y como amigos; si os gusta iremos al Belvedere, me agrada aquel sitio.

— Mañana, á las seis, pasaremos en corporacion á buscaros. Desde ya os damos las gracias.

Y al otro día dos carruajes se detenían bajo el ombú del Belvedere y bajaron Claudio y los demás de la fiesta. Claudio no había olvidado invitarnos á Carlos y á mí; estábamos con él. Eran próximamente las ocho p. m.

Parados primero sobre una especie de montículo que rodea al Belvedere por el lado del Paseo, nos detuvimos á contemplar breve rato aquel paisaje. Veíamos á nuestra derecha el Plata tranquilo y dilatado, haciendo saltar chispas de luz de sus ondas mansas, donde se quebraban los rayos plateados de un espléndido plenilunio; en la ribera los sauces se balanceaban dulcemente mecidos por las frescas brisas del rio; al frente teníamos el Paseo, con sus flores olorosas, sus céspedes verdes, y sus estatuas blancas, ocultas entre las hojas, que nos recordaron la bella espresion de un escritor notable; parecían en realidad *friolentas Vénus entre las hojas entretnejidas del parque*; la Gruta se nos presentaba allí, oscura y como agigantada entre las sombras, semejjando el fantasma de la muerte

velando el sueño de los que yacían en el Cementerio próximo al paseo. Del otro lado se veía el Cementerio con sus campanas silenciosas, y divisábanse algunos cipreses inmóviles, oscuros, pareciendo á la imaginacion vagabundas sombras que se alzaban del sepulcro para mirar fuera de su mansion helada por sobre las tápias que la rodean. A la izquierda y á nuestras espaldas estaba la ciudad, cuyo sordo rumor llegaba hasta nosotros.

De repente, por entre las oscuridades de la Gruta brilló una luz como de un fósforo encendido y en el instante apagado;—aquello nos intrigó y quisimos saber qué era. Nos aproximamos tres hasta la Gruta mientras se preparaba la mesa. Llegamos y miramos al interior: la Gruta solo encerraba tinieblas. Encendimos luz y penetramos, al mismo tiempo que oímos gritar los cisnes del lago y vimos salir por el otro lado una pareja. Era un hombre correctamente vestido que acompañaba una bella criatura como de quince ó diez y seis años, á lo sumo. La pareja se nos perdió de vista, pero comprendimos aquello. En Buenos Aires el vicio no se satisface ya en las casas públicas ó en las Posadas; los paseos son los que presentan mas facilidad para lograr una conquista. En las casas públicas la autoridad vela por las menores sorprendidas: en un paseo el Guarda nocturno no se resiste á la tentacion de embolsarse algunos pesos.

Aquella de la Recoleta era probablemente

ó una de esas bellas niñeras que le hacen perder los sesos á sus patrones y llenan de celos á sus señoras,—ó una de esas costureritas tentadoras, *grisetas* bonaerenses de tanto atractivo, capaces de vencer al mismo San Antonio.

Nada mas propio que las umbrosidades de la Recoleta para gozar sobre el césped blando y fresco las delicias del amor,—y nada mas vituperable tambien que la desidia de la autoridad que ha permitido la conversion de aquel paseo en un lugar de citas amorosas, donde cada arbusto que se levanta ha visto bajo sus ramas todas las impudicias del sensualismo.

Cuando volvimos al Belvedere la mesa estaba pronta y nos sentamos. La comida fué espléndida, hubo brindis, felicitaciones, discursos y hasta improvisaciones poéticas. Nada tan alegre como una mesa donde se sientan jóvenes satisfechos. Claudio gozaba.

De vez en cuando miraba yo hácia el patio del hotel, donde empezaban á llegar las nocturnas parejas de siempre: una *desorejada* y algun vicioso. Temía yo volver á encontrarme con Nineta en aquel sitio, y la ví, en efecto, entrar del brazo de su Alfredo, vistiendo el mismo traje negro con que la viera en noches anteriores.

El salon donde nosotros estábamos tenía dos ventanas hácia el lado del patio, abiertas. Claudio, sentado en el centro de la mesa, quedaba frente á una de ellas y Nineta se sentó

frente á él, dáudole el rostro que iluminaba de lleno la luna.

Así que yo la ví, miré á Claudio; aún no la había visto él. Seguí observándole, noté que miró de repente con insistencia y que aprovechando un momento oportuno en que creyó no ser visto, llamó un mozo, que salió y volvió en el acto como trayéndole una respuesta. Yo que estaba atento oí que le decía al oído: «Calle Europa N.º 34.....», y no oí mas.

Eran las once cuando terminó aquella fiesta. En el camino de vuelta Claudio estaba pensativo.....

6

XVI

La Naturaleza misma,—esa inmensa verdad que dice al hombre créese y espera, esa grandiosa manifestacion de una existencia grandiosa,— tambien es á veces engañadora. Rodea y cubre de flores los abismos ocultos, esconde el veneno bajo el pétalo rosado de una flor, y coloca el escollo traidor bajo la onda mansa y atrayente. Vá el navegante alegre y tranquilo, cantando sobre la borda la cancion de sus amores á la dueña de su alma que dejó en la ribera lejana, y aspira con delicia la fresca brisa que parece traerle el aliento perfumado de su amada. De pronto siente el rugido del huracan y la presion de sus férreas garras que le sepultan al negro fondo..... la brisa fresca y juguetona era la engañosa mensajera de aquel vendabal furioso.

El fatigado caminante se tiende á la sombra de un árbol, feliz al encontrar un techo que le cubra, y duerme;—su sueño es eterno, aquel árbol es el manzanillo.

Sobre la cresta empinada de una montaña, el alma del mortal habla con Dios, miéntras su vista se pierde en la contemplacion de horizontes infinitos. De prouto aquella cúspide gigante revuelve sus entrañas y la erupcion ígnea cubre de soledad y muerte sus contornos.

El mundo,—esa inmensa mentira que hace perder al hombre creencias y esperanzas,—mas que la Naturaleza disfraza el mal, ocultándole casi siempre bajo las apariencias del bien. Hasta llega á pretender poner sobre todos los hombres á un hombre solo, quitando á todos sus atributos y condiciones, deshaciendo la obra del Creador que ha hecho del hombre un ser superior á los demas al solo objeto de que trate de bastarse perfeccionándose á sí mismo;—y disfraza todo este inmenso mal con la promesa hipócrita y farsáica de otra vida venturosa. ¿Que-reis gozar de una vida mejor? Pues convertios en este mundo en un ser estúpido, inconsciente, miserable; sed la oveja, el carnero sumiso y seguid al Pastor, que es *infallible*. Vuestra razon? Es inferior á la razon del santo padre, iluminado por Dios mismo. Vuestra conciencia? Es insuficiente para castigaros ó recompensaros por vuestras obras. Vuestra inteligencia? Jamás alcanzará á ver claro en los misterios de la religion; necesita la ayuda de otras inteligencias superiores, de esas inteligencias privilegiadas que son las únicas asesoradas, inspiradas por el ser superior.

Y estos grandes farsantes de la tierra, es-

tos que pretenden ser con sus hipocresías los representantes de la sinceridad, con sus mentiras é imposturas los reveladores de lo verdadero, estos son los que pretenden ser árbitros del destino humano. Vana pretension! En este sentido la razon se independiza, *el mundo marcha*, la luz rompe las tinieblas; la chispa prometeana incendia el mundo: voraz incendio que destruye el error, aniquila el mal y hace surgir de las cenizas de este pasado las venturas del porvenir. El Vaticano se eclipsa entre los fulgores del Sinái luminoso donde se entroniza la razon humana: ya la victima de la sotana no es la humanidad entera, es una parte de la humanidad que día á día se vé independizada, que vá saliendo del error. Ya las naturalezas no se aduermen al ruido monótono de los golpes de pecho, ni se cierran los ojos inclinándose ante uno de esos *ministros de Dios* llenos de riquezas esplendentes y representantes de la pobreza humilde y honrada. Entre nosotros mismos, la Virgen de Lujan, ó sea la Virgen de los pingos mañeros y haraganes que no quisieron tirar del carro, — podrá mirar los rostros de unos cuantos aficionados á viajar grátis en ferro-carril y á lunchear de lo lindo en el campo, á costillas de los feligreses: pero no verá llegar hasta ella los descalzos peregrinos que cegados y fanáticos buscaban las zarzas del camino para ensangrentar sus piés creyendo salvar su alma.

Claudio era un nuevo ejemplo, pero un ejemplo tristísimo, pues desarmado en las sacristías no podía luchar al encontrarse frente á frente con las fuerzas terribles de la corrupción mundana. Ya lo hemos dicho: en vez de enseñarle que el mundo tiene inmensos precipicios, abismos terribles que es necesario aprender á salvar, se le había impedido simplemente de entrar á ese mundo y se creía todo hecho. Y cuando Claudio pisó el umbral se halló vencido. En vano luchaba con sus pasiones, y en vano pudo una vez vencerlas: ellas volvían, poderosas y terribles, y le vencían al fin.

Desde aquella noche pasada en el Belvedere, oyendo las agradables felicitaciones de la amistad que le rodeaba, donde parecía que se alzaba mas luminoso que nunca el Sol de la felicidad en el horizonte de su vida; desde aquella noche en que volvió á ver á Nineta, terriblemente hermosa, ya su vida fué su tormento.

Volvió á su casa, y en presencia de Wanda fingió sentirse como siempre dichoso. Aquella mujer sublime, el amor que los unía, aun le daban fuerza para fingir. Pero sobre su hijo dormido, cuando descorrió las cortinas de aquella cuna celeste y blanca, sus lágrimas rompieron el dique que les oponía su voluntad, y lloró.

— Lloras, Claudio, qué tienes, dímelo?

— Nada, Wanda; tu sabes que también el

placer hace llorar. Mis lágrimas son de gozo, al verme tan dichoso otra vez.

Y Wanda, sencilla y pura, creyó á su esposo.

Siguiéronse así los días de fingimiento. Claudio pudo disimular por un tiempo mas sus dolores, y aquel hogar conservó todavía las apariencias del paraiso. Pero en su casa, por la calle y en la oficina Claudio sentía siempre como una mano de hierro que le tenía asido, como una voz siniestra y atrayente al mismo tiempo que le decía con tremendo acento: « Calle Europa, núm. 34 »

XVII

Aquella voz que era la voz del vicio, de la materia que pedía satisfacción á sus apetitos desordenados, acabó al fin por llevar á Claudio donde ella quería. Desde que era empleado no había faltado un día á su oficina; pero llegó uno en que salió de su casa *mas* temprano que de costumbre, luchando siempre con aquel demonio interior que turbaba sus horas desde la noche pasada en el Belvedere, es decir, desde tres meses ántes. Tres meses de martirio horrendo en que se vió obligado á vencerse á si mismo y á disimular sus preocupaciones delante de Wanda. Pero había luchado demasiado ya con su destino, y aquel día no pudo *mas*: besó como siempre á su esposa, besó á su hijo y salió á la calle; al salir, aun se creía con fuerzas para el combate, y como otros días se dirigió á su oficina, corriendo apresurado, creyendo tal vez

que al llegar, el trabajo y las distracciones propias de su empleo le harían olvidar una vez más aquella mujer fatídica cuyo recuerdo le seguía con insistencia, porfiadamente. Pero apenas estuvo en la puerta se detuvo, pareció detenido involuntariamente, se volvió y corrió, corrió hasta encontrarse en la Calle Europa frente al núm. 34..... Allí se paró; quien le hubiera seguido desde que salió de su casa le creyera indudablemente ó loco ó perseguido. La calle estaba sola, era la hora de la siesta, el sol estaba cubierto, el día era nublado. Allí estuvo media hora parado, mirando el núm. 34..... El Vigilante de la esquina, creyéndole algún deudor de la justicia empezó á observarle. Claudio no veía á nadie, ni pensaba siquiera donde se encontraba: sus ojos estaban clavados en la puerta de la casa de Nineta, y su pensamiento no funcionaba. Hay momentos en que la cabeza se aturde, en que la multitud de ideas que se agolpan, que se atropellan unas á otras como disputándose el predominio de las facultades, acaban por dejar á estas embotadas, paralizadas, como si el cerebro se secara instantáneamente y el pensamiento detuviera su curso. Así estaba Claudio: en un segundo, en ménos de un segundo pensó en Wanda, en su hijo, en su difunta madre, en Dios, en su pasado y en su porvenir: después no pensó ya en nada, y se quedó mirando. Alguien salió de la casa de Nineta; era Alfredo, Clau-

dio le miró hasta que se perdió de vista, y y despues volvió los ojos y quedó absorto, estático, embelesado mirando no ya á la puerta sinó á la ventana de Nineta. Una de las cortinas estaba levantada, no del todo pero lo suficiente para dejar ver el interior de la pieza á las miradas ávidas de Claudio. Sin duda Nineta se levantaba de la siesta; al través de los cristales se la véia, estaba delante del espejo haciéndose la toilette. Claudio véia directamente sus espaldas y sus brazos desnudos, cubierta solo como estaba por su blanca camisa de dormir, y en el espejo Claudio veía el rostro interesante y bello de aquella mujer que deseaba. Con un movimiento de cabeza estremadamente gracioso Nineta hizo caer destrenzada su negra cabellera que le cubrió las espaldas, y empezó á peinarse. Levantaba su mano derecha encorvando el brazo para pasarse el peine y aquel brazo se redondeaba entónces formando en el codo un pequeño hoyuelo que parecía hecho para ser el nido de un beso de amor. Claudio cerró los puños, sus nervios se tendian y dilataba sus fosas nasales como si quisiera absorber por ellas todo el olor de mujer que Nineta parecía despedir desde su alcoba. Nineta acabó de peinarse, se echó polvos y ántes de dejar el espejo para ir á vestirse hizo sus gracias, se abrazó ella misma como si deseosa de amor solo ella pudiese amarse, y acercándose al espejo besó su imágen. Al inclinarse, Claudio pudo ver el nacimiento de

sus caderas salientes, abrió la boca como si se ahogara: sus labios estaban secos, calientes, y su respiración era fatigosa. Sin que Claudio lo notara, absorvido como estaba en la contemplación de aquella mujer, álguien había entrado al cuarto; no era Alfredo. Claudio le vió cuando llegó al lado de Nineta y le besó los hombros, riéndose ella; — él también hizo como si besara algo, y besó el aire, y en seguida sacó su pañuelo y se secó el sudor que bañaba su frente. Sus puños estaban siempre cerrados, su rostro era extraño en aquel momento, parecía un epiléptico atacado.

La ventana se cerró; Claudio no veía ya nada, pero se quedó en el mismo sitio, esperando tal vez á que volviese á abrirse ó mirando quizás al través de las paredes. Así hubiese estado todo el día. Bajó varias veces el cordon de la vereda, como si se hubiese resuelto á entrar él también al cuarto de enfrente, pero se detuvo. El vigilante de la esquina le miraba siempre.

De repente Claudio sufrió una embestida que le arrojó al medio de la calle, al mismo tiempo que oyó una carcajada burlesca: eran dos pilluelos que se venian corriendo disputándose unos cobres y que al doblar la esquina se lo llevaron por delante y se rieron, Aquello sacó á Claudio de su estupor; miró á su alrededor como ignorando donde se hallaba,

miró de nuevo el núm. 34.... y exclamó sollozando:

— Oh!

Después se alejó de aquel sitio. Había permanecido más de tres horas allí parado; eran como las cinco cuando tomó el camino de su casa. La lluvia le alcanzó momentos antes de llegar; cuando entró estaba todo mojado.

— Por Dios Claudio, te espones de esta manera.....múdate pronto, que estás todo mojado; — pero qué tienes, estás agitado....

— Es nada, Wanda; me sorprendió el agua y hé corrido mucho: esto me ha fatigado.

— Porqué no te quedaste donde estabas hasta que acabara de llover? Eres siempre el mismo; parece que temieras por nosotros: no sabes tu que el nene está seguro conmigo también?

Aquellas palabras de Wanda le llegaron al alma; si ella hubiera sabido de donde venía su esposo, en vez de reñirle por que se esponía á enfermarse para ver pronto á su hijo, hubiera indudablemente llorado al ver como perdía sus horas. Pero ella lo ignoraba todo, ni siquiera sospechaba de donde venía su Claudio: la providencia sin duda quería premiar sus virtudes y recompensar su amor haciéndole ignorar la desgracia que se cernía sobre su frente.

Claudio tomó en sus brazos á su hijo: el pequeño empezó á meter sus manos en los bolsillos del padre, pero aquel día Claudio se

había olvidado el cartucho de bombones. Este olvido hizo llorar al hijo y también á la madre.

— Oh! Claudio, olvidarte así de tu hijo, le decía Wanda; — en qué has pensado, pues?

— La lluvia me distrajo en el camino, era todo lo que contestaba Claudio, titubeando, mientras sentía el remordimiento de su culpa.

— Has hecho mal, muy mal Claudio; y Wanda tomó en sus brazos á su hijo y se alejó con él, llorando los dos.

Al ver Claudio que se alejaban su esposa y su hijo, que le dejaban solo, sintió algo como un frío interior que le helaba el corazón; aquello era simplemente un enojo fingido de la madre y del hijo por la falta del cartucho: pero Claudio que pensaba en lo que hacía, que sabía porqué se había olvidado hasta de su hijo, quería ver en aquello la representación de lo que más tarde sucedería por su culpa, cuando en vez del cartucho se olvidase tal vez de que tenía una esposa que le adoraba y un hijo que era suyo.

— Wanda no te lloves al nene, tráemelo, le dijo con voz que le salía del alma.

— Tómalo, pues; pero nunca te olvides de él, aunque tengas que mojarlo, entiendes? En lo primero que debe pensar un padre es en su hijo; lo demás viene después.

Wanda, como siempre, era la voz de la inocencia que inspirada por Dios prevenía á su esposo en los momentos críticos en que

este era víctima de sus pasiones. Sin saber todo lo que sucedía, las palabras de Wanda, inocentes é ingénuas, dichas en completa ignorancia de las faltas de su esposo, eran para Claudio un reproche á sus acciones. Abrazó á su hijo, abrazó á su esposa y salió:

— Dónde vás, Claudio?

— Ya no llueve, vuelvo en el acto.

Cuando volvió, á los pocos minutos, traía un cartucho, un cartucho mas grande que todos los que ántes trajera. Aquellos bombones fueron el íris de paz en el cielo de su hogar; de nuevo estuviéron todos contentos y felices; pero tambien fueron aquellos los últimos cartuchos que Claudio diera á su hijo! ...

XVIII

Desde aquel día Claudio no volvió mas á su oficina; participó que se hallaba enfermo, y era tal su crédito que durante un mes no se le molestó para nada, esperando que se mejorase. A' fin de evitar que vinieran á preguntar por él sus compañeros, lo que indudablemente hubiera sucedido, les hizo entender que iba al campo á restablecerse. Wanda ignoraba esto tambien, como todo lo demas. Su esposo salia siempre á la misma hora, como cuando iba á la oficina, y volvía los primeros días al entrarse el Sol. Dónde iba? Donde había ido el primer día que faltó á su oficina y que olvidó los dulces para su hijo: iba á la calle Europa.

Al principio se paró delante del núm. 34... sin atreverse á entrar; despues entró. Nineta le vió llegar sin sorprendese, como sí le hubiera estado esperando. Cuando Claudio entró, ella se encontraba con Alfredo y otro visitante: así que le vió, exclamó riéndose:

— Oh! vuelves, entonces? Y tu mujer, y tus amigos, ya no te detienen, eh? Pues que no me me vengan á llorar despues, entiendes? Yo no te busco, yo no te llamo, yo no te necesito; tu vienes por que quieres venir.

Y agregó después, riéndose siempre:

—Caballeros, presento á Uds. á uno de mis ex-amantes, hombre cumplido, marido excelente y muy buen padre.

Claudio, atontado al encontrarse delante de Nineta, la dejaba hablar, sin oirla, mirándola: Se había sacado el sombrero, como si aquella casa y aquellas personas le inspiraran el mas grande respeto, y saludó, inclinándose ante ellos. Ellos se rieron también, le tomaron por un idiota; y en aquel momento no se equivocaban; Claudio estaba idiotizado.—Cuando Nineta le tomó la mano para presentarlo á los otros, él la estrechó fuertemente y no la soltaba.

—Déjame, pues, le dijo Nineta; —ó quieres quedarte con mis manos?

Claudio la soltó. Ella volvió á decirle:

—Siéntate, pues; pareces un zonzo; temes estar aquí? Qué quieres, no vienes á verme? Pues aquí me tienes, mírame bien, soy la misma Nineta?

Y tomó una de sus posturas predilectas, poniéndose de lado con las manos juntas sobre la nuca y mirando á Claudio por sobre el hombro, con ojos llenos de lascivía.

—Soy la misma?, volvió á repetir.

—Sí, la misma, dijo Claudio sentándose.

—Y no me pides nada, ní un beso siquiera?

—Dámelo, Nineta, por Dios!

—Oh! qué pobre hombre! Pues no sabes tu que yo no beso sinó al mío? Te fuiste, anda, pues, donde estabas, que te besen otras.—
Y Nineta besó á su Alfredo.

Era que la muger perdida, la muger sin alma se erguía en aquel momento vengándose del mundo. Durante el tiempo que Claudio estuvo alejado de ella, ella ni pensaba en él, poco se le importaba que se fuera, tenía muchos para elegir. Pero cuando le vió volver, cuando le halló delante de ella, entónces sintió la rábía que sienten las mugeres como ella al verse despreciadas, y se vengó.

—Nineta, decía Claudio,—acuérdate, tu me echaste, me dejaste en la calle, te fuiste con otro.....sí, te fuiste con otro.....

—Me fuí con otro, eh? Tambien me echas en cara que me fuí con otro? Y á ti que te importa? Tengo otro, sí, tengo muchos, entiendes? Á qué vuelves? Puedes irte cuando quieras.

—Oh! Nineta, no me eches otra vez, te lo ruego.

Alfredo y el otro se levantaron y salieron; Nineta quedó sola con Claudio. Había querido humillarlo primero delante de otras personas, y despues quiso quedar sola con él.

—Te has causado de tu muger, y vuelves ahora á pedirme que te llene de vicios, que

te llene de placeres, eh? Ah! vosotros sois siempre los mismos, quereis obtenernos á todo trance cuando se os antoja y nos dejais cuando os place dejarnos, y volveis despues como si fuerais nuestros dueños á exigirnos que os demos placer, que os hagamos gozar; y qué nos dais vosotros? Nada, un poco de oro, una paga como si fuéramos la mas víl de las mercancías.....Oh! véte cuando quieras, yo no te llamo.....

Claudio tenía el aspecto de un asesino á quien su víctima apostrofara desde el sepulcro: estaba pálido, lívido, cadavérico. Parecía que él hubiese sido la causa que arrojara á Nineta á la sima del sufrir. El era la víctima y él parecia el verdugo mortificado por su conciencia. Se prendió de los vestidos de Nineta.

—Oh! no me arrojes, no me maltrates, por Dios! Téame compasion, Nineta, no me insultes ni me hables de mi mujer, te lo ruego. Mira, yo vengo á ti como ántes, para ser tu siervo en lo que quieras, para llenar tus deseos en lo que me pidas. Oh! Nineta, por Dios, no me arrojes de tu lado.....

Y se arrastraba por el suelo, prendido de sus vestidos.

Nineta, viéndole de aquella manera envilecido á sus piés, sintió en sí la omnipotencia del vicio triunfante, y soltándose con un ademán brusco de las manos de Claudio, exclamó señalándole la puerta:

—Mira, te oiré otra vez, me dá lástima;

pero véte, ahora no puedo. Si quieres obtener algo de mí vete, no te lo hagas repetir, y vuelve luego.

Claudio obtenía una promesa; ya era mucho para él. Los hombres que pasan por todo lo que Claudio había pasado, ya no ponen obstáculos á nada: obedeció y salió.

—Pero me prometes, Nineta, recibirme luego.....?

—Sí, ven despues de las nueve.

Al salir se encontró Claudio con otro que entraba; comprendió que era echado por que aquel otro debía llegar, y así mismo se conformó. La puerta se cerró tras él, y quedó en la calle. Al principio permaneció parado, escuchando por la ventana los cuchicheos de Nineta con el que había entrado; oyó risas contenidas, oyó decir «no me pellizques así» y despues no oyó nada, y caminó, caminó á la ventura. Era la hora del crepúsculo; las sombras caían lentamente, envolviéndolo todo. Arriba lucía el cielo sus espléndidos luminares, y abajo el hombre remedaba ridículamente el espectáculo celeste encendiendo algunos picos de gas. Las vidrieras de las tiendas resplandecian de luz: Claudio se detuvo delante de una, como sí contemplase las muestras que contenía. Los transeuntes le codeaban y se reían al mirarlo allí con los ojos clavados en aquella vidriera que tan poca curiosidad despertaba en ellos. Pasaban á su lado las *pescadoras* sonriéndose, pero él no las veía. Las costureras, en

grupos de tres ó cuatro, llevaban sus átidos á las tiendas, y al pasar cerca de Claudio bajaban de la vereda. Es sabido que estas costureras no pueden ir en paz por la calle; son muchachitas tentadoras, que no pueden pasar delante de uno de esos tantos pollos que las esperan en las esquinas para decirles cosas que las ruborizan y las hacen reir al mismo tiempo,—y para pellizcarlas tambien cuando pasan á tiro; por eso bajan de la vereda cuando van á pasar cerca de alguno. Pero con Claudio se equivocaban: él estaba absorto en la contemplacion de aquella vidriera y no las veía pasar.

Las *pescadoras* por el contrario, ven á una persona parada en la acera ó en la esquina, y le pasan bien cerca, rozándole con sus carnes y sonriendo siempre, á ver si las siguen. Y pasan una, dos y tres veces. Con Claudio se equivocaban tambien: él no las veía pasar.

—Le bastará, pues, dijo una de ellas, con lo que está mirando,....

Y lo que Claudio miraba no era como para bastarle, seguramente. Estaba delante de una vidriera de modistas, donde se hallaba de muestra un corset bien prendido en un busto de madera que parecía reproducir las prominencias de Nineta. Aquello no le bastaba seguramente: pero en su estado de escitacion él contemplaba aquello, ponía el busto sobre las piernas de Nineta, encima le ponía la cabeza renegrida y poética de la napolitana y su ilu-

sion era completa: estaba contemplando en su esplendor, entre los reverberos de gas, á aquella muger que sus sentidos deseaban. Alguien le oyó hablar pasando á su lado: tal vez continuaba suplicando.

Se abrió por dentro la vidriera y aquel corset fué removido para sacar otras muestras. La muger ilusoria se deshizo: Nineta desapareció y Claudio siguió caminando. Entró en la Confitería de la esquina, se sentó y maquinalmente pidió algo. El mozo puso sobre la mesa una botella y un vaso, Claudio llenó el vaso y bebió. Volvió á pedir y el mozo trajo otra botella: era de agua. Claudio volvió á llenar el vaso y bebió otra vez.

—Mozo, gritó en seguida,—esto no, otra cosa.

Retiró el mozo la primer botella y trajo otra; Claudio bebió dos ó tres veces. La botella de agua estaba intacta. Pagó enseguida y se quedó sentado, con los codos sobre la mesa y la cabeza descansando en sus manos. El mozo retiró todo de sobre la mesa.

Al cabo de un rato Claudio se durmió: el mozo vino á sacudirle, diciéndole:

—Eh! señor, aquí no se duerme,—y le señaló la puerta.

Claudio no entendió lo que el mozo le decía; pero le vió señalar la puerta y salió. En vano pretendía caminar: sus piernas flaqueaban, no podía dar un paso.

El vigilante se le aproximó y viéndole de cerca comprendió que su estado era lamentable.

Le invitó á seguirle, y Claudio le siguió. Si álguien le hubiera puesto un revolver en las manos, indicándole que se disparara á las sienas, Claudio se hubiese disparado; era un estúpido en aquel momento; la bebida había completado la obra principiada por Nineta. Salió de casa de la napolitana ébrio de dolor, sintiéndose arder el cerebro, luchando en vano con su desgracia, y salió de la Confitería borracho de alcohol, del todo inconsciente. En aquel lamentable estado fuè conducido á la Comisaría próxima, y dió felizmente en manos de un Comisario diguísimo que hacía honor á su puesto y á quien ya conocemos nosotros por el nombre de Pedrito. Este le llevó á una pieza interior, donde nadie le viera; conoció desde el primer momento que era una persona no acostumbrada á hallarse de aquel modo, y le preguntó su domicilio. Claudio no le contestó, miróle simplemente con esa mirada inbécil de los ébrios, pero no habló. Pedrito empezó á registrarle, no le halló armas, y sí una tarjeta con el nombre y el domicilio de Claudio. Personalmente le condujo á él. Apénas se detuvo en el zaguán, este se abrió: Wanda esperaba inquieta y llorando á su esposo que tardaba. Al ver al Comisario lanzó un grito:

—Qué..... qué hay? gritó llorando.

—Nada, Señora; segun esta tarjeta, aquí es el domicilio de este señor; le traigo aquí porque no hubiese podido venir solo.

—Dios mio, gritó Wanda, Dios mio! Claudio,

que tienes?..... Ah! señor, decídmelo todo, por Dios....

—No es nada, señora, contestó Pedrito que comprendía todo; no es nada: este señor se hallaba con algunos amigos, bebió algo más de lo justo, y le ha hecho daño.

—Oh! vírgen santísima, exclamaba Wanda traspasada de dolor,— Oh! vos, señora de mí alma, dádme fuerzas en mi dolor!

Pedrito ayudó á Wanda y juntos llevaron á Claudio á la cama. Estaba esta en la misma pieza y al lado de la cuna del niño. Pedrito hizo beber á Claudio agua con algunas gotas de amoníaco y Wanda le hacía viento con una pantalla miéntras le llamaba al oído. Al fin Claudio oyó aquella vez doliente que le llamaba, reconoció á su esposa y se abrazaron los dos, llorando amargamente. Pedrito tambien derramó su lagrima al mirar á Wanda; esta le agradeció sus atenciones y él se fué.

—Señora, no se aflija Vd. eso es nada, le dijo Pedrito al despedirse tratando de consolarla.

Quedaron solos los esposos. En medio de su dolor aquella santa mujer ni una queja profirió siquiera delante de Claudio. Este, avergonzado y aturdido, no decía nada tampoco, se acostó y apenas se acostó se quedó dormido. Wanda pasó la noche llorando.

Al día siguiente cuando Claudio despertó, que era ya tarde, su esposa estaba á su lado. La primer mirada de Claudio en contró la mi-

rada de Wanda. Le tomó la mano, miró á todos lados, abrió bien los ojos, y dijo:

—Qué es esto, Wanda? Me siento el corazón oprimido, el cuerpo cansado, la cabeza aturdida, tu estas á mi lado, cuidándome acaso; ¿es que estoy enfermo? Ah! qué pesadilla horrible, Wanda! Que noche crúel hé pasado! y dónde está Claudito?

—Míralo aquí, junto á los dos, míralo levantado ya.

—Oh! alcánzame, Wanda; quiero besarlo mucho, muchísimo. Me parece que hace un siglo que no le veo.

—Tóma, bésalo mucho, bésalo mientras voy á traerte el té, no te levantes, lo tomarás en la cama.

—Pero entonces yo no estoy bien, qué tengo, Wanda? Dímelo, yo no me acuerdo de nada. Me parece que despierto de un sueño profundo, me parece haber dormido un siglo; tengo aquí, en la cabeza, un monton de recuerdos que se atropellan y no me dejan distinguir claro; siento aquí, en el corazón, un dolor agudo, quisiera llorar y no puedo.... Oh! Wanda, dímelo todo.

Wanda no quería aumentar el dolor de su esposo; fingió, diciéndole:

—Claudio, serénate; tu has soñado mucho anoche, has hablado solo, has suplicado, has llorado y al fin te dormiste. Has sido víctima de una horrible pesadilla....

—Pero me parece recordar, así, vagamente,

que estuve con alguien aquí, anoche....

—Sueño, Claudio, nada mas.

—Díme, yo vine solo á casa?

—Solo, pues, como siempre.

—Y vine á la misma hora?

—A la misma hora.

—Pero es imposible: ó estoy soñando todavía, ó yo no sé.....

En realidad Claudio no se acordaba bien de la noche pasada; lo único que sabia claro era que habiá estado con Nineta, que esta le habiá dado cita para aquella noche y nada más. Sintiendo vergüenza de oirse decir todo por su esposa fingió creerle lo que ella le decía y no le habló más al respecto. Pero dudaba, y esta duda le mortificaba más; temía que Wanda supiese todo, y Wanda ni sospechaba siquiera: solo que un secreto aviso del corazon la teniá triste, inquieta.

A la tarde salió Claudio en compañía de Wanda y de su hijo. Llegada la noche, cuando eran próximamente las nueve, Claudio volvió á salir.

—Vuelve pronto, le dijo á Wanda.

—En el acto, contestó Claudio, y se fué

Wanda abrazó á su hijo; se fué con él á un rincón de su dormitorio y allí dió libertad á sus lágrimas. El hijo la miraba con ojos tristes.

—Oh! mí Claudito, pídele á la vírgen que cuide á tu padre....

Y juntó las manos del niño haciéndole arrodillar ante una imágen.

A veces la Providencia es sorda para los niños tambien... ¡Misterio de su sabiduria infinita!

XIX

Claudio salió de su casa. Iba cavilando, juntando los hilos dispersos y enredados de aquella madeja de recuerdos que llevaba en la cabeza, iba poco á poco viendo claro en aquel torbellino de cosas que le aturdió, cuando se encontró de súbito frente al N. 34.... Allí dejó de pensar en lo demás para pensar en Nineta. Eran las nueve, la hora á que ella le había dado cita la noche anterior. Claudio entró; Nineta estaba sola, sentada en uno de sus sillones blandos, con los piés en otro y las espaldas recostadas en la orilla de su lecho. Más bien que sentada podría decirse que estaba acostada; era una actitud de descanso, de ócio, de voluptuosidad. Recordaba en aquella postura las figuras que representan las ociosas odhaliscas del harem, solas en sus cámaras perfumadas, contemplándose enamoradas sus esbelteces y sus gracias.

La lámpara encendida, cubierta con una pantalla de color rosa, le iluminaba el rostro con su fulgor rosado. Estaba sola, completamente

sola, y las mujeres como Nineta sufren en la soledad; por eso ella tenía su semblante triste, revelando que se había quedado en aquella actitud pensando tal vez en su pasado lleno de vergüenzas y en su porvenir lleno de sombras y dolores.

No hay una sola de estas mujeres que no se detenga un instante en su camino de perdición para lanzar una mirada hácia atrás y otra hácia adelante;—y creemos no equivocarnos al pensar que en ese momento esas mujeres se redimen, por un instante nada más; despues el vértigo las arrastra, y ellas van, como la arista, á merced de los vientos que soplen.

En el instante psicológico en que se detienen á reflexionar, no hay dolor comparable al dolor que ellas sufren. Miran hácia atrás, y ven perdido en brumosa lontananza un hogar tranquilo donde ellas pasaban sus horas al lado de una madre cariñosa y de unos hermanos queridos que aun la lloran y que aun esconden su vergüenza en el fondo de aquel hogar; recuerdan su infancia, recuerdan su adolescencia, la hora aquella tan llena de misterios y de esperanzas, en que se vieron mujeres y oyeron embelesadas deleitar su oído con la música suave del amor,..... de un amor que era mentido y que las arrojó al abismo.—Miran hácia adelante; solo ven en el fondo oscuro de la Sala de un hospital, un lecho humilde que las espera para morir, y no hay más perspectivas para ellas. Un pasado doloroso y lleno de vergüenzas y un porvenir que es de

muerte. Entonces es cuando lloran y cuando se esfuerzan por volver atrás.... Imposible! El mismo pasado las empuja, y ellas van, van como la arista, á merced de los vientos que soplen.

Cuando Claudio entró, Nineta estaba en este momento único de su vida, que ántes no lo había pasado y que ya no volvería más;—por eso estaba tierna, afable, cariñosa; por eso pareció á Claudio una visión nueva que se le presentaba intrigándole más todavía de lo que le intrigaban los pocos recuerdos que distinguía de la noche pasada.

— Ah! Claudio, vuelves al fin? Anoche me engañaste, no volviste; te enojaste acaso? Ah! yo fuí un poco cruel contigo, perdóname...

— Nineta, al fin me amas otra vez?... Pero tú tambien me hablas de anoche? Dime, pues, qué fué, qué hice, qué sucedió anoche.....

— Solo te diré esto, aunque no me lo creas; á nosotras no se nos puede creer nada, siempre mentimos, aun cuando decimos la verdad; pero mira, Claudio, yo te lo juro, anoche no podía, de ningun modo; mira, no me pertenecía, tú sabes..... pero ahora, ahora seré solo tuya. Tú me amas Claudio?

— Ah! si te amo, Nineta? No me has visto arrastrarme á tus piés, implorando algo por mi amor.

— Sí, pero tu no puedes ser mío, tu tienes una esposa, yo se que te ama.....

— No me hagas sufrir, Nineta; háblame de

otras cosas; ámame y verás que todos seremos dichosos.

— Ah! yo lo quisiera, pero dime, no quedaste enojado anoche, me perdonas?

— Otra vez?... dime, pues, qué hice anoche, estuve aquí, contigo?

— Y no te acuerdas? Viniste de tarde, yo no te pude recibir, estaba mal humorada, te dije que vinieras á las nueve, te acuerdas ahora?.....

— Pero me pides que te perdone.....

— Sí, que me perdones; yo no te quise arrojar de mi lado, es que no podía.....

— Y eso es todo? Oh! Nineta, ven, bésame, hace tanto tiempo que no consigo tus besos.....

Y Nineta le besó con cariño, con ternura; eran besos de amor los de aquella prostituta; eran besos apasionados, inocentes, puros, y salían de su boca que nunca había pronunciado una frase de amor, que no había dado nunca un beso sin que ántes hubiera recibido Nineta el precio estipulado! Era que entonces Nineta se sublimizaba, era que su alma, su alma de muger alestargada por los vicios despertaba de su letargo, y el amor, el amor que todo lo engrandece y dignifica, dignificaba también á aquella indignidad repugnante. Oh! si esta pobres mugeres supieran aprovechar estos momentos transitorios y fugaces en que vuelven á ser mugeres, como gozarian arrepentidas de sus días viciosos siguiendo el camino del bien! Pero ellas solas no pueden y el mundo no las ayuda. Cuando ha-

blan de virtud, de bien, de arrepentimiento, no se les crée; siempre mienten, y es razonable creer que entonces mienten tambien. Y al verse así, despreciadas hasta en su desgracia, odiadas en su vicio, insultadas en su dolor, no pueden mas y se dejan ir. Son mugeres que hablan siempre á la materia: cuando hablan al alma, es la materia quien las oye y el alma no las entiende. Así le paso á Nineta: es cierto que Claudio la seguía ciego, enloquecido, estúpido; es cierto que sí ella le hubiera pedid el mas grande de los sacrificios por obtenerla. él lo hubiera hecho. Pero, era acaso que el alma de Claudio le pedia aquello, era acaso el amor, el verdadero amor que sublimiza el que le arrasaba hasta Nineta? No: eran solo las exigencias de su carne, el vértigo de las pasiones que lo envolvía; eran sus apetitos, sus nérvios, su cuerpo físico, nada mas. El alma de Claudio, su ser moral no entraba en escena sinó como víctima, cuando reflexionaba: despues quedaba solo su carne, dominándole, exigiéndole, imponiéndole.

Nineta se enterneció aquella noche; sentada al lado de Claudio ella sola hablaba, haciendo mil proyectos para el porvenir.

— Mira, le decia, yo seré en adelante lo opuesto de lo que hé sido hasta hoy, te lo juro. Nos retiraremos á un rincon solo, apartado, quieroirme léjos, perderme de este mundo de viciosos en que vivo, que no me vean más, que no les oiga nunca. Oh! Claudio, tu me

conocerás, yo soy buena, tengo corazón, sí, tengo corazón. Yo no te pediré sino tus momentos de ocio, no te exigiré nunca nada, tu dirás lo que deba hacer, te irás con tu mujer, gozarás en tu hogar!...ah! yo no tendré nunca un hogar! Pero que no me falte á veces sino tu amor tu compasión al ménos, Claudio... Oh! sí pudieras sentir cuanto yo sufro!

Y Nineta lloró; era una crisis de amor que atravesaba. Lloró y aquel llanto la dejó aliviada.

Después de un rato, Nineta estaba sonriente: se acercó al espejo, se miró, y se arregló los cabellos que le caían sobre la frente. Claudio la miraba embelezado. Entró Alfredo.

— Oh! mi buen querido, le dijo Nineta,— es que tu no puedes estar un momento lejos de mí? Véte, pues, déjame sola.

— Sí, que se vaya, esta noche quiero gozarla contigo Claudio. Pero es que me vuelvo tonta yo también? Hé llorado, Claudio? Oh! que necesidad, por Dios! Ponerme á llorar, porqué? Yo no sufro, no padezco; si otros padecen, á mí que me importa? Yo quiero gozar, sí, quiero gozar, ven, Claudio, ven, tu me haces feliz.....

Y se abrazó de Claudio y le besó con furia. Volvía á ser lo que podía, mujer de carne uada mas; habia tenido un momento de fluctuación, un momento extraño en su vida, pero aquel momento ya era pasado; la realidad de las cosas que la rodeaban la hacian ser la mujer de siempre, la misma Nineta de otros días. Solo le

quedaba de su momento lúcido una especie de cariño, más bien que cariño un deseo ardiente de gozar con Claudio. Todo estaba muerto en ella, todo había concluido: no tenía sentimiento, no tenía afecciones, no podía gozar de su espíritu; pero algo vivía en ella, algo se erguía en aquel momento haciéndole experimentar como fiebre de deseos, como sed ardiente de placeres: era su materia. Y ella gozó. Claudio estaba allí, en aquel momento soberanamente hermoso á los ojos de Nineta, y ella, en el desorden de sus lúbricos deseos, con sus ropas desprendidas, sus ojos vivos y apasionados, su negra cabellera caprichosamente suelta, era la imagen de la tentación, el extra del sensualismo brindándole á los ojos de Claudio.

La alcoba, al resplandor rosado de la lámpara recordaba la alcoba oriental de una sultana favorita : aquel ambiente cálido y oloroso excitaba; el lecho de Nineta, aquel lecho blando, con cortinados de cielo, parecía quejoso de su abandono...

Ellos se besaron nuevamente y Cupido sonrió con malicia entre las cortinas celestes del lecho de Nineta... Era el éxtasis de los sentidos.....

.....
.....

A las once salió Claudio : Nineta le acompañó hasta la puerta. Cuando entró á su casa, Wanda estaba junto á la cuna de su hijo, mirándolo afanosa. Aquel niño era el dueño de sus pensamientos en aquel momento, tanto más

desde que vió á Claudio de vuelta. Por eso no le preguntó siquiera de donde venía, ni porqué había olvidado traer el cartucho para su hijo. Solo le dijo, mirándole con ojos de inmenso dolor :

— Ah ! Claudio, qué desgracia la nuestra ; mira, Claudito no duerme y llora ,

Claudio se acercó á la cuna silencioso. El niño estaba rosado más que de costumbre ; un ligero sudor le bañaba la frente, los ojos los tenía lacrimosos y la respiracion cálida. La poca fiebre que tenia no era nada, un leve resfrio segun manifestó el médico, aconsejando que no se mojara ni le dejaran espuesto al aire frío de la noche.

Ellos se conformaron : el pequeño Claudio pareció estar bien. Wanda rogaba á Dios por su hijo, sin embargo : su corazon de madre la inquietaba con sus temores.

XX

En la calle Bolívar se hallaba reunida la colonia estudiantil. Allí nos encontrábamos con Cárlos, á quien yo no veía desde algun tiempo atrás en que hicimos nuestra última visita á Wanda y Claudio.

La colonia parecía convocada á celebrar aquella noche algun fausto acontecimiento, tal era el contento que se mostraba en todos los semblantes. Ciertó que aquellos buenos muchachos nunca estaban tristes, ó por lo meos no dejaban nunca traslucir sus tristezas, que el mundo no estaba para ellos sembrado de flores y quién sabe si por el contrario no hallaban á cada paso una espina en su camino. Eran estudiantes, estudiantes inteligentes y pobres, las dos condiciones necesarias y suficientes, como se dice en matemáticas, para amargar todas las horas. Se sentian capaces de todo, habia en ellos gérmenes de grandes cosas para el futuro pero tenian que vivir luchando con la miseria casi para poder seguir sus estudios, realizar sus

aspiraciones, desarrollar sus facultades y saber algo. ¡Cuántas veces se sentían impotentes ya para seguir y cuántas veces se habían levantado de su postracion vigorizados por sus bellas esperanzas! Solo uno de entre ellos no había tenido jamás un momento de desfallecimiento: era el Rengo, el rengo Andrés, el más pobre de todos ellos y el mas conforme tambien. Este buen muchacho había mostrado sus condiciones desde sus principios en el Colegio Nacional; era una inteligencia nada vulgar y un buen corazon. Tomaba las cosas como venian, de punta ó de costado, y se reía siempre que le era posible. No le faltaba audacia. En un exámen de preparatorios, para probar á sus compañeros la tésis que él sostenía siempre, de que los estudios que hacemos en nuestros Colegios no valen nada por el mal plan y malos profesores,—tésis no equivocada quizás,—se propuso sacar 10 puntos, el máximo de clasificacion diciendo barbaridades y los sacó, y dijo cosas como estas:

En química:—«Sres examinadores:—la química es la ciencia de las transformaciones y de la verdad; no hay mas filosofía que la filosofía de las probetas y los alambiques. El carbon, ¿qué es el carbon? Es la quinta esencia del sér supremo. Y el oxígeno? El oxígeno es la vida, es el hálito de otros mundos vivificando al mundo en que vivimos, *et non pluribus ultra* ».

En historia:—«Señores: ruedan los siglos al abismo del tiempo, y qué? La edad media no

es acaso el sarcófago de la civilización? Y permitidme una digresión, señores: si Cristo no hubiera nacido tampoco habría muerto. El Parlamento inglés puede cambiarlo todo, hacerlo todo, menos los sexos. Y la historia, señores prueba esto: el Norte es el punto diametralmente opuesto al Sud, y Galileo tenía razón: *e pur, si muove* ».

Cuando le tocó á Andrés hablar de historia de América, habló muy ligero porque temía que la Comisión examinadora lo detuviera, pero no fué así y dijo:

— «Vinc, Colon, señores, aquel génio de los mundos, sin que nadie le llamara, y entró como Pedro por su casa, á estos vastos dominios. Conquistó un mundo, y con qué derecho, señores? Quién le autorizaba á venir á turbar la paz de los felices moradores de esta vírgen América? Y Solís, señores; oh! si no se le hubiera antojado churrasquear en rancho ajeno, el gran Basco de Gama no habría renunciado la Intendencia Municipal de la Colonia del Sacramento, puesto que desempeñó con tanta competencia que mereció los honores de ser reelecto por el Poder Ejecutivo ».

La Comisión Examinadora abrió la boca, Andrés sacó sus 10 puntos, y al salir decía á los compañeros:

— Ahí tienen vds. á lo que se reduce un exámen en estas tierras; *macaneo* en grande y todo está hecho.

Andrés conservó siempre su buen humor: la

colonia estudiantil le debía sus buenos ratos. Pasabau á veces largos dias sin que aquella casa encerrara un centavo en moneda, y está demás decir que aquellos buenos muchachos no tenían crédito abierto en ninguna parte. Todos se desesperaban, quien por no poder fumar un cigarrillo, quien por verse privado de ir un momento al café ó por no poder seguir una *conquista segura* á causa de no tener ni cinco centavos para comprarle un ramito de flores. Era entonces que el Rengo se esforzaba en alegrar aquellos momentos tristes, despues de haber agotado su ingenio en buscar medios para poder vencer los inconvenientes. Cuando ya no había mas remedio, echaba discursos.

« Hé, ahí, señores míos, les decía, hé ahí á donde nos ha traído el progreso de los siglos ; hemos llegado á esta conclusion final : la instruccion es la vida de los pueblos y del individuo. Y bien, señores! Nosotros queremos instruirnos, queremos ser hombres, y porque esta gran aspiracion nos hace pasar algunos momentos terribles, resulta que á dos por tres nos *abata-tamos*. Quisiera tener la elocuencia de Mirabeau, señores, para deciros en estos momentos altamente solemnes, (pues no tenemos un centimo y nada hay tan solemne como la pobreza), — pero deciros, señores, parodiando la arenga del gran tribuno á la asamblea constituyente : — En medio de todas estas maldiciones que lanzais á la fortuna porque nuestros bolsillos están como las arcas de un estado republicano,

vacíos completamente, mientras en ellas la bolsa de los que gobiernan y administran;—en medio de vuestras agitaciones inútiles, de vuestras tentativas estériles para encontrar el Vellocino de oro, permitidme, señores, permitidme un momento para deciros cuatro palabras:—Yo oigo á mas de uno de vosotros quejarse amargamente porque no posee ni 10 centavos; oigo á mi alrededor el grito de rabia con que apostrofais á vuestra mala suerte que os condena á estaros aquí, muy quietos, discutiendo á Quintiliano, estudiando á Hipócrates ó buscando la X escondida de la ecuacion de vuestro problema. Y bien, señores! No debemos pensar ya en nosotros, mañana no nos pertenecemos, la Pátria nos llama, nos necesita para revindicar sus derechos. La Revolucion arde ya, y vosotros porque no teneis dinero,—decídmelo señores,—por tan poca cosa en estos momentos históricos, aún os *abatatais?* »

Por este estilo eran sus alocuciones á los compañeros. En aquellos días eran los primeros principios de la Revolucion; el pueblo cansado ya, se resolvió á hacer uso del supremo derecho de revolucionarse contra los que le oprimian.

Aquella noche la reunion de la calle Bolivar tenía, pues, un objeto importante: prepararse á cumplir con el supremo deber de tomar las armas. Iban á la revolucion. No se discutiría allí la legitimidad de este derecho: cuando se tiene patriotismo y se vive con esperanzas y

se quiere ser ciudadano con pátria y derechos no se discute si es lícito ir á la revolucion. Podrá el peor de los gobiernos ser mejor que la mejor de las revoluciones,—segun la expresion del mas grande y mas patriota de nuestros hombres de estado contemporáneos;—pero tambien es cierto que siempre es mejor la revolucion que el ilotismo: Por eso aquel grupo de jóvenes que habian nutrido su espíritu en las áulas de las Facultades, donde el éco de la verdad no es turbado por el éco de las confusiones y las mentiras; que habian formado su credo al calor de los buenos principios, estaban allí, reunidos por última vez quizás, para despedirse hasta que volvieran del campo de batalla, sí volvian. Y aunque en realidad las circunstancias eran mas bien tristes que alegres, sin embargo nuestros jóvenes se divertian en medio de todo. Es el patrimonio esclusivo de los estudiantes no perder nunca el buen humor. Se les verá graves y sérios y meditabundos en sus horas de estudio, silenciosos y callados como si vivieran fuera del mundo; pero una vez que aquellas horas pasan, que pueden dar espansion á sus deseos juveniles, ya no parecen los mismos.

Aquella reunion se abrió de la manera mas lúgubre y solemne: se dispuso que cada cual tomara un lápiz y un papel é hicieran su testamento, *por lo que potes contingere*, segun decia el Rengo.

Y todas aquellas piezas, hechas entre risas

y chacotas á pesar de su importancia y seriedad, eran mas ó ménos de este tenor:

—«Yo, Andrés el Rengo segun se le antojó bautizarme á un compañero de estudios á quien yo le puse de sobre nombre *el porrudo*,—estudiante de medicina y de muchas otras cosas que no entran en el plan de estudios de las Facultades,—hallándome en *artículo mortis*, pues voy á salir en busca de las balas, dispongo para despues de mi muerte, si muero:

1°—No se pague el alquiler vencido de nuestra casa, ni ménos los que se vencieren en adelante, por la sencilla razon de que la dueña de casa es una perra judía que nos ha tratado como á negros sin querer facilitarnos ni un cobre en épocas argustiosísimas porque hemos pasado.

2°—Al alinacenero de la esquina, que es un gringo tuerto y picado de viruelas, se le obligará á pagar una misa de cabo de año en sufragio de mi alma, que está en pecado mortal por causa de sus exigencias usurarias.

Item.—Á mi lavandera se le dará posesion legal de la ropa que tiene en su poder haciéndole entender que este donativo es por cancelacion de cuenta,—y se le daran las gracias en mi nombre á ella y á su hijita, por los servicios prestados.

Item más.—Á mi fondero, el dueño del comedero que conocemos todos con el nombre de «Fonda del Sopapo» se le obligará á comer durante un mes todo sus tripotages y su bódrios,

para que reviente,—y la cuenta que le debo que se la cobre á su abuela.

É item más.—Los libros que dejo en el cajon de mi escritorio dispongo que vuelvan á poder de sus dueños, que son: los tres encuadernados de la Biblioteca Popular, de donde los eustraje obligado á ello por la necesidad de estudiar, lo que no es pecado, seguramente; y los que estan sin encuadernar tienen el nombre del dueño respectivo, á quien se le entregará cada uno dándole las gracias

3°—Á mi novia, que vive en cualquier parte, tiene quince años y es bastante bonita y muy amable, se le dirá por mi órden que ame á otro, ó más bien, que haga creer á otro en su amor, y que yo me hé muerto;—prohibiéndole terminantemente que lllore por mi; ni aun despues de muerto quiero lágrimas de mujer.

Item.—Tal vez se presenten muchos acreedores míos, no será esto difícil; pero se les dirá que yo hé dado por chanceladas todas mis cuentas yendo á luchar por el bien de todos.

Item.—Y dejo un sobretodo de color indefinido, que me lo hizo un sastre ya muerto, por lo que omito decir si lo pagué ó no. Este sobretodo es una prenda de gran valor, con más campañas meritorias que las que Napoleon hiciera, pues sus enormes bolsillos han escondido más de una vez botellas, tazas, cucharas, tenedores, pan, yerba, azúcar, en fin, toda clase de enseres, comestibles y bebidas. Hasta hubo la intencion de esconder en ellos al Arzo-

Cuando la tarde ya iba muriendo
Pipo llegaba, bello y sonriendo,
 junto al corral,
y ella, jugando con sus polluelos
ya le aguardaba, sintiendo celos
por la tardanza de su zagal.

El la decía:—junto á las flores,
allá, do cantan los ruiseñores,
 mi choza haré;—
y de mis vacas la leche pura
y de mi huerta fruta madura
por las mañanas yc te traeré.

Ella, dichosa,—sus ojos bellos
lanzando puros, vivos destellos
 de su pasión,
le respondía con tierno acento:
—Para mirarte siempre contento
por tí á la vírgen haré oracion.

Paseando un dia por la aldehuela
gallardo mozo de la ciudad,
miró á Bettina juntando flores
y ansió ser dueño de su beldad.

—Bella aldeanita,—díjola el mozo,—
sí correspondes á mí querer,
sí me haces dueño de tus encantos
esclavo tuyo solo he de ser.

Verás tu cuerpo lleno de adornos,
de ricas joyas te hé de cubrir;
deja los campos, bella aldeanita,
connigo al pueblo vénte á vivir.

Y respondióle la tierna aldeana
fresca y rosada cual la mañana
 primaveral:—

—Mas que tus joyas y tus adornos
quiero en sus brazos amor gozar;
quiero mi Pipo,—y el aire puro
de mi aldehuela quiero aspirar.

Las que prefieren estos encantos
que excluyen farsa formando hogar,
en estos tiempos son tan escasas
que por *mascotas* pueden pasar.

Muy bien y muy cierto; escasísimos son en estos tiempos los corazones que alentaban en Julieta, en la María de Ysaacs ó en la rubia Margaríta;—hoy ya no se hace el amor entre las flores y á luz de luna, ya no se vive en un beso ní se sueña con un rizo de la muger amada: el amor del dia es objeto de comision, como todo. El progreso nos ha dado hasta Agencia de matrimonios, y los diaros registran avisos como este: “—Soy jóven y bonita y deseo casarme; mí fortuna es de 20,000 \$. Dirijirse los interesados á esta Imprenta bajo los iniciales Z. R. Es escusado presentarse sí no se prueba poseer por lo ménos otro tanto de lo que yo poseo.”

—Pero hay escepciones, muchas escepciones dijo Cárlos que tenía una novia muy amante.

—Oh! es indudable; pobres de nosotros si no tuviéramos siquiera el consuelo de hallar una alma que nos ame de veras!...

—Bueno, bueno, dejemos el amor para otra oportunidad y no discutamos sobre mujeres porque es mas fácil ponerse de acuerdo en

cuanto á la Santísima Trinidad que llegar á entendernos en cuanto á mujeres. A ver, Rengo, unas coplitas de ocasión, que no se presten á discusiones, que digan verdades mas grandes que la Catedral. Vamos á ver.

— Perfectamente, oigan vds.

Política, señores,
es hoy milonga
que no haya milonguero
que la componga.
Todo es bochinche,
Pcrquerías y enjuagues,
y otros *deslices*.
Cielo y cielito,
y el pueblo soberano
no vale un pito.

— Esto no admite dos pareceres. Bravísimo.
El Rengo siguió cantando:

Los puestos los ocupan
las nulidades,
que solo hacen,—si algo hacen,—
barbaridades.
El mas pollino
si no vá á presidente
llega á ministro.
Cielito y cielo,
y el que así no lo quiera....
que tome el vuelo!

La leyes,—y ahora es cierto,—
son como embudos:
la parte ancha la ocupan
les cupetudos,
y lo angostito

es para les de abajo,
para los chicos.
Cielo y cielito,
la igualdad que anhelamos
es solo un mito.—

Pero el pueblo, Señores,
siente vergüenza
de verse así ultrajado,
y aunque le venza,
al que le usurpa
vá á pedirle derechos
ó á buscar tumba.
Cielito y cielo,
entre pueblo y gobierno
vá á haber un duelo.

Veran los que le insultan
que no es lacayo
el pueblo soberano
que surgió en Mayo,
y que aun conserva
la sangre del patriota
dentro sus venas.
Cielito y cielo,
de las pátrias venturas
rásguese el velo;
Cielo y cielito
que el poder contra el pueblo
no vale un pito!—

—Ní medio pito siquiera, como lo hemos probado muchas veces, y como la probaremos una vez mas, dentro de pocos días.

—Sí podemos, querídos amigos míos, que muchas veces es imposible demostrar la mas clara de las verdades.—

Siguió aquella reunion animada y alegre;

era la última noche que se reunían. Al día siguiente irían á tomar sus puestos correspondientes: los sucesos se precipitaban.

Como á las doce salieron á terminar la despedida del modo que deseaban; no necesitamos seguirles para saber donde fueron.

Cárlos fué el primero en retirarse, á eso de las dos de la mañana; el compañerismo le obligó á seguirlos hasta aquella hora, en que los abrazó y se fué. Al otro día se despedía de su novia y se iba al cuartel, á unirse otra vez con los compañeros de la noche ántes, que le esperaban.

Habian cambiado los libros por la espada; pero se encontraban juntos, y Cárlos aunque no era estudiante, estaba bien con ellos.

XXI

1880!.... Dejemos á la historia que juzgue á los actores de este drama sangriento, que pronuncie su fallo inapelable sobre los hombres que fueron causa de esta jornada triste, y limitémosnos aquí á narrar de esa fecha los acontecimientos ligados á la historia de nuestros personajes.

Era en Mayo,—el mes de las glorias de natura y el mes de las glorias de la Pátria. En el amplio y dilatado horizonte de Buenos Aires un sol brillante, el mismo sol de 1810 y el mismo sol que irradia entre las fajas del glorioso pabellon del Ande iluminaba todo con fulgores esplendentes. Parecía que en aquel mes de tantos recuerdos que consuelan, el cielo quería mostrarse siempre espléndido y risueño para acompañar con sus alegrías las alegrías de la Pátria.....pero la Pátria estaba triste. Madre cariñosa, veía á sus hijos enconados y prontos á desgarrarse con la saña cruel de crueles enemigos; se oía por todas partes el ruido

sordo precursor de las grandes catástrofes, ese ruido vago y amenazador que se siente de súbito, como si fuera el rugido del mal en acecho de su víctima. Cada corazón argentino sentía en aquellos días aciagos la mortal angustia del que espera solo que las horas pasen para que estalle la bomba preñada de muerte y de infortunio, sembrando infortunios y muerte á su alrededor. En vano el patriotismo se había esforzado para evitar á la Pátria lutos nuevos y nuevas vergüenzas; todo fué infructuoso. Nada hay que ciegue tanto como la venda de la ambicion; y era la ambicion la que actuaba, acallando con sus gritos los gritos del patriotismo.

Á nosotros, los contemporáneos, sólo nos es permitido luchar por la causa que creemos justa, llevando á la lucha el contingente de que disponemos; á la historia, á esas verdaderas tablas de la ley que se alzan magestuosas en la cumbre del Sinaí de los tiempos,—á ella solo corresponde fallar. Podemos, no obstante, señalar los hechos y sus autores.

En todo impone sus leyes la sábia naturaleza, y querer evadirlas es perderse; nada se hace completo si se hace apurado; las transiciones sucesivas, el gradual ascenso son condiciones de seguridad en el éxito final. La precipitacion escluye el razonamiento, la falta de razonamiento conduce al error, el error lleva irremisiblemente á la desgracia. 1880 fué una desgracia, y sus causas fueron la precipita-

ción de unos y la obcecación de otros. Los primeros iban apurados por llegar à la meta de su ambición, por alcanzar de un golpe lo que es resultado de una vida de labor incesante y de méritos reales, á los que saben los pueblos premiar siempre;—los otros, parapetados en sus convicciones sinceras de hacer bien, de cumplir como fieles los sagrados deberes que la Pátria impone, querian á todo trance evitar que aquellas ambiciones tempranas y atropelladas lograran sus fines. Nadie cejó, y una vez mas vió la Pátria á sus hijos frente á frente, abdicando de sus derechos para cederlos á las armas: ellas resolvieron la contienda por entonces. Los Corrales, Barracas y Puente Alsina mancharon unas páginas mas de nuestra historia. Guay! del que sienta sobre su conciencia el peso de aquellas victorias! Si es vencedor, verá el laurel de su triunfo teñido con la sangre de sus hermanos; si es vencido agregará al dolor de su derrota el dolor de los que lloran aun por las víctimas caídas.

Yban á la lucha todos: el amigo llevaba al amigo, el padre llevaba al hijo, el hermano iba con el hermano; en el fondo de los hogares las madres argentinas besaban á sus hijos con la efusion de los últimos besos, y contentiendo su dolor les decían; «Adios, hijos; id, la Pátria os llama!» Como las madres espartanas muchas vieron llegar á sus hijos exánimes sobre sus escudos. El sacrificio estuvo á la altura de la causa noble que lo motivaba:

sobre las verdes campiñas que circundan la ciudad, el Sol de Junio bañó los cadáveres de un núcleo de jóvenes que murieron luchando. En aquellos combates se encontraban entre otros algunos conocidos nuestros. Carlos, el joven tranquilo y mesurado, rindió su vida en Puente Alsina;—iban con él Diego, el Rengo y Angel. La noche anterior la habían pasado reunidos en torno á un fogon, recordando sus horas gratas, sus hogares queridos y tristes ahora. El Rengo conservaba siempre su espíritu jovial.

—Mañana,—les decía á sus compañeros la noche víspera del combate,—mañana entraremos en triunfo á nuestro querido Buenos Aires. Tú, Carlos, que tienes novia, iras á besar su mano que colocará sobre tu frente la corona que ahora teje pensando en ti.....nosotros, dueños del campo, haremos de las nuestras: te prometo, Ángel, hacerte besar mañana por esa pícara Arabella que no puede ni verte desde que la despreciaste por la rubia Fanny,—y á tí Diego, te haré hacer la vénia con Fatinitza.

Carlos escuchaba á sus amigos; pero, en realidad, su atención estaba léjos de aquel lugar; tenía el vago presentimiento de su destino y consagraba sus últimos pensamientos á los seres queridos de su alma. Al día siguiente murió; sus compañeros no le vieron caer: mientras él luchaba por un lado ellos luchaban por otro, y cayeron tambien. Solo el Rengo se salvó. Una ambulancia de la Cruz Roja recojió jun-

tos los cadáveres de Diego, de Angel y de Carlos; Andrés los encontró, rindió el último tributo á la memoria de sus compañeros, y cuidó de sus cuerpos hasta darles sepultura. Algunos meses ántes se abria á los ojos de aquellos jóvenes llenos de vida un magnífico porvenir, y aquel porvenir se trocó de pronto en una tumba.....

Andrés, siempre fuerte, decía despues:

—Murieron por la Pátria... eran sus hijos!

Claudio, entre tanto, seguia en la pendiente; días ántes de que se llegara al terreno de los hechos él se puso en salvo. Habian venido á buscarle de la oficina; él se negó á ir y fué destituido. En aquellos días el menor desliz hacía perder el empleo: bastaba que álguien indicara á otro como enemigo del Gobierno para ser destituido. Los antecedentes de Claudio, que jamás había querido prestarse á las maquinaciones é intrigas de los partidos, parecian ponerle á salvo de las contingencias de la lucha; pero fué obligado tambien á tomar las armas y trató de salvarse de cualquier modo.

Llegaron una mañana á casa de Claudio á intimarle que fuera al Cuartel; Wanda se deshizo en lágrimas, pero su llanto no impidió pue Claudio cumpliera la órden. Era el principio de la organización de la Defensa. Por una de esas misteriosas coincidencias del destino, el gefe de Claudio fué el Comisario Pedrito; le reconoció, y acordándose tal vez

de Wanda, le hizo algunas concesiones permitiéndole pasar las noches en su casa. Wanda estaba mas conforme; pero temía al sentir aproximarse la hora decisiva. Á pesar de que Claudio tuvo casi todas las noches libres, hasta que las tropas se acuartelaron, sin embargo hizo creer á Wanda que solo le permitían salir noche por medio. Y cuando no iba á su casa iba á casa de Nineta.

Desde los primeros días Wanda se desesperaba por encontrar un medio que salvara á Claudio de ir á la pelea. Una noche entró Claudio apurado: era á mediados de Mayo.

—Wanda, hé dado al fin con lo que tanto buscamos; tengo un refugio seguro, pero me veré privado de verte algunos días á ti y á nuestro hijo.

—Oh! gracias á Dios! No importa, Claudio, escóndete; Dios nos permitirá vernos despues. ¿Dónde irás?

Claudio titubeó un momento, sintió algo como una vergüenza interior, pero se repuso.

—Mira, dijo á su esposa;—somos tres, hemos encontrado una casita apartada, donde nadie nos verá; yo no sé por donde es, todavía; pero te escribiré, tu sabras de mí, y te conformaras con no verme, pues sabes que si fueras allí infundirías alguna sospecha.... Oh! Wanda, cuida mucho á nuestro hijo, hasta que vuelva yo.

—Ah! Dios mio! estar sin verte, y tener al nene enfermo....míralo hoy se ha levantado

triste, este resfrío no le deja en paz, tose mucho, qué haré si se empeora?

—Quieres otra mujer que te acompañe mientras yo falte?

—No, me basta con la sirvienta; además nuestra buena vecina me acompañará, yo le diré que se venga á estar conmigo hasta que vuelvas tú. Pero dime Claudio, estarás seguro?

—Ni sospecharan siquiera donde me oculto.

—Yo iré á verte allí, si tu no puedes venir....

Claudio volvió á sentir el remordimiento de su vergüenza, pero se repuso otra vez.

—No, Wanda, eso nos perdería; si te ven entrar maliciarán algo;— confórmate, resígnate á estar unos días sola, despues volveremos á estar siempre juntos, no nos separaremos mas..... Cuida entretanto á Claudito.

Y aquella noche la pasó Claudio en su hogar. En medio de todo, su alma era de Wanda y de su hijo. Pasó aquella noche sin dormir casi, mirando á su hijo y á su esposa inconsolable. Al día siguiente salió, á la hora de costumbre, como cuando iba al Cuartel. Wanda se arrodilló á los piés de una imágen así que salió de los brazos de su esposo, hizo arrodillar á Claudito, como otras veces, y oraron juntos.

Entre tanto, Claudio iba por la calle con un uniforme de riflero; al pasar era saludado por todos con muestras de cariño: era de la Defensa, recibía anticipadamente las felicita-

ciones del pueblo por el que iba á luchar. Se encontró con un compañero de cuartel:

—Ola, Claudio, sabes las nuevas que corren?

—Desde anoche que falto del Cuartel nada sé.

—Pues hombre, felicítate; dentro de poco habremos hecho morder el polvo á esos batallones con que pretenden asustarnos; ya no hay arreglo, las cosas se precipitan, no quieren ceder á buenas, cederan por fuerza. ¿Vas al Cuartel?

—Sí, allá voy.

—Apresúrate, pues; tal vez hagas falta para alguna comision; yo voy á cumplir órdenes, hasta luego.

Claudio siguió su camino. No iba pensando seguramente en los sucesos que se desarrollaban, sus pensamientos eran íntimos, no podia apartar sus ideas del lado de su muger y de su hijo y de sí mismo:—iba pensando en sus debilidades. Aquel encuentro con un compañero de armas fué un motivo mas de pesar. Oia á todos manifestar sus deseos de lucha y de combate, inspirados por la sauta causa que defendian; oia á todos hablar con entusiasmo de la Pátria, prometiendo derrainar por ella hasta su última gota de sangre, y él, él que se sentia arder en las venas sangre de patriota tambien, no les seguiría hasta donde fueran, iba á ocultarse, á dejarlos á ellos que se hicieran matar.

Y se iba á ocultar de una manera ignominiosa. Miéntas el cañon raleara las filas

de sus amigos y conocidos, mientras el corazón de Wanda pasase por todas las amarguras del sufrimiento, él estaría tranquilo y gozoso.....Decimos mal, su conciencia le robaría su tranquilidad. Ya lo temía él, pero quería engañarse, ya no podía vencerse, y las circunstancias le facilitaban el engaño. Hay situaciones así, en que uno mismo cree verdad una mentira que vé claro, al mismo tiempo que se siente débil para luchar con ella.

Claudio, engañándose á si mismo, protestando que lo que iba hacer era en bien propio y en bien de su Wanda, que estaría tranquila creyéndole libre de los riesgos de la revolucion armada, á cubierto de las balas, siguió su camino.

—Sí, se decía á si mismo; no voy por mí, no me vencen las pasiones de esta vez, ni soy traidor á mis amigos: mi Wanda y mi hijo me lo piden, hago bien en ocultarme.

Y entró en la casa de Nineta.

XXII

Entre tanto la ciudad estaba agitadísima y el temor de sangrientos sucesos llenaba las almas. Ya no había esperanzas, solo el cañon podía resolver una contienda entre hombres, mas todavía, una contienda entre hermanos.

Cuando estos hechos se miran desde léjos; cuando es preciso atravesar algunos años para llegar hasta ellos, la duda de que sean posibles se apodera de la mente. y sin embargo, tanto pueden los pasiones mal dirigidas, las ambiciones desmesuradas, el vértigo de la fuerza, que hacen hasta olvidar á veces no solo la dignidad de hombre, no solo el respeto al siglo, al progreso, á la civilizacion,—sinó que llega la degradacion hasta el límite, haciendo olvidar lo que nunca debe olvidarse, el sentimiento de la Pátria, el amor de sus glorias y el respeto por la memoria de sus próceses.

Barracas, Puente Alsina y los Corrales atestiguan para siempre este baldon que llevamos los argentinos como nube oscura entre las radiacio-

nes fulgurantes del sol de nuestras glorias. Ojalá que esa nube sea disipada por la luz de la libertad, y que el patriotismo pueda siempre solucionar las cuestiones que nos agitan!—

Murieron los hermanos á manos de sus hermanos, los hijos cayeron heridos tal vez por el plomo de sus padres, y fué necesario un monton de cadáveres para hacer el peldaño por donde una ambicion llegó á la altura; y la Pátria solo tuvo y solo tiene como consuelo á su desgracia el derecho de vivir con la esperanza de ver realizados los deseos de sus buenos hijos muertos por ella ó por ella bregando en las luchas diarias de nuestra pobre democracia, escarncida y ultrajada!.....

Eran los dias tristes de Junio; se sentía el corazon oprimido, el alma angustiada y llena de amargos presentimientos; algo como un viento de infortunio soplabá en los dominios de la Pátria.....

Una mañana el cañon despertó al pueblo; eran los hermanos, eran los argentinos que luchaban por sus ideales. Para vergüenza de todos, tambien hubo allí, mezclados en les filas de los patriotas, mercenarios que íban á resolver con sus armas vendidas las contiendas exclusivas de nosotros. Algo se hizo por borrar esta mancha, y ellos no pudieron volver para ser nuestra vergüenza: quedaron, para leccion y como ejemplo, —quedaron todos en el campo de batalla. Sí alguna vez el error nos lleva de nuevo al sacrificio, ya se sabrá que las venas de los argentinos

siempre estan llenas para la Pátria, que no necesita ní la quiere tampoco esa sangre pagada ántes de ser vertida, que no podrá nunca abonar el campo de nuestra libertad.

La Revolucion fué vencida: los que vivieron llegaron á sus hogares por ellos tristes, trayendo solo una decepcion mas y una esperanza ménos. Otros quedaron en el campo dejando el vacío en el corazon de los suyos y en las filas de su partido.

Los que volvieron se consolaron como Francisco I: lo habian perdido todo, ménos el honor.

XXIII

Cuando en la ciudad se supo que la Revolucion habia sido vencida, en medio del dolor general se veían tambien los semblantes gozosos de aquellos que esperaban la vuelta de los suyos. Wanda se prosternó á los piés de su virgen á darle gracias porque al fin le volvería á Claudio. En los días trascurridos no le había visto ní una vez, pero sabía de él. Desde que Claudio entró á la pieza de Nineta se preocupó de buscar un medio de comunicacion con su esposa y lo encontró fácilmente. Estaba una tarde sentado en las faldas de Nineta frente á la ventana, ocultandose detrás de una persiana, pero viendo claro lo que pasaba en la calle. Uno de esos vendedores ambulantes se hallaba en la acera de enfrente, sentado en el cordon de la vereda, entre sus dos canastos llenos de fruta. Nineta le llamó y le hizo entrar. Despues que le hubieron comprado, Claudio le ofreció buena propina sí le llevaba sus cartas á Wanda guardando la mas completa reserva, y Wanda le contestó por el mismo conducto.

En los primeros días, los sensualismos de Nineta hicieron olvidar á Claudio sus tristes reflexiones y sus amargos reproches. Cuando le cruzaba la mente alguna de esas ideas pertinaces y crueles que parecian como el castigo reservado por la conciencia á sus culpas, los brazos de Nineta estrechándolo amorosos, los besos de su boca mentirosa y el calor de su seno voluptuoso le embriagaban de placer y le hacian olvidar lo demas.

Con las cartas que escribía á su esposa se tranquilizaba tambien á veces, y las contestaciones de Wanda no le daban motivo de inquietud. En una de sus últimas cartas Wanda le decía:—Mira, Claudio, no puedo ya pasar sin «verte; tu no salgas, estas bien allí, permanece «hasta que todo concluya, que sera pronto se- «gun dicen; pero yo iré por allí, como de paseo, «sé donde estas y trataré de verte. Claudito si- «gue algo mejor; pero siempre triste; yo creo «que te estraña mucho, el pobrecito.....

Claudio le contestó que no fuera, que esperara unos dias mas; á pesar de estar tan oculto temía que su mujer llegar á verle. Pero Wanda fué, pasó por la vereda de enfrente, miró con insistencia al N.º 34... pero nada vió: las persianas ocultaban el interior. Detrás de ellos Claudio estaba con Nineta y vió á su mujer y á su hijo, no pudo contenerse y se alzó como sí hubiera querido salir á la calle; mas que el amor á Wanda era el cariño paterno que en aquel momento estallaba con toda su fuerza al

ver á quel hijo de su amor que le recordaba siempre las horas pasadas de su tranquila y dulce felicidad, cuando vivió envuelto en las caricias de Wanda. Sintió deseos inmensos de ir á abrazar á su hijo, de besarlo, y sin meditar intentó hacerlo ; pero se detuvo en la puerta: salir á la calle era perderlo todo en un instante,—y se quedó mirándolos hasta que doblaron la esquina.

Al dia siguiente Wanda le decía en su carta que había pasado, pero no le vió; sin embargo se hallaba mas conforme. Había deseado volver á pasar mas tarde, pero el tiempo no se lo permitió: amenazaba llover, por lo que se volvió á su casa, no sin recibir poco ántes de llegar una pequeña mojadura que había reagrado algo el resfrío de Claudio, lo que le preocupaba un poco, sin que le infundiera sérios temores. Eso le decía Wanda, pero en su interior sentía como una voz siniestra que le hacia temer por su hijo.

Un día ántes de que las tropas entraran en la ciudad, Claudio recibió la carta acostumbrada de Wanda, pero estrañó su laconismo al leer únicamente esto :

«Claudio :

Parece que mañana todo habrá concluido ; vénte, pues, esta noche, vénte sin falta, que ya no hay porqué temer.»

Wanda ocultaba el motivo que la obligaba á no esperar un día mas. Claudio, no obstante, le escribió por la tarde diciéndole que esperara hasta el día siguiente. Cuando mandó la

contestacion eran próximamente las ocho. La noche era fría y lluviosa; caía esa garúa lenta y seguida del invierno, que mezclando su ruido á los silvidos del viento helado, parece remedar el éco de alguna cancion triste entonada por alguna alma flotando entre las sombras de la noche. Y todo era triste aquella noche: el viento que venía de afuera parecía traer el último quejido de los muertos del día anterior; la luz débil de alguna estrella que por instantes aparecía entre los negros nubarrones del cielo, era como la luz de un cirio sobre una inmensa tumba solitaria; las finas gotas que caían parecían lágrimas de Dios llorando los infortunios del mundo. Estaba triste la naturaleza. Para las almas que sufren estas noches llenas de melancolía tienen goces infinitos y deleites supremos, en medio de sus tristezas. En ellas parece que el alma, saturándose de dolor, queda impotente ya para sufrir y goza en sus desdichas.

Claudio gozaba aquella noche: él había sufrido, sufría horriblemente. A veces, dormido en el seno de Nineta, despues de haber apurado la copa de placer que le brindaba aquella muger soberbia de belleza, solía despertarse á altas horas, cuando todo era silencio, todo calma. Se despertaba de súbito, sin causa: era la voz de su deber que le gritaba al oído: levántate, tu hogar está lleno de dolor, abandona esa muger que te pierde;—y era entónces que se sentía desgarrado el corazon y

ansiaba volver atrás. Pero tocaba el cuerpo soberbio de Nineta, magestuosamente hermosa en la actitud tranquila de su sueño, y caía ciego en el abismo del vicio y lo olvidaba todo otra vez por aquellos momentos de lujurioso placer que le brindaba la espléndida napolitana,

Así estaba aquella noche, sumido en la orgía de sus sentidos, mientras caía la mansa lluvia que remedaba á su oído como una música suave acompañando sus horas de gozo.

Y mientras él se aturdía de aquel modo, feliz en su aturdimiento, dichoso al sentir el contacto electrificante de los miembros robustos de su concubina impúdica, su hogar se enlutaba. Claudito se había empeorado despues del día en que se mojó de vuelta del paseo que hiciera Wanda tratando de ver á su esposo; —en la noche de aquel día el pobre niño había tenido horas enteras de triste insomnio, quejándose á veces con su lenguaje infantil de que le dolian las espaldas. Wanda habia pasado las noches velando amorosa la cuna de aquel ser que era su dicha. Le veía triste, tocaba su frente ardiendo, y fijaba sus ojos en los ojos de mirar apagado de su hijo, y tornaba á otro lado su rostro para derramar sus lágrimas, Oh! es el corazon de las madres el único que con seguridad les advierte el porvenir de sus hijos,—y el corazon de Wanda le decía en aquellas horas largas y tristes en que velaba junto á la cuna, que Claudito estaba mal.

El niño se dormía á veces; la fiebre coloreaba sus mejillas y el ángel movía sus labios como si hablara en sus sueños; Wanda, sigilosa y triste, acercaba el oído á los labios de su hijo, como si quisiera saber lo que él decía, y en su dolor de madre le parecía escuchar la voz tierna y apagada de Claudito que le decía: «Madre, no me dejes ir.....» Y ella se quedaba estática, muda y pensativa mirando á su hijo.

A veces le parecía tambien que el niño decía «papá», y entonces pensaba en ir á buscar á Claudio, en mandarle llamar para que viniera á salvar á su hijo; pero se alzaba entonces en ella el temor de que Claudio fuera visto, de que aun pudiera correr algun riesgo, y aumentaba su sufrimiento en bien de su esposo.

Pero el niño se empeoraba: en la mañana del día en que le escribió la carta anterior, Claudito había amanecido en su cuna inmóvil, respirando apénas y sin abrir los ojos sinó de tiempo en tiempo,—y en aquellas miradas tristes Wanda leía el adios de aquel inocente á su tierna madre.

Cuando el médico llegó, Wanda tenía á su hijo en sus brazos, bien arropado. Parecía que el corazon, con sus secretos avisos, le decía que pronto dejaría de estrechar aquel cuerpito tan débil, aquellos miembros que meses ántes eran robustos y rosados, hoy pálidos y flacos. Wanda no lloraba ya: hay momentos en que el

dolor, cebándose con encarnizamiento en su víctima, obstruye hasta la última válvula por donde el alma pudiera respirar y aliviarse.

El médico llegó; más triste tal vez de lo que un médico parece estarlo.

—Oh! Doctor, anoche mi hijo no ha descansado un minuto.....

El médico observó la criatura, y era su semblante la revelacion de todas las tristezas; se leía en él una sola frase: no hay esperanza!

Pero era este médico el médico de Hipócrates que *sí no cura consuela*, y con el mas vivo deseo de aliviar el corazon de aquella madre aflijida, la dijo:

—Espere, señora, y confíe; si yo soy impotente los niños tienen un médico que los salva siempre; pídale Vd. á Dios por su hijo, y no desespere; yo creo que le salvaremos.

Wanda oía al Doctor, pero miraba á Claudio. Este estaba entre sus ropas como dormido, sin el menor movimiento, notándose apenas su respiración ténue y embarazosa. Wanda le besó y sus lábios hallaron frío aquel contacto; se pasó las manos por los ojos, como buscando lágrimas, y volviéndose al Dr. dijo:

—Mandaré llamar á Claudio?

—No estará demás, señora, — que venga pronto.

Y Wanda escribió entónces á su esposo.

Entre tanto Claudio se llenaba de placer, hundiéndose entre las carnes de Nineta. Habian pasado muchos días ya, pero aquella pa-

sion que le dominaba, aquella fascinación que ejercía en él la vista de su querida, aquel vértigo que le arrastraba en cada instante hasta los brazos de aquella mujer lasciva y corrompida, en vez de disminuir iba creciendo, creciendo como la ola que arrastra un despojo agigantándose mas y mas para chocar despues con más violencia y dejar solo el polvo de aquel despojo al romperse en la ribera.—Y inútilmente habia intentado Claudio muchas veces sustraerse á la influencia avasalladora de aquella mujer; inútilmente la voz de su corazon se alzaba, el grito de su amor le despertaba del hipnótico sueño en que Nineta le hizo caer; en vano las ternuras de padre, el cariño de Claudio le llamaban á su hogar. Mas que todo esto, sobre todas estas voces dominaba la voz de su materia, la voz de sus pasiones. Para acallar, no obstante, todas esas voces, Claudio se esforzaba en hacer gritar más fuerte cada vez à sus sentidos.

El primer día que se ocultó todo fué placer á su lado: entró al cuarto de Nineta, al cuarto aquel donde ella tenía su lecho blando, con cortinados de cielo, donde parecía guardar para el que llegara todas las dulces fruiciones del amor, los espasmos supremos del mas refinado sensualismo, con sus besos calientes y sus abrazos desesperadamente tiernos. Entró á la pieza donde poco ántes había satisfecho sus apetitos de tal manera que sólo habia conseguido aumentar la sed de materia

que le abrasaba, y al encontrarse de nuevo ante aquel cuerpo de muger que le enloquecía, al verse otra vez dueño de aquellos encantos cuya obsesion le martirizaba, al respirar con ánsia el aire de aquella pieza en que se mezclaban los efluvios aromáticos del tocador con el perfume embriagante que Nineta llevaba consigo, con aquel perfume que tendia los nervios y secaba las fauces de Claudio, éste se olvidó de todo y gozó en su olvido.—Y era Nineta en aquel día mas que nunca tentadora y peligrosa. Cuadraba á su belleza natural el desaliño de sus vestidos; sus formas redondeadas y elegantes rechazaban para lucir los arreglos y convenciones de la moda: un baton suelto y ámplio que apénas le cubria las pantorri-llas y cuyas mangas llegaban solo hasta el codo, dejando ver su brazo bien torneado, era su vestido de entre casa, entre cuyos pliegues sus miembros robustos se expandian sin encontrar opresiones ni obstáculos; el corset estaba solo prendido en la cintura, y la parte superior abierta, como si fuera uno de esos búcaros artísticos en que se colocan esos botones de magnolias que recién abren, no faltando las flores para que la semejanza fuera mas perfecta. Calzaba su diminuto pié con botas de fina cabritilla, cuya caña le cubría lo que el vestido dejaba ver; pero Nineta Perezosa en su vida sensualista, no se quería tomar el trabajo de luchar un poco para oprimir su pantorrilla en aquellas cañas, y usaba las botas

desprendidas, y la mirada faúnica de Claudio se deleitaba observando el nacimiento de aquellas piernas que habrían podido sostener orgullosas el busto hermoso de la Vénus griega. La cintura de la bella napolitana no era pequeña; su seno abultado, que emanaba de continuo los perfumes mas capitosos, parecía el refugio de todos los placeres unidos allí para hacer olvidar al mostrarse todas las desgracias. Y su cuello varonil, su semblante magistrosamente bello, sus ojos llenos de fuego y de pasión, aquella boca que parecía estar pronunciando siempre una palabra sola, « amor! »; —sus mejillas suavemente rosadas, todo aquello formaba un conjunto atrayente, enloquecedor, irresistible. El que llegara á contemplarla en su pieza, el que pudiera verla allí donde ella desplegaba con gracia toda su magnífica hermosura, ó tenía que rendirse á sus encantos ó huir lejos de ella, bien léjos donde su vista no le alcanzara. Producía el efecto que sufren los fumadores de ópio, que lo toman una vez y sienten en seguida deseos de tomarlo otra, y lo toman de continuo, perdiendo su vida, — perderían cien vidas si las tuvieran, — por las dulces reveries que el sueño les proporciona.

La naturaleza, que todo lo encadena, ha formado al hombre dotándole de pasiones y ha hecho de la muger algo como un imán destinado á ajitarlas, á mantenerlas siempre en acción. La vida trascurre siempre girando alrededor de uno de estos séres.—En la infancia,

en esa edad de poesías, encantos y dulzuras, el eje del movimiento es la madre, eje diamantino que hace trascurir el tiempo sin sentirlo, suavizando todas las asperezas, evitando todos los choques; Oh! si el hombre pudiera describir la órbita completa de su vida girando siempre alrededor de este centro! Pero llegan los veinte años, y con ellos las ambiciones, las quiméricas ilusiones del mundo, las engañosas promesas del porvenir, los misterios del amor, y el corazón se siente agitado por sentimientos distintos del amor materno y cree que como este amor que no le engaña nunca encontrará también leales y sinceros los otros amores. Á veces no se equivoca, á veces encontramos fuera del alma de la madre otra alma que también nos hace felices; pero también suele el destino poner en la senda de nuestra vida todos los males y todos los infortunios engañándonos al disfrazarlos con forma de muger.

Y esto es lo que halló Claudio cuando recién se abrió su alma para el mundo. Creyó al principio que podría cuando quisiera apartar aquella piedra de su camino, y vió después que sus pasiones le condenaban á ser nuevo Sisifo llevando á costas la enorme montaña del vicio; y se vió impotente para arrojarla de sí, y siguió caminando. Solo un sér había en el mundo que hubiera podido librarle de aquella carga que le abrumaba; sí Claudio se hubiera refugiado en Wanda, Wanda le habría salvado con su amor, que el amor lo puede

todo. Pero la vida tiene sus fatalidades, y el hombre, el hombre que se enorgullece de ser el superior de la creacion, es á veces hoja seca que sirve á los vientos de juguete. El viento de la desgracia arrastraba á Claudio; él tenía á su lado una mujer hermosa y buena, la lucha por la vida le ofrecía mas bien victorias que derrotas, pero sintió deseos de vivir mas, de vivir como todos, de entrar de lleno en la baraunda mundana; abandonó sus lares paternos, vino á Buenos Aires, aquí donde se encuentran todas las esperanzas realizadas ó todas las crueles decepciones, y su dicha se perdió para siempre. Vió á Nineta, Nineta le atrajo con la atraccion potente del abismo, y Claudio se hundió en él.....

XXIV

Eran las nueve de la noche cuando Wanda recibió la contestacion de su esposo. La lluvia continuaba, lenta y persistente; todo estaba envuelto en tinieblas; la luz de algun relámpago dejaba ver las calles desiertas y tristes donde el agua corría lavando el empedrado. El silencio reinaba en la ciudad: solo el ruido sordo de algun trueno lo turbaba por momentos. En cada esquina se veía, á la luz pálida y mortecina de los faroles, la silueta de los vigilantes, envueltos en sus capotes y arrinconados contra las puertas; fuera de ellos no había un ser humano por las calles: Buenos Aires parecía muerto. Era que todos se recojian en sus casas á lamentar sus desgracias, ansiando que la noche pasara rápida para que con el día volvieran los que habian salido á combatir. El que no esperaba un deudo esperaba un amigo, un conocido, álguien que le trajera tal vez la última palabra de alguno de los que murieron.

Habia un ser que no pensaba ya en la suerte

de los que fueron á la lucha. El corazón es egoísta á veces; sentimos por nosotros, por los nuestros, los que son nuestros padres, nuestros hijos ó nuestros hermanos, y nos olvidamos de los demás. Es que hay dolores que bastan para una alma sola: á veces el destino nos depara tales sufrimientos que no podemos sino concretarnos á ellos, dejando que cada cual luche con su infortunio. Se puede pensar en los demás cuando la dicha se nos brinda en todo, pero no se puede apartar la vista ni el pensamiento de uno mismo ó de lo que á él pertenece cuando el dolor se ceba sin piedad en su alma.

Volvién los hijos del pueblo: las madres esperaban á los suyos, teniendo todas la fé en Dios de que les devolvería á su amor ile- sos del combate,—y si alguno habia quedado en el campo todas llorarian junto con la madre infortunada. Pero habia un ser que no habria derramado ni una lágrima sobre la tumba del muerto, aun cuando fuera el conjunto de todas las bondades y su corazón un corazón de madre también: era Wanda. Todas sus lágrimas eran pocas para llorar sobre sus desgracias.

Eran las nueve cuando recibió la contestacion de Claudio en que le decía que esperara hasta el dia siguiente para mas seguridad. Despues de haberla leído se acercó al Dr. que estaba junto á la cama

—Vendrá mañana.....

El Doctor no le respondió; pero miró á Wanda como diciéndole;

—Mañana.....será tarde.

Rodeaban la cuna del niño el Doctor, Wanda, la criada y la vecina de Wanda á quien esta había llamado para que le hiciera compañía. Era esta vecina una buena señora que había cumplido sus treinta años de viuda en hacer bien de cuanto modo le fué posible; tenía á la sazón cerca de sesenta años, y fué para Wanda, en los pocos dias que la acompañó, mas que una amiga una madre.—Wanda ya no hacía preguntas al médico; preguntaba solo á la buena anciana que se esforzaba por consolarla y darle esperanzas. Pero el corazón de Wanda, su corazón de madre, no le mentía.

Claudito estaba allí, en aquella cuna donde Wanda y Claudio llenos de dicha habíanle mirado otras veces sonriente y jugueton. Estaba allí todavía; pero ya no brillaban sus ojos, entornados ahora; ya no sonreían sus labios, secos y apretados; ya no eran sus mejillas las rosas de otro tiempo, pálidas hoy y enjutas; en su frente, rodeada por sus rubios rizos, ya no se veía brillar la luz de una aurora; eran solo las tintas melancólicas del crepúsculo que se iban disipando tambien, lentamente, vencidas por las tinieblas de la tumba.

Wanda se aproximaba á su hijo, le besaba con toda la ternura de una madre, y le decía despacio:

—Mi hijo....Claudito.....

Pero el niño no respondía ya; tal vez hablara solo con los ángeles de Dios, enviados en su busca:

El médico estaba allí, resignado en su impotencia. Cuando Wanda le dijo *vendrá mañana*, el no respondió; pero al cabo de un rato, después de observar bien al niño, se volvió á Wanda diciéndole:

—Señora, mi deber es sagrado: corra Ud. á buscar á su esposo, es preciso que él también esté aquí.

Y al pronunciar estas palabras que le salían de los labios como empujadas por la mano del deber, el buen Doctor sufría el mayor de los dolores.

Wanda miró á la cuna, miró al Doctor, á todos, como interrogando. Preguntó al médico:

—Cuánto tardo, Doctor?

—Pronto, pronto vaya Ud. y vuelva.

Wanda buscó al que trajera la contestacion de Claudio: ya había partido. Púsose un chal y se acercó á besar á su hijo; el pequeño Claudio se movió: era como si quisiera incorporarse para besar á su madre,—y aquel movimiento del niño había sido producido tal vez por el soplo de la muerte, que se acercaba. Wanda besó á su hijo y salió acompañada de su criada. Se volvió de la puerta de calle:

—Doctor, si tardo una hora le hallaré vivo?...

—Señora, no desespere Ud., el niño se ha movido, espero salvarle; pero corra Ud.

Y Wanda salió á la calle. Cuando puso el

pié en la vereda Claudito volvió á moverse. Oh! quién sabe si el alma de aquel inocente no se agitaba entonces en aquel cuerpito débil ansiando seguir á la madre que se alejaba!

El médico, al verle mover dijo á la anciana:

—Ya no hay salvacion.....se muere.

Entre tanto Wanda había llegado á la esquina; la lluvia continuaba lenta, fina y persistente, lavando el empedrado. El vigilante detuvo á Wanda al verla correr, pero la reconoció, supo á donde iba, y se ofreció á acompañarla.

—Sí, acompáñeme Ud. á la calle Europa, tengo mi hijo enfermo. Vamos.

Y ordenó á la criada que se volviera á ayudar al Doctor, miéntras ella iba á buscar á Claudio.

Y Wanda, acompañada del vigilante, corrió en direccion á la casa de Nineta.

Eran las diez próximamente cuando Wanda llegó frente á la casa del núm. 34.....; el vigilante la dejó allí diciéndole que se hiciera acompañar despues con el de la esquina próxima, y él se volvió corriendo á su parada donde el deber le exigía estar.

—Si, gracias, muchas gracias, ya tengo aquí compañia, le respondió Wanda.

Al cruzar la calle para entrar á la pieza de Nineta, álguien salió de ella: Wanda corrió creyendo que era su esposo.

—Claudio! Claudio! le gritó al verle.

—No soy Claudio, yo; allí dentro está, le contestó con cierta rábía el que salió.

Era Alfredo, que salía de visitar á Nineta. Desde que Claudio se había estacionado allí el solo podía venir por un rato, de visita. Se conformó, esperando mejor oportunidad, acostumbrado como estaba á ver cambiar las cosas de un momento para otro, y los caprichos de la muger que le daba dinero. Salía á aquellas horas de ver á Nineta y Claudio: estos estaban acostados ya; la noche fria y lluviosa les había hecho tomar la cama temprano, pero no dormían. Al salir, Alfredo no cerró la puerta con llave, sin duda para dar á Claudio el disgusto de que se levantara á cerrarla, y la dejó entornada; la pieza estaba llena de luz, de luz rosada. Cuando Wanda oyó que le decían: no soy Claudio, allí dentro está,—corrió hácia la puerta y entró, entró precisamente cuando Nineta se había levantado cubriéndose solo con una cobija, para cerrar la puerta.

Al ver entrar una muger, Nineta se sorprendió y su primer movimiento fué para cubrirse el seno desnudo: estas mugeres perdidas no se toman el menor cuidado delante de hombres, pero se ruborizan si otra muger vé sus desnudeces.

Después de cubrirse Nineta, como Wanda se hubiera entrado hasta cerca del lecho, sin decir nada, muda, con los vestidos mojados, Nineta gritó:

—Claudio, levántate, mira una muger...y no pudo decir más.

Wanda oyó decir Claudio, vió aquella muger desnuda, se acercó al lecho y vió á su esposo acostado, comprendió todo, todo en un segundo, pero pensaba en su hijo que se moría, y abrazándose á Claudio le dijo fuerte, con un acento desgarrador, con una voz que hizo estremecer á la misma Nineta:

—Oh! Claudio, por piedad, ven pronto, nuestro hijo se muere!

Aquellas palabras de Wanda dejaron á Claudio, frio, atónito; maquinalmente, con la rapidez del rayo, se puso sus botines, sus pantalones, su sobretodo y su sombrero: miró á Nineta, parada en medio de la pieza con sus piés desnudos, miró el lecho con sus cortinas celestes, y apartó la vista.

Wanda se había quedado arrodillada á la orilla del lecho con las manos juntas llorando; Claudio la levantó, y salieron.

Alfredo cuando vió entrar una mujer que preguntaba por Claudio, se quedó en la esquina, esperando: la vió salir al cabo de dos minutos con él, y se volvió. Nineta le hizo lugar en su lecho.

—Te han llevado á tu Claudio?

—Oh! esto es estúpido! Yo sabía que él tenía mujer; pero que una mujer cualquiera venga así á mi casa, como si fuera la suya.....

—Y se fué?

—Se fué, si; buen viaje. Oh! tú eres más

fiel, Alfredo; tú siempre estás aquí; ven, ven á mi lado, acércate y durmamos; que ellos se arreglen.

Y Alfredo volvió á ser el querido de Nineta.

XXV

Dios, esa inacabable sabiduría, esa omnipotencia infinita, aquí nos tiene, relegados á girar en el espacio siendo los primeros entre todos y los últimos despues de nada.

Una alma, inmensamente grande, encerrada en la materia, lo inmensamente pequeño; sombra con luz, perpétua lucha entre contrarios elementos, ambiciones y deseos; locas aspiraciones, anhelos infinitos, ruindades y bajezas, sublimidades y portentos, la nada y el infinito, inteligencia que vé y corazón ciego, apetitos ciegos y pasiones ciegas,—todo eso somos nosotros, los condenados de la tierra.

Peregrinos del mundo, vemos á veces la estrella que nos señala el sitio de nuestro bien, y damos vuelta; queremos ir hácia el mal. Y tenemos una razon que nos dice: ese camino lleva al abismo, y oimos una voz que nos dice: vuelve atrás, el bien no es el que tu buscas,—y tenemos tambien un cuerpo de carne que habla, que habla muy alto á veces, y que nos dice: sigue. sigue por aquí, yo te haré gozar.

Parece á veces que Dios hubiera castigado al hombre, diciéndole: «Vivirás la vida eterna de la dicha; pero, para merecerla, anda, pasa tus dias allá abajo, en aquel globo redondo y negro que he lanzado á vagar por los espacios, y lucha allá para merecer el porvenir de ventura que aquí yo te reservo.» Y es necesario luchar, luchar y sufrir y seguir viviendo. Esquivar la lucha es indigno del alma inmortal que nos alienta; ser vencidos es propio de nuestra debilidad; ser vencedores es casi imposible. Pero es menester luchar siempre, siempre y sin descanso.—Eso es vivir.

El suicida es cobardemente indigno; el vencido es pasto del sufrimiento. En la tierra que habitamos, solo hay una felicidad; hallarse siempre dispuesto al combate de todos los momentos.

Claudio fué vencido en el primer encuentro con sus pasiones: sus horas de sufrir, las horas en que luchaba por desasirse de su enemigo implacable, eran la espiacion de su derrota. Tal vez el cielo había dispuesto que fuera el ejemplo para otros, débiles en el combate, á fin de hacerles comprender que, puesto que se dejaban vencer era inevitable que debían sufrir. Por eso todos los placeres de Claudio tenían un dejo amargo, como si la copa en que los bebía estuviera envenenada; por eso la Providencia le hacía arrancar de los brazos del vicio por los brazos de su esposa y le hacía correr con ella para recojer el último suspiro del hijo de su

amor; y ver el fin trágico de su obra. Y en aquellas horas tristes Dios hacía irradiar la luz de su inteligencia para alumbrar á Claudio, para que viera bien claro las funestas consecuencias de sus días de vicio.

Claudio corrió con Wanda, llegó á su casa aturdido, sintiendo arderse el cráneo, y dolerle el corazón. Llegó junto á la cuna del hijo, él y su esposa, él junto con la madre de aquel niño, con la mujer que tanto le amaba, y entónces vió todo, vió claro y terrible lo que le rodeaba, y le pareció leer en todas partes, oír de todos los lábios y aun de todos los objetos una sola frase: éres un miserable!—Y queria decir algo, contestar á aquellas voces que oía, y solo se le ocurría una sola frase tambien: soy un desgraciado!

Llegó á su casa; la cuna celeste y blanca, estaba allí, Claudito estaba tambien allí, pero el alma de aquel niño había volado ya. Wanda lo comprendió todo al entrar; ella era madre, y su corazón de madre le anunciaba su desgracia, y no halló al entrar el aliento de su hijo; pero su dolor ya era mucho, no podía sufrir mas; pareció mas bien resignada con su destino, ó como si las cuerdas de su alma se hubieran roto heridas tan violentamente por la mano torpe del dolor. Miró á su hijo muerto; solo la mirada de sus ojos podia decir cuanto sufría su alma.—Y no lloró; se acercó á la cuna, pegó sus lábios al rostro frio de Claudito, y así estuvo largo rato, como si quisiera comunicarle vida á su hijo con

el calor de su seno. Levantóse despues y solo lanzó un hondo suspiro, un suspiro en que se iban todos sus esperanzas de felicidad, sus últimas ilusiones. Nada decia; su boca estaba muda; sus ojos tristes, de mirar vago, se dirijian á la cuna como si algo buscaran en ella, y no hallándolo se volvian á Claudio y despues á la cuna otra vez. Era que su alma se sentía en el vacío, sola, abandonada, y buscaba un apoyo, buscaba lo que el destino le había arrebatado: el amor de su hijo, que se había concluido con su último suspiro, y el amor de su esposo, que ella creyó ver disiparse la noche en que fué á buscarle á casa de Nineta, quedándole solo el recuerdo de otros días venturosos. Nineta se alzaba ante ella como el espectro de todos los males persiguiéndola, y á los ojos de Claudio Nineta se mostraba siempre tambien torturándole el alma, haciéndole experimentar el sufrimiento horrible de Macbeth mirando sus manos ensangrentadas. Wanda sufria, víctima inocente; Claudio sufria, víctima tambien y verdugo á un tiempo. Volvian ámbos la vista á su pasado. Wanda miraba, perdido muy léjos, como la vision de un sueño de su infancia, aquel bello panorama que se presentó á sus ojos en sus primeros dias de vida, cuando oyó las frases de amor que Claudio le decia al oido, allá, entre las umbrosidades del jardín, donde se despedian con un beso al caer la tarde para saludarse con otro al lucir el sol del día siguiente; veía despues todas las venturas de sus dias primeros de

esposa, cuando su alma se abrió á todos los placeres junto á su esposo enamorado; veía despues aquel ángel que Dios le enviara para hacer más encantada su vida sobre la tierra,..... y todo aquello era ya pasado, todo se había hundido, hundido para siempre! No le quedaba, á ella, ni la esperanza siquiera en el porvenir; era el término de su vida.

Claudio no podia mirar atrás; el presente le absorvia y el porvenir era tenebroso. Ante su hijo muerto, parecia la víctima espiatoria de todos los crímenes del mundo. Todo su dolor, toda su desesperacion se condensó en dos palabras solas. Besó tambien á su hijo muerto, y apretándose la frente en el colmo del sufrimiento, exclamó desesperado:

—Dios mio!.. Dios mio! .

Era tarde ya: Dios no podia volverle la felicidad que él había perdido.

XXVI

Dos días despues Wanda estaba sentada bajo las enredaderas, teniendo en su seno su paloma querida. Claudio la miraba desde su aposento donde estaba junto con el Doctor. La dejaban sola: sí se acercaban á ella, la pobre loca lloraba desesperadamente. Solo el Doctor podía aproximársele, y ella le veía llegar con gusto, su semblante se alegraba y le hacía siempre la misma pregunta, aquella que le hiciera al salir en busca de Claudio:

—Doctor, si tardo una hora le hallaré vivo?

Y sin esperar que el Doctor le contestara se decía para sí:—«Oh! Dios mio, sálvame; si, le salvaremos; corro á buscar á Claudio y otra vez seremos felices.» Y al concluir parecía asustarse de algo y retrocedía espantada, poniendo un semblante lastimoso; era la sombra de Nineta, que la seguía en su locura.

Si su esposo se aproximaba lloraba con desesperacion. En su locura, aquel semblante le traía reminiscencias, pero no le reconocía. En vano Claudio le repetía:

—Wanda, mírame, soy tu esposo, soy Claudio....

Ella le miraba con semblante doloroso y terrible, y exclamaba sollozando :

—No, Claudio no está aquí; allá, allá escondido, donde yo sola sé....

Por las tardes Wanda se hacia acompañar con el Doctor y se dirigía al Cementerio; Claudio seguía á la distancia. A medida que se acercaban Wanda se ponía más contenta; cuando estaba junto á la tumba de su hijo parecía feliz. Se sentaba á la cabeza, y tomaba la actitud que otras veces, cuando velaba el sueño de Claudio. Despues se levantaba, con sigilo, silenciosa, y salía del Cementerio: sin duda su locura le representaba á su hijo en su cuna celeste y blanca, dormido y tranquilo.

Así pasaron dos días; en la tarde del tercero, despues que volvieron del Cementerio, Claudio recibió la visita del Jefe de su oficina que venía á ofrecerle su antiguo puesto. Claudio le hizo entrar, y los tres, con el Doctor, pasaron á la Sala. Wanda estaba sentada bajo las enredaderas, con su paloma en el seno.

Hablaron ellos lamentando cada uno sus desgracias, y así pasaron largo rato; cuando el Jefe salió Wanda no estaba en su sitio. Buscáronla en toda la casa y no la hallaron. Salieron los tres en direccion al Cementerio; las sombras de la noche caían sobre la ciudad. Corrieron ellos, llegaron, pero Wanda no estaba en la mansion triste y solitaria, y ellos se volvieron

creyendo hallarla de vuelta. Encontraron sobre la enredadera de Wanda la paloma, que al verlos empezó á agitar sus álas y á salir á la puerta de calle; ellos la siguieron, y la paloma se dirigió volando y parándose por momentos, al Cementerio, pero no entró á él, sinó que se dirigió á la Gruta. Cuando llegó allí, cruzó el lago dos ó tres veces; Claudio interrogó al guarda.

—Un momento hace que oí algo como quejidos; vine aquí, y nada veo.... los cisnes, sin embargo, huyen del lago....

Y al terminar sus palabras el Guarda señaló un punto de la orilla; se veía flotar algo; eran los vestidos de Wanda.

Corrieron, sacaron aquel cuerpo, pero ya era cadáver: Ofelia delirante se hundió en el lago, buscando á los ídolos de su amor!

Desde entónces, Claudio vagaba lloroso entre las tumbas. Un día sus fuerzas le abandonaron por completo y dijo adios al mundo para unirse á sus muertos queridos. Sobre el sepulcro que encerraba los despojos de su Wanda y de su hijo, puso fin á sus días.

Rodó exánime sobre lo loza que cerraba el sepulcro; sus brazos abiertos al morir iban á abrazbr tal vez, en el cielo de ultratumba, los séres queridos de su alma. Si álguien se hallara cerca de él hubiera oido sus últimas palabras, llenas de fé y de esperanza:

—Wanda, espérame.....

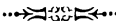
Un hijo del pueblo, un soldado de la Defensa, Andrés el Rengo que volvía recien, rezagado

de los combates de Junio, oyó al pasar la detonación del arma de Claudio, y exclamó con amarga ironía :

—Aún se pelea por aquí? Sigán, sigán matando, no mas, que corra sangre, que mueran muchos, y ¡VIVA EL SUFRAGIO LIBRE!



ABUL - BAGI



Á mi compañero
José Melquiades Salva
Testimonio de afecto
A. B.

WANDA



BUENOS AIRES

Imp., lib. enc. de E. DE MÁRSICO, Perú 539 n.

1889